

Mia Couto

El último vuelo del flamenco



Lectulandia

En el pueblo mozambiqueño de Tizangara, los cascos azules de la ONU trabajan para mantener la paz después de años de guerra civil. Cinco explosiones acaban con cinco soldados, de los que sólo quedan intactos sus genitales y sus cascos azules. Para investigar lo ocurrido llega al pueblo Massimo Risi, teniente italiano destinado en Maputo, la capital de Mozambique. Con la ayuda de Joaquim, un traductor local, Massimo emprende una investigación para esclarecer un misterio durante la cual aprende que en aquella tierra no todo es lo que parece.

Lectulandia

Mia Couto

El último vuelo del flamenco

ePUB v1.0

vidadoble 02.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: O último voo do flamingo

© 2000, Mia Couto

© De la traducción: Mario Merlino

© De esta edición:

2002, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires. Argentina
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C. P. 03100. México
- Distribuidora y Editora Aguilar, Altea,
Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80 n° 10-23
Santafé de Bogotá. Colombia

ISBN: 84-204-4538-7

Depósito legal: M. 1.906-2002

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño:

Proyecto de Enríe Satué

© Cubierta:

Juan Millas Sánchez

*Edición realizada con el apoyo del
Instituto Português do Livro e das Bibliotecas*

*A Joana Tembe y a Joao Joáquinho,
que me contaron historias como quien reza.*

Fui yo quien transcribió, en portugués visible, las cosas que aquí se dicen. Hoy son voces que sólo oigo en la sangre, como si su recuerdo no me surgiese de la memoria sino del fondo del cuerpo. Es el precio por haber presenciado tales sucesos. En el momento de los hechos, yo era traductor al servicio de la administración de Tizangara. Fui testigo de todo lo que aquí se divulga, oí confesiones, leí declaraciones. Puse todo en el papel obedeciendo a mi conciencia. Fui acusado de mentir, falsear las pruebas de asesinato. Me condenaron. Que yo haya mentido, no lo acepto. Pero lo que ocurrió sólo puede contarse con palabras que aún no han nacido. Ahora os cuento todo en un orden que depende únicamente de mi voluntad. Es que necesito librarme de estos recuerdos como el asesino se libra del cuerpo de la víctima.

Estábamos en los primeros años de la posguerra y todo parecía ir bien, contradiciendo la expectativa general de que los actos de violencia nunca acabarían. Ya habían llegado los soldados de las Naciones Unidas que venían a controlar el proceso de paz. Llegaron con la insolencia propia de cualquier militar. Ellos, pobres, creían ser dueños de fronteras, capaces de fabricar concordias.

Todo comenzó con ellos, los cascos azules. Estallaron. Sí, es lo que les ocurrió a esos soldados. Simplemente, comenzaron a estallar. Hoy, uno. Mañana, otro más. Hasta sumar, todos descontados, un total de seis fallecidos.

Ahora me pregunto: ¿estallaron en su realidad entera? Eso es lo que se dice, a falta de verbo. Porque de un estallado siempre queda algún resto de sustancia. En este caso, ni resto ni asomo. En lo hecho y lo deshecho, nunca quedó nada de su formato original. ¿Los soldados de la paz murieron? ¿Fueron muertos? Os dejo en la búsqueda de la respuesta, a través de estas páginas.

DICHO DE TIZANGARA

*Los amados dejan su recuerdo en lágrimas.
Los olvidados dejan su recuerdo en sangre.*

DICHO DE TIZANGARA

Un sexo abultado y abolido

El mundo no es lo que existe,
sino lo que ocurre.

DICHO DE TIZANGARA

En crudo y al desnudo, he aquí el hecho: apareció un pene cortado, en plena Carretera Nacional, a la entrada de la aldea de Tizangara. Era un sexo abolido y abultado. Los habitantes relampaguearon frente al hallazgo. Llegaron todos, de todos lados. Un corro de gente se amontonó alrededor de la cosa. También yo me acerqué, situado en las filas de más atrás, más puesto que expuesto. Avisado soy: atrás es donde mejor se ve y menos se es visto. Cierto es el dicho: si la aguja cae en el pozo muchos acechan, pero pocos bajan a buscarla.

En nuestra aldea, un acontecimiento era algo que nunca sucedía. En Tizangara sólo los hechos son sobrenaturales. Y contra hechos todo son argumentos. Por eso, todos acudieron, nadie retrocedió. Y fue todo el día, un corro curioso, fermentando rumores. Vocabullían dudas, se improvisaban órdenes:

—Que alguien agarre... la cosa, antes de que sea atropellada.

—¿Atropellada o atropollada?

—¡Pobre tipo, se ha quedado manco central!

El gentío se agitaba, brujuleando. Estaban en aquel atolondramiento cuando alguien avistó, suspendida en el cielo, una gorra azul.

—¡Mirad, allí, en la copa del árbol!

Era una de esas gorras de los soldados de las Naciones Unidas. Colgada de una rama, se balanceaba a merced de las brisas. En el instante en que se confirmó la identidad de la boina fue como una navaja que hendiese la murmuración. Y luego la multitud ya no se responsabilizó. No valía la pena alborotar el avispero. Y la gente se dispersó, inmediata, comentando que nada había ocurrido, hasta admiraban mucho lo que nunca habían visto. Y desdecían:

—Va a caer una lluvia de mojar al viento.

—Sí, es mejor que volvamos a lo nuestro.

—¡Pues vámonos!

Y se dispersaron, en total desbarajuste. Sobre el asfalto caliente quedó el apéndice huérfano. En la rama seca siguió el sombrero misionero, plenamente solo en medio de la ventolina. Azul sobre fondo azul.

Me quedé por allí, solo, con un extraño presentimiento. En mi alma, tenía clavada una espina. Yo, la verdad, quitaba la hiel del vinagre. Aquél no era todavía el sucedido, sino los preparativos de su llegada. Cuando el silencio clarea se escuchan los oscuros presagios. Fue en ese momento cuando me sorprendió la voz, jadeante:

—¡Ha sido convocado!

—¿Convocado yo?

Conocía de sobra al mensajero: era Chupanga, el adjunto del administrador. Hombre baboso, servil: un lameculos. Como todo adulón: sumiso con los grandes, arrogante con los pequeños. El menda fingía desconocerme, ocupado en sus superiores apariencias. Intenté incluso un apretón de manos, pero enseguida él atajó

el tiempo yendo al grano. El burro, en compañía del león, ya no saluda al caballo.

—¿No habla usted fluidamente otras lenguas?

—Hablo unas lenguas, sí.

—¿Lenguas locales o mundiales?

—Unas y otras. Unas, de corrido. Otras, para salir del paso.

El mensajero golpeó los tacones de las botas, al modo de los militares. Ese ruido, simple como era, me sonó a un aviso. Parecía un ángel escapando por los alrededores de los aires. Y, realmente, lo era. Los ángeles ven lo que no ocurre. En ese preciso momento, comenzaban los primeros problemas, esquinas donde mi destino habría de hacerse laberinto. Fuera de mí, la voz de Chupanga insistía:

—Ha sido convocado por Su Excelencia.

Su Excelencia era el administrador. Ante una orden como ésa no se vacila. Oímos, callamos y hacemos cuenta de que, callados, obedecemos. No vale la pena pretender osadía. ¿Existe alguien a quien primero le nacen los dientes y sólo después los labios? Cuanto más minúsculo es un lugar, mayor el tamaño de la obediencia.

Fue así como, momentos después, desemboqué derecho y directo en la sede de la administración. Era el mismo edificio de los tiempos coloniales, ya depurado de espíritus. El caserón había sido tratado por los hechiceros, según las creencias. La voz de mando se abrevió, con aristas afiladas:

—Entre, amigo. Necesitamos sus servicios.

Esteban Jonás, el administrador del pueblo, ocupaba todo el ancho de la puerta. La preocupación le goteaba en el rostro. Un pañuelo blanco iba y venía enjugándole la frente. Un generador llenaba todo de ruido y el administrador tuvo que forzar la voz:

—Entre, camarada..., es decir, amigo.

Entré. Dentro estaba más fresco. En el techo, un ventilador agitaba el aire. Yo lo sabía, como todos en el pueblo: el administrador había desviado el generador del hospital para sus más privados servicios. Doña Ermelinda, su mujer, había vaciado el equipamiento público de las enfermerías: neveras, cocina, camas... Hasta había salido en un periódico de la capital que aquello era abuso de poder. Jonás se reía: él no abusaba; eran los otros quienes no tenían ningún poder. Y repetía el dicho: el cabrito come donde está amarrado.

—Lo he mandado llamar porque necesitamos una acción más que inmediata.

Al administrador incluso se le cascaba la voz. Con razón y motivo: una delegación oficial debía de estar a punto de llegar. Venía a investigar el caso del sexo cortado. Habrían de venir los del gobierno de dentro, más los del gobierno de fuera. Hasta de las Naciones Unidas vendrían. Venían a investigar el caso del sexo cortado. Y los otros casos que implicaban a los cascos azules desaparecidos. Nunca el pueblo de Tizangara había recibido tan altas individualidades. La voz del administrador

Esteban Jonás temblaba cuando me señaló y dijo:

—Pues queda, de inmediato, nombrado traductor oficial.

—¿Traductor? Pero ¿a qué lengua?

—Eso no interesa en absoluto. Cualquier gobierno que se precie tiene sus traductores. Usted es mi traductor particular, ¿comprende?

No entendía, pero había aprendido que, en Tizangara, nada exige entendimiento. Carraspeé incluso para sugerir mis objeciones. Fue cuando hizo su entrada doña Ermelinda, la parienta del administrador. Ella se hacía llamar Primera Dama. Me miró como si yo no alcanzase siquiera la condición de gente. Y habló, prestando grandes servicios al mundo:

—Dicen que viene un italiano y que se quedará aquí a hacer la investigación. ¿Usted habla italiano?

—Yo, no.

—Estupendo. Porque los italianos nunca hablan italiano.

—Pero, disculpe, señor administrador, ¿a qué lengua debo traducir?

—Inglés, alemán. Una cualquiera, no se haga mala sangre.

De nuevo se interpuso la administradora, haciendo invisible a su esposo. Hablaba acomodándose el turbante y sacudiendo su larga túnica. Ermelinda proclamaba que eran vestiduras típicas de África. Pero nosotros éramos africanos, de carne y alma, y jamás habíamos visto tal indumentaria. En ese momento, reiteraba:

—Lo que yo quiero, como que me llamo Ermelinda, es que sepan que nosotros, en Tizangara, tenemos traducción simultánea.

Agitó los dedos, acomodando sus adornos. Exhibía más anillos que Saturno. Volviéndose hacia su marido, quiso saber si habían mandado llamar a la cultura.

—¿La cultura?

—Sí, los grupos de danza.

—No aceptarán venir. Sin pago no aceptan.

—Pero ¿acaso en esta tierra ya nadie hace nada por amor?

La Primera Dama quiso saber más: si el pueblo seguía concentrado en la carretera. Porque pretendía realizar una visita oficial al lugar del hecho. El marido, incómodo, preguntó:

—¿Vas a ver eso, Ermelinda?

—Sí.

—¿Sabes qué hay allí, desvanecido, en medio de la carretera?

—Lo sé.

—No me parece bien, una mujer de tu rango... con toda esa gente presente.

—Voy, pero no como Ermelinda. Me desplazo oficialmente en mi condición de Primera Dama. Y, mientras tanto, manda sacar a esa gentuza de ahí.

—Pero ¿cómo puedo dispersar a las masas?

—¿No te he dicho que compres sirenas? Allá, en la Nación, ¿los jefes no usan sirena?

Y salió, con portes de reina. En el umbral de la puerta sacudió sus mechones, haciendo tintinear los oros, multiplicados en vistosos collares en el vasto cuello.

La misión investigadora

Lo que no puede florecer en el momento
justo acaba estallando después.

OTRO DICHO DE TIZANGARA

El pueblo hormigueaba en plena barahúnda. Constaba que, desde la capital, no tardaría en llegar la señera delegación con soldados nacionales y de las Naciones Unidas. Venía igualmente un jefe mayúsculo del comando de las tropas internacionales. Con los militares extranjeros venían el ministro no gubernamental y unos cuantos jefes de departamentos varios. Y además un tal Massimo Risi, un italiano, hombre sin mayores patentes. Sería él quien se establecería un tiempo en Tizangara.

Yo ya estaba en la plaza, cuadrado junto a los jefes de la administración local. Eramos el comité de recepción, haríamos los honores a la tierra. El administrador Esteban Jonás se retorció nervioso. Mandaba y desmandaba, daba voces al viento.

—¡En fila! —repetía, dirigiendo nuestras posiciones.

Aunque atolondrado, seguía mostrándose vanidoso, con el pecho más hinchado que palomo arrastrando el ala. Pavoneándose así, su piel relucía aún más oscura, almendrados los brillos de su frente.

Entre la multitud figuraba una pancarta bien visible con letras enormes: «¡Bienvenidos, camaradas soviéticos! ¡Viva el internacionalismo proletario!». El administrador dio orden instantánea de que se retirase el cartel. Y que nadie entonase vivas a nadie. El pueblo andaba bastante confuso con el tiempo y la actualidad.

—Distribuid nuestros carteles, los que mandamos pintar ayer.

—Mejor que no, Excelencia.

—¿Y por qué?

—Es que las pinturas han desaparecido del almacén.

—¿Y las telas?

—Las telas no han desaparecido. Las han robado.

Estábamos en esos disgustos cuando apareció frente a nosotros un cabrito manchado. El animal desentonaba en medio de tanta solemnidad. El administrador se irritó a la sordina:

—¿Quién es ese cabrito?

—¿De quién es?... —corrigió el secretario, discreto.

—Sí, ¿de quién es esa mierda?

—¿Ese cabrito no será de los suyos, Excelencia?

La orden de evacuar de allí al caprino llegó demasiado tarde: las sirenas ya invadían la plaza. En un segundo, los veloces coches llenaron la plaza de polvo y ruido. De repente, las quijadas compungidas. Y se oyó un golpe sordo, el fragor de un vehículo embistiendo un cuerpo. Era el cabrito. El animal voló como una garza afelpada y se estrelló en una acera próxima. No murió en el acto. Antes se quedó por allí, manchado y demolido, amplificando sus gemidos por el mundo. Con la embestida, un cuerno saltó con tal ímpetu que fue a dar en el adjunto Chupanga. El hombre agarró el cuerno deshermanado y se lo entregó al administrador.

—Excelencia, esto es suyo.

Esteban Jonás, enfurecido, arrojó el cuerno al suelo. Me tiró del brazo, en una sacudida, y musitó la árida orden:

—Vaya y mate de una vez al hijo de puta del cabrito.

Imposible obedecer. Ya los visitantes salían de los coches con altivez y el administrador, en trance, repitió el desatinado comando:

—¡En fila!

Pensando que la orden iba dirigida a ellos, los pobladores se acomodaban en filas casi indias. Pronto la plaza adoptó el aspecto de una ceremonia militar. Esteban Jonás pasó a las presentaciones. Su voz, empero, era continuamente ahogada por los balidos del cabrito.

—Este es...

—¡Beee!

Sabotaje ideológico del enemigo: fue así como, más tarde, clasificó el administrador las interferencias sonoras. ¿Quién más querría empañar el esplendor de aquella solemnidad? Dada la circunstancia, no obstante, había que despejar el ambiente, sacudir el polvo y tragar saliva. El ministro se hizo cargo de la situación y lanzó la propuesta:

—Vamos ya al lugar del hecho.

En cambio, fue difícil encontrar espacio. El pueblo se conglomeraba, pasmado por presenciar tal desfile de eminencias. ¿Tanta gente movilizada por un sexo masculino, para colmo yaciendo en paz? Y a centenares se aglomeraron los tizangarenses. Unos se admiraban de verme allí, entre los notables. ¿Había yo pasado a compartir el puchero de los grandes, a beneficiarme de su cocina? Otros me hacían señas con improvisado respeto, por si acaso fuese yo un mandador de lluvia.

Los recién llegados fueron perdiendo seguridad a medida que apuraban camino hasta el lugar del descubrimiento. Allí, entre las masas, no se vislumbra quién es el debido quién. Doña Ermelinda, al lado de su esposo, le susurraba:

—¿Te has fijado en las sirenas? ¿No será posible pedirles que las dejen aquí?

Afligidos, los extranjeros comprimían las máquinas fotográficas contra las barrigas, no fuese el diablo a destrozarlas. En medio de la turbulencia, entre tirones y empujones aún se oían las órdenes del administrador:

—¡En fila!

Por fin, llegaron todos a la carretera donde yacía el anónimo sexo. Formaron un círculo y el silencio hizo un nudo alrededor. Así, callados, parecían rendir sentido homenaje. El hecho de que el apéndice susodicho hubiera resistido ese tiempo sin que lo hubiesen movido los animales era un asunto que avivaba las fantasías.

Hasta que el representante del gobierno central, después de mucho frotar el vacío de sus bolsillos, tosió y lanzó metafísico una hipótesis: aquello, en plena carretera,

¿era un órgano o un organismo? Y si era un órgano, así dispar e impar, ¿de quién había sido cortado? Y pronto se encendieron desatinados debates. Era evidente que desempolvaban voces sólo para espantar al silencio. Hasta que el administrador local sugirió:

—Con el debido respeto, Excelencias, ¿y si llamásemos a Ana Diosquiera?

—Pero esa Ana ¿quién es? —inquirió el ministro.

Se cruzaron voces: ¿cómo era posible no conocer a la Diosquiera? Pues ella era la prostituta del pueblo, la más competente conocedora de los machos locales.

—¿Prostitutas? ¿Aquí tenéis eso?

Y el administrador, encaramado en la vanidad, murmuró:

—¡Es la descentralización, señor ministro, es la promoción de la iniciativa local! —y repetía, orondo—: ¡Nuestra Ana!

Al ministro incluso le pareció oportuno refrenar ese entusiasmo creciente:

—Nuestra quiere decir...

Pero el administrador avanzaba a toda vela. Y proseguía: que la tal Ana era una mujer de mil imperfecciones, artista de desvariedades, mujer bastante descapotable. ¿Quién, sino ella, podía dar un parecer fundamentado sobre la identidad del órgano? ¿No era ella acaso perita en medicina ilegal?

—¿Comprende, Excelencia? Llamamos a Ana Diosquiera para que identifique el todo por la parte.

—¿Por la parte?

—Por la..., por la cosa, es decir, me refiero a la cuestión pendiente.

Y luego expidió mandamientos, con ademanes militares, no fuesen los extranjeros a pensar que el martillo no tenía mango:

—Señor adjunto, vaya a llamar a Ana Diosquiera.

Ya el mensajero partía, fulminante, cuando se detuvo y rehízo camino. Y preguntó al administrador, en voz pública:

—Disculpe, Excelencia, pero ¿dónde podré encontrar a la tal convocada?

Esteban Jonás carraspeó, perturbado. A ver, ¿por qué demonios tenía que saber él el paradero de esa mujer? Y llamando al adjunto para que se acercase más le susurró:

—¡Imbécil! Vaya al sitio ese que ya sabe.

Poca cosa hizo falta para que la orden se cumpliera. El administrador, mientras tanto, dio con mi persona y me ordenó:

—¡Traduzca, tradúzcale al señor Risi!

—No vale la pena, se entera de todo.

—Al menos, haga un resumen. Aproveche para introducir..., quiero decir, para explicar quién es nuestra Diosquiera.

No dio tiempo. Ya se anunciaba Ana Diosquiera, con menos sirena que la delegación, pero más despampanante. La mujer exhibía demasiado cuerpo en escasos

vestidos. Tal como los tacones altos se hundían en la arena, así los ojos se clavaban en sus curvaturas. El pueblo, alrededor, miraba como si fuese irreal. Hasta hacía muy poco no había habido una prostituta en la aldea. Ni palabra había en la lengua local para nombrar tal criatura. Ana Diosquiera era siempre motivo de éxtasis y suspiro incesante.

La mujer se disculpó cuando se dio cuenta de la oficiosa expectativa. Chupanga, todo mantecoso, susurró al oído de la prostituta la breve explicación de las circunstancias. Al fin y al cabo, no había sido convocada para los servicios habituales. Ana recibió la sorpresa, siempre en pose. Después, mitigó los encantos y agravó la voz. En definitiva, venía con un atavío inadecuado. ¿Para qué el arte si falta el artificio? La mujer pasó su mano por la peluca y suspiró:

—¡Caramba! Yo pensaba que era una llamada de servicio. Y con tarifa de urgencia.

Soltó una carcajada, como afrenta. Después se acercó a la mujer del administrador y la contempló desafiante. La medía de arriba abajo, menoscabándola. ¿Quién era, al fin y al cabo, la más que primera dama? Con el mentón altivo y la risa a medias contenida:

—¿Cómo está nuestra Primera Señora?

Doña Ermelinda echaba fuego por los ojos. Su esposo la apartó, precaviendo desmanes.

—Vuelve a casa, mujer.

—Es mejor que ella se quede —repuso la prostituta— y vayamos juntas a ver los restos del accidente. ¿Quién ha dicho que no nos puede ayudar a identificar la cosa?

El enfrentamiento quedó ahí. Porque los extranjeros uniformados rodearon a la prostituta, absorbiendo la intensidad de sus aromas. La delegación se interesaba: ¿sería celo, simple curiosidad? Y le pidieron documentos probatorios de su carrera: curriculum vitae, participación en proyectos de desarrollo sostenible, trabajo en relación con la comunidad.

—¿Tenéis dudas? Soy puta legítima. No una desmeretriz cualquiera. Incluso ya he dormido con...

—Adelante, adelante —apresuró el ministro, que pronto inició una disertación sobre vagos asuntos como las previsiones de lluvia, el estado miserable de las carreteras y otras naderías.

Ana Diosquiera respondía a todo, en verbo y gesto, con los ojos puestos en el italiano. Después del interrogatorio, se acercó a Massimo Risi y le dijo algo al oído. Nadie sabe lo que le dijo. El pueblo sólo veía al blanco ponerse rojo y volver a palidecer, la cara cayéndosele del rostro.

Después, la prostituta dio la espalda a la delegación y se acercó al polémico hallazgo, en el suelo de la carretera. Miró el órgano desfigurado, caído como un

gusano flácido. Se arrodilló y, con un palito, dio la vuelta al guión carnal. Alrededor de Ana Diosquiera se formó un círculo, con ojos de ansiosa expectativa. Se impuso silencio. Hasta que el jefe de la policía local inquirió:

—¿Cortaron esta cosa del hombre o viceversa?

—Esa cosa, como la llama el señor policía, esa cosa no pertenece a ninguno de los hombres de aquí.

—¿Está segura?

—Plena y absolutamente segura.

Cumplido el examen, Ana Diosquiera sacudió las manos y abanicó su cabellera hacia como si fuese una reina. El ministro llamó aparte al delegado de las Naciones Unidas. Deliberaron:

—Disculpe que le diga, pero a mí me parece que es uno más de esos casos...

—¿Qué casos? —preguntó el extranjero.

—De esos de los estallidos.

—¡No me diga eso!

—Le digo que es un estallado más.

—No me venga con esa estupidez de los estallados. Discúlpeme, pero ésa no me la trago.

—Pero yo, como ministro, recibo informaciones...

—Escúcheme bien: ya han desaparecido cinco soldados. ¡Cinco! Yo tengo que presentar un informe a mis jefes en Nueva York, no quiero historias ni leyendas.

—Pero mi gobierno...

—Su gobierno está recibiendo mucho. Ahora son ustedes los que tienen que dar algo a cambio. ¡Y nosotros queremos una explicación verosímil!

Y el representante del mundo impuso condiciones: se exigía un informe bilingüe, previsiones presupuestarias y rendición de cuentas inmediata. El jefe de la misión espumajeaba de la rabia:

—Es que ya es demasiado: ¡cinco, con éste seis!

Seis soldados de las Naciones Unidas se habían eclipsado, sin dejar ningún rastro salvo un río de delirantes rumores. ¿Cómo podían unos soldados extranjeros disolverse así, desparramados en medio de las Áfricas, que es, como quien no dice, en medio de nada? El ministro, amargado, respondió:

—Está bien, voy a hablar con la pu..., con la prostituta.

—Pues eso, hable. Lo que quiero es aclarar la situación. Y óigame bien: lo quiero todo grabado. No quiero blablablá, estoy cansado de folclore.

—Pero las declaraciones son todas unánimes: ¡los soldados estallan!

—¿Estallan? ¿Cómo es que estallan sin minas, sin granadas, sin explosivos? No me venga con chácharas. Lo quiero todo grabado, aquí.

Le entregó una grabadora y una caja de casetes. Latió un silencio grave. Para

disfrazar las apariencias de sumisión, el ministro se puso a trajinar con los dedos en los botones del aparato. De golpe, salió una música de la grabadora, sonidos calientes se desencadenaron por los aires y el pueblo, instantáneo, se puso a bailar. El universo, en un segundo, se convirtió en una infinita pista de baile. Atolondrado, el ministro barajó los dedos en las manos, demorando en parar la fanfarria. La música calló y aún quedaron unas parejas girando. Más lejos, el cabrito balaba con gemidos cada vez más débiles.

—¿Qué es esto? —inquirió un ilustre.

—No es nada, son niños imitando..., es decir, jugando —se apresuró a declarar el administrador.

El responsable de la ONU parecía un dragón llameando por sus narices. Miró el firmamento como si implorase comprensión divina. Llamó a Massimo Risi y le dio las rápidas y postreras instrucciones. Después entró en el espacioso coche y golpeó la puerta con furia. Pero el jeep no arrancó: ¿nervios del conductor, descarga de la batería? El motor se caló en intentos sucesivamente frustrados. El representante del mundo, con las ventanillas cerradas, esperaba sin duda una mano generosa que empujase el vehículo.

Pero el pueblo no se dio prisa en empujar. El extranjero se quedó usando el cristal como almohada, sin ánimo para mendigar ayuda. Pasó un buen rato. En la mejilla del consultor internacional, corrían gotas de sudor más veloces que los lentos minutos del tiempo.

Fue Ana Diosquiera quien soltó un chasquido de dedos. En un segundo, manos a montones se juntaron en la trasera del vehículo. Mientras el pueblo empujaba el coche, la prostituta se acomodó como si estuviese enmarcada, las manos sobre los muslos. Altiva, se quedó mirando a la comitiva desaparecer sin dignarse a dar una señal de despedida. Cuando el polvo volvió a asentarse, ella volvió a lanzar una breve mirada de soslayo a la carretera. Confirmó, entonces, que Massimo Risi se había quedado en la aldea, junto con una porción de jefes. Ana Diosquiera se le acercó y le dijo:

—Han muerto millares de mozambiqueños y nunca os hemos visto aquí. ¿Ahora desaparecen seis extranjeros y ya es el fin del mundo?

El italiano permaneció mudo. Ana Diosquiera se arrimó a él, mimosamente, y prometió que ayudaría a aclarar el misterio. Por ejemplo, podía anticipar el secreto de lo que había observado del resto del infeliz. ¿Por casualidad el extranjero se había fijado en el tamaño de ese resto? La esperada revelación se hizo oír:

—Ese hombre era del sexo más culino.

Y la prostituta prorrumpió en una carcajada mientras se quitaba una mota imaginaria de las hebras lisas de su falsa cabellera.

Una mujer escamosa

¿Añoranzas de un tiempo?
Añoranzas tengo de no tener tiempo.

DICHO DE TIZANGARA

Los visitantes se acomodaron en la aldea: el ministro se instaló en la casa del responsable local. Había otra residencia para el representante de las Naciones Unidas. Pero el italiano prefirió quedarse en la pensión. Quería mantener su independencia, fuera de los esquemas montados por las autoridades del lugar. Yo seguía las órdenes, tras él, como un perrito. Y ahí me quedé, instalado en otro cuarto de la pensión. Al lado, para lo que hiciese falta.

Massimo Risi rehusó que le llevase el equipaje y allá fue, tropezando con los baches, con pandillas de chicos que lo perseguían y mendigaban dulces.

—*Masuíti*, ⁴ patroncito. *Masuíti*.

Yo seguía atrás, respetuosamente. Mientras tanto, observaba al extranjero: ¡cómo se le veía el alma por su trasero! Los europeos, cuando caminan, parecen pedir permiso al mundo. Pisan el suelo con delicadeza pero, extrañamente, hacen mucho ruido.

Llegamos, por fin, a la pensión. En la fachada había aún vestigios de los tiros. El hueco que deja un tiro es como el óxido: nunca envejece. Aquellas ocavidades parecían muy pero que muy recientes, hasta hacían estremecer, tal era la impresión que daban de que la guerra aún estuviese viva. Encima de la puerta, sobrevivía la placa «Pensión Martillo Jonás». Antes, el nombre del establecimiento era Martillo Proletario. Mudan los tiempos, se desnudan las voluntades.

Massimo entró con miedo en una sala oscura. Mil ojos se desorbitaban ante el blanco entrando en la pensión. Frente a un mostrador cubierto de periódicos antiguos, el italiano preguntó:

—¿Me puede informar de cuántas estrellas tiene este establecimiento?

—¿Estrellas?

El recepcionista creyó que el hombre no entendía el buen portugués y sonrió condescendiente:

—Señor: aquí, a esta hora, no tenemos estrellas.

El extranjero miró hacia atrás pidiendo mi auxilio. Me adelanté y expliqué los deseos del visitante. El quería conocer las condiciones. El recepcionista no se hizo esperar:

—¿Las condiciones? Bien, eso es un poco dificultoso porque, en esta fase, las condiciones ya no se planifican por anticipado.

Además, hay lugares en los que la curiosidad no es buena consejera. Anticiparse al tiempo es algo que sólo puede traer pesares. Y el anfitrión aconsejó: que el huésped dejase las maletas y el alma. Al final de todo, cuando ya estuviese de regreso, sería buena ocasión para que él entendiese las llamadas «condiciones».

—Aquí sólo se sabe lo que está ocurriendo cuando ya ha ocurrido. ¿Me comprende, estimado señor?

El italiano miró el techo con expresión de pájaro en busca de un hueco en la jaula.

La pregunta nos pareció tonta pero el funcionario fue rápido en la respuesta:

—La pensión es privada, pero es del Partido. Es decir, del Estado.

Y explicó: la nacionalizaron, después la vendieron, le retiraron la licencia, la volvieron a vender. Y otra vez: anularon la propiedad y, en aquel preciso momento, si el extranjero así lo desease, el hotelero incluso podía facilitarle los papeles para una nueva adquisición. Que hablase con el administrador Jonás, que tenía acciones en el negocio.

—¿Quiere comprar la pensión?

—Pero ¿qué comprar?

—Ahora debe de ser barato porque es temporada muy baja para el turismo. Con esos estallidos por ahí no ha habido mucha demanda...

El italiano se volvió hacia mí, como si, de repente, la lontananza se abatiese sobre él:

—¿Me puede traducir después?

Por indicación del recepcionista fuimos por el oscuro corredor. El hombre iba explicando las insuficiencias con el mismo entusiasmo con el que otro hotelero, en cualquier lugar del mundo, anunciaría los lujos y comodidades de su hotel. Y el italiano parecía arrepentirse de haber querido saber algo alguna vez: sólo había electricidad una hora por día.

—Mierda, ¿habré traído pilas suficientes? —se interrogó.

En definitiva, me libraba de traducir. Massimo se sabía explicar y, peor aún, entendía lo que le decían. El otro proseguía con las condiciones:

—Tampoco hay agua en los grifos.

—¿No hay agua?

—No se preocupe, estimado señor: mañana temprano traeremos una lata de agua.

—¿Y de dónde viene esa agua?

—El agua no viene de ningún lugar: es un niño el que la trae.

Llegamos a la habitación destinada al extranjero. Yo me quedaría justo al lado. Ayudé al italiano a instalarse. La habitación apestaba. El hotelero, siempre adelante, disertaba sobre la variedad de la fauna que convivía en el mismo espacio: cucarachas, arañas, ratones. En el suelo había una caja. El hombre se agachó y comenzó a sacar de allí diversos objetos:

—Esta revista es para matar a las moscas. Esta suela vieja es para las cucarachas. Este bastón...

—Déjelo, que yo me ocupo.

El recepcionista corrió las cortinas y una nube de polvo se esparció por el aposento. Pasado un rato todo se volvió más visible, pero el italiano parecía preferir la oscuridad. Un líquido espeso se escurría por las paredes.

—¿Es agua eso?

—Era, pero, como ya he dicho, aquí no tenemos agua.

El recepcionista ya se retiraba cuando recordó una recomendación. Esta vez se dirigía a mí como si buscara complicidad.

—A veces aparecen en las habitaciones unos insectos de esos, sabe, que llamamos santateresa o rezadora.

—Sé lo que son.

—Si aparece uno de éstos no lo mate —dijo, dirigiéndose ahora al italiano—. Nunca lo haga.

—¿Y por qué?

—Aquí no matamos a esos bichos. Son cosas nuestras. Él se lo explicará después.

Risi no se llegó a sentar en la soledad de la habitación. Pasó por la mía y dijo que saldría a dar una vuelta. Necesitaba respirar y se fue deprisa por el corredor. Lo vi alejarse y, de nuevo, oí sus propios pasos como si él solo completase una columna militar.

De repente, el italiano tropezó con un bulto. Era una anciana, tal vez la persona con más años que jamás hubiera visto. La ayudó a incorporarse, la condujo hasta la puerta de la habitación de al lado. Sólo entonces, frente a la intensa luminosidad que escapaba por una ventana, advirtió el pareo mal sujeto alrededor de la canchada vecina. El italiano se frotó los ojos como si buscara atinar la visión. Es que la tela dejaba entrever un cuerpo sorprendentemente liso, de moza carnosa e incitante. Era como si aquel rostro lleno de arrugas no perteneciera a aquella sustancia.

El italiano todo se estremeció. Porque ella lo miraba con tal encanto que hasta lastimaba. Incluso yo, que observaba la escena de lejos, me sentí turbado. Los ojos de la anciana contenían frescuras y salivas de un beso prometido. La mujer, toda ella, olía a glándula. ¿Podía una vieja con tamaña edad inspirar deseos en un hombre en plenas facultades? Massimo Risi se apresuró a salir. De paso por la recepción, aprovechó para recoger informaciones sobre la añosa mujer.

—Ah, ésa es Temporina. Ella sólo anda en el corredor, vive en la oscuridad, desde hace siglos.

—¿Nunca sale?

—¿¡Salir!?! ¿¡Temporina!?!

El recepcionista se rió, pero enseguida se contuvo. Viendo que yo me acercaba, decidió hablar sobre el resto conmigo. Me llegué hasta él, el italiano y yo nos hicimos compadres, adjuntando nuestros oídos. El hospedero fingió hablarme en secreto, sabiendo que el otro escuchaba con gravedad:

—Su amigo blanco que tenga mucho cuidado con esa vieja.

—¿Por qué? —preguntó Massimo.

—Ella es una de esas que anda pero no lleva la sombra con ella.

—¿Qué está diciendo? —volvió a inquirir el italiano.

—Explíquese lo, a su debido tiempo.

Salimos. En la calle, el italiano pareció quedar vencido por la frescura del atardecer. Las vendedoras del bazar ya acomodaban sus mercancías y una inmensa paz parecía regresar a la interioridad de las cosas. Risi se sentó en el único bar de la aldea. Parecía querer estar solo y yo respeté ese deseo. Me acomodé más lejos, tomando mi dosis de fresco. Las personas pasaban y saludaban al extranjero con simpatía. Transcurrieron, innúmeros, los momentos, y le pregunté si deseaba regresar a la pensión. No quería. No le apetecía nada, simplemente quedarse allí, lejos de la habitación, distante de sus obligaciones. Me senté a su lado. Me miró, como si fuese la primera vez:

—¿Usted quién es?

—Soy su traductor.

—Yo puedo hablar y entender. El problema no es la lengua. Lo que no entiendo es este mundo de aquí.

Un peso invisible le hizo caer la cabeza hacia un lado. Parecía derrotado, sin esperanza.

—Tengo que cumplir esta misión. Sólo quería alcanzar el ascenso que hace tanto espero.

—Lo va a conseguir.

—¿Cree que llegaré a saber quién ha hecho estallar a los soldados?

El italiano estaba hecho un guiñapo. Pelos sucios, formando greñas. Fue entonces cuando apareció un hombre, desastrado, que a sí mismo se refirió:

—Les pido disculpas, patroncitos. Pido hablar con ese extranjero de fuera.

—¿Qué pasa?

—Es que estoy vinculado con el difunto.

—¿¡Difunto!?

—Ese cabrito que fue atropellado por el coche.

—¿Y?

—Es que yo soy el dueño de ese cabrito. Y ahora, ¿quién me compensa?

E hizo que los dedos se rozasen unos con otros, sugiriendo el tintineo del dinero. El italiano, felizmente, no entendió bien lo que pasaba. Le pedí al dueño del malogrado caprino que volviese más tarde. Ya se retiraba cuando recordó algo y volvió atrás. Para mi asombro, anunció que mi padre había llegado a la aldea. Primero, no le di crédito.

—Ha llegado. Y se ha instalado allá en su vieja casa.

Me quedé sorprendido. Y eso que había anunciado que nunca más regresaría a Tizangara. Ahora, que yo estaba implicado en aquella tarea, residiendo sin más remedio en la pensión, ¿ahora él decidía reinstalarse en el lugar de mi infancia?

El italiano adivinó mi preocupación.

—¿Qué pasa?

—Usted no sabe lo que significa la llegada de mi viejo.

Sin darme cuenta me abría y le confesaba antiguos recuerdos al extranjero. La ventaja de un extraño es que confiamos en la mentira según la cual tenemos una sola alma.

Presentación del contador de la historia

Dios me impuso la tarea de morir.
Nunca la cumplí.
Pero ahora he aprendido la desobediencia.

PALABRAS DE DOÑA HORTENSIA

Están los que nacen con defecto. Yo nací por defecto. Me explico: en mi parto no me extrajeron todo, por entero. Parte de mí quedó allá, adherida a las entrañas de mi madre. Hasta tal punto eso ocurrió que ella no alcanzaba a verme: miraba y no me distinguía. Esa parte de mí que estaba en ella se sustraía a su visión. Ella no se resignaba:

—¡Soy ciega de ti, pero he de encontrar la manera de verte!

La vida es así: pez vivo, pero que sólo vive en el correr del agua. Quien quiere pillar ese pez tiene que matarlo. Sólo así lo tiene en sus manos. Hablo del tiempo, hablo del agua. Los hijos son como agua andante, el irrecuperable curso del tiempo. ¿Un río tiene fecha de nacimiento? ¿En qué día exacto nos nacen los hijos?

Los consejos de mi madre fueron sólo silencios. Sus decires tenían acento de nube.

—Lo más contagioso es la vida —decía.

Yo le pedía explicaciones sobre nuestro destino, anclados en la pobreza.

—¡Vaya, hijo mío, ya has tomado la manía de los blancos! —inclinaba la cabeza como si la cabeza huyese del pensamiento y me advertía—: Quieres entender el mundo, que es cosa que nunca se entiende.

En tono más grave, me alertaba:

—Que la idea se te pose como la garza: sólo con una pata. Que así no pese en tu corazón.

—Pero, madre...

—Porque el corazón, hijo mío, el corazón tiene siempre otro pensar.

Decires de ella, más cerca de la boca que del cerebro. Cierta vez, hizo que me sentara. Sus aires eran graves. Y dijo:

—Ayer tuve, no sé bien si lo fue, un pensamiento.

—¿Qué pensaste?

—Fue poco más o menos así: yo necesitaba no vivir para poder verte. ¿Me entiendes?

Mientras hablaba, sus dedos mecanografiaban mi rostro, línea por línea. Mi madre me leía por dedos torcidos.

—Eres parecido a mí.

Después de mí su vientre se cerró. Yo no era sólo un hijo: era el castigo de no poder volver a ser madre. Y aquel destino en otros castigos se multiplicó: mi padre, en lugar de reservarle más cariño, comenzó a infligirle penas, echándole la culpa por los males del universo. Y se sintió aliviado: si ella había perdido fertilidad, él tenía derecho a no tener deberes.

—Ahora ya no estoy sujeto a nada. No me hago responsable.

Y comenzó a dormir fuera, gastando su edad en lechos de otras. Mi madre lloraba mientras dormía en el lecho desuncido. No sollozaba, ni se oía el desahogo de la

tristeza. Sólo las lágrimas se le escurrían sin pausa durante la noche. De modo que despertaba empapada en poza de la más pura agua destilada. Yo la apartaba de allí, de aquellas aguas, y la enjugaba siempre con el mismo lienzo. Otra toalla no podía ser: aquél era el lienzo que había recogido su único parto. Aquel lienzo me había envuelto en mi estreno de ser. Sería, quizá, su última cobertura.

A pesar de la nocturna tristeza de mi madre, yo vivía con el sosiego de un pez en agua quieta. En aquel tiempo, no había antaño. Todo para mí era reciente, a punto de nacer. En los meses debidos yo ayudaba a mi madre en la *machamba*,⁴ el sembradío. La acompañaba entre los caminos, siempre nuevos, tales eran las verduras que se empecinaban en volver a ocupar los espacios. Ella sonriendo, como si disculpase los malos modales del bosque:

—Aquí al monte le gusta mucho crecer.

En los intermedios del sembradío, nos sentábamos, mi madre y yo, bajo la brisa del *canhoeiro*.⁴ Ella me aferraba la mano mientras hablaba. Y deshojaba sus lamentos: nuestra tradición no autoriza a un niño a asistir a un entierro. La muerte es visión de mayor. Sólo mi madre, ya crecida, parecía no estar autorizada a ver mi propia vida. Y sentenciaba, en consenso consigo misma:

—La vida, hijo mío, es una mala ilusionista.

En los atardeceres, los flamencos cruzaban el cielo. Mi madre se quedaba callada, mirándolos volar. Mientras no desapareciesen los largos pájaros ella no pronunciaba palabra. Ni yo podía moverme. Todo, en ese momento, era sagrado. Ya en el languidecer de la luz mi madre entonaba, casi a la sordina, una canción que había sacado de su inventiva. Para ella, los flamencos eran quienes empujaban el sol para que el día llegase al otro lado del mundo.

—¡Este canto es para que vuelvan mañana una vez más!

Cierta vez, acordamos un pacto, con Dios como testigo. Juntamos juramentos, sagrados hechizos: que yo iría a visitarla en el momento en que se estuviese despidiendo de vivir. Pues, en ese intervalo de instante, ella creía poder, al fin, verme de rostro y cuerpo. Y se selló el acuerdo: llegando su moribundez, me avisaría. Yo acudiría y ella, finalmente, me habría de conocer, los ojos en los ojos.

Pasó el tiempo y salí de la tierra nuestra, alentado por el padre Muhandó. En la ciudad, yo tenía acceso al pupitre de las aulas. La escuela fue para mí como un barco: me daba acceso a otros mundos. Sin embargo, aquella enseñanza no me totalizaba. Al contrario: cuanto más aprendía, más me sofocaba. Me mantuve allí durante años, ganando saberes precisos y preciosos.

En el viaje de regreso ya no sería yo el que volvía. Sería un quién sabe, sin mi infancia. Culpa de nada. Sólo esto: soy árbol nacido al margen. Pero allí, en lo que deviene, soy canoa, huyendo por la corriente; más próximo soy madera incapaz de escapar del fuego.

Un día, el juramento de mi vieja madre cumplió su finalidad. Fueron a llamarme, con urgencia: mi madre se estaba despegando del alma. Viajé en el remolque de un viejo camión. Llegado a la aldea, acudí en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que llegar antes de que ella se fuese del mundo. ¿Llegué tarde? En el corazón envejecido de una madre, los hijos regresan siempre tarde. Ella me tomó la mano y cerró los ojos como si respirase por ellos. Estaba tan quieta, tan sin brisa en el pecho, que me afligí. Los demás me sosegaron:

—Sólo está haciéndose la difunta. Sólo para que Dios se apiade de ella.

Pero no era tal el fingimiento. Nadie sabía que ella, gracias a ese desmayo, me había alcanzado finalmente en su visión. Me enfocaba, tal cual era yo en mis contornos. Su rostro se hizo repliegue, en ilegible sonrisa:

—Finalmente, eres parecido a él...

—¿A mi padre?

Ella volvió a sonreír, casi como en un suspiro, mientras repetía:

—A él...

Me apretó las manos, en un espasmo. El párpado ya se dibujaba estalactita. La muerte es un brevísimo balcón. Desde allí se observa el tiempo, así como se inclina el águila en el peñasco: alrededor todo el espacio se puede convertir en espléndida ocasión de vuelo.

—¿Madre? ¿Quién es él?

Se lo preguntaba sólo para hacer cuenta de que no había reparado en que ya ella desvivía. Lo que yo quería era achicar la tristeza. Me quedé con el cuerpo de mi madre apoyando una levedad en mi pecho, semejante a una hoja que cae del baobab. Había fallecido en ese instante en el que empezaba a contemplarme. ¿Sería verdad que me había llegado a ver? Pero eso ya no tenía ninguna importancia. Lo que hacía falta era avisar a mi padre de ese desaguizado.

Nuestra gente no vive sin tratar a los del lado de allá, pasados a poniente extremo. Habitamos así: la vida a oriente, la muerte a occidente. ¡La muerte, la muerte más su inexplicable utilidad! Mi madre había partido en la curva de la lluvia, yéndose a habitar la estrella de ninguna punta. A partir de entonces, la vida ya no se le aparecía: se había topado con el último desencuentro. Recordé incluso sus palabras madurando una esperanza para mí cuando yo de todo descreía:

—¿No ves los ríos que nunca llenan el mar? La vida de cada uno también es así: está siempre toda por vivirse.

Y ahora, por inconsecuencia, yo partía para encontrar a mi padre. ¿Por dónde él se cernía? ¿Se mantenía allí, en los alrededores de nuestro distrito, incapaz de lo lejos, inepto para lo cerca? ¿Alquilaría aún su viejo barco a los pescadores de la desembocadura del río? Yo esperaba que sí, por causa del afecto que había ganado por la embarcación, las veces que había permanecido bajo cuidados paternos. Yo le

había dado nombre al bote: el *Barco iris*. Y allá me encimaba en la proa, surcando aquellas aguas. Cuando construyeron la presa, el río se hizo más aplicado y el estuario complaciente, ofrecido a navegaciones todo el año.

Todas las veces que fui a visitar a mi padre me entregué a la vida del pueblo de allí. Ayudé en las tareas de a bordo, tiré de la red, arponeé pulpos, amarré embarcaciones. Mi padre me recibía satisfecho en la playa. Nunca quiso saber nada de mis cansancios. Tenía una idea muy suya sobre el trabajo. Para él, era el barco el que hacía andar al remo. En toda su vida, sólo había andado por los interiores. Era un sabedor de montes, ignorante de océano.

En ese tiempo, yo aún tenía el cuerpo todo vivo, estaba allí para creencias y nacencias. Por la noche, ante la crepitación de la hoguera, el viejo Sulpicio me pedía que relatase mis aventuras barqueras. Y sonreía, defendiendo sus incapacidades en asuntos marinos.

—El camarón anda en el agua y no sabe nadar.

Después de los conflictos que había tenido con la administración, mi viejo no guardaba un buen concepto del trabajo. Antes, había creído en el poder del trabajo para crear futuro. Había perdido esa creencia. En los últimos años, decidió incluso ponerse el pijama para toda la vida. Sólo por la noche, cuando el pijama debía cumplir sus congénitos servicios, se liberaba del vestuario. Se desnudaba para dormir.

—Papá, ¿con pijama durante el día?

Es que solía darse el caso de que dormitase aquí y acullá, arrimado incluso a la más tremenda claridad. Así, con tal indumentaria, estaba bien preparado para esas cabezadas. Pero la cuestión no era sólo el pijama: el viejo se llenaba de manías que contrariaban a la gente universal. Como en otro ejemplo: sólo los domingos se calzaba. En los restantes días, los de la semana, sus pies tocaban tierra, satisfechos por acariciar el infinito del suelo. Al acabar el día, derramaba un té tibio en sus piernas. Los pies desnudos en una palangana se empapaban, en baño de reposo.

—Estoy dándoles de beber —y se reía.

Mi madre se irritaba mucho con ese uso fuera de costumbre. La rareza, sin embargo, tenía una razón: andaba descalzo para no gastar su único par de zapatos. Los llevaba colgando de las manos, pero sin ponérselos nunca mientras marchaba. Se los calzaba sólo después, cuando ya estaba quieto en pose de señor.

Aquellos momentos junto a mi padre me llevaban hacia un incierto sueño, quién sabe si lo que llaman ternura no era ese amodorrarse. Esos breves tiempos fueron, hoy lo sé, mi única casa. En el estuario donde mi viejo había echado su existir yo inventaba mi naciente.

No obstante, las visitas a la desembocadura del río fueron breves y pocas, simples fulgores de remembranza. Mi madre acabó prohibiendo esas malas influencias suyas. Mi viejo, que pagase con el aislamiento su irresponsabilidad. Ella se vengaba así de

su deserción. Cuando se retiró de la familia, él aún anduvo un tiempo vagabundeando por ahí. Después se había instalado en los alrededores de la aldea, haciendo de su vida lo que hacemos con la sábana: se pliegan los extremos y se entierran bajo el colchón. Nosotros nunca veíamos los extremos de su vivir, ni la dirección que daba a su existencia. Ese era el misterio oculto por debajo de sí mismo. Comenzó a dar señales de sí sólo cuando era yo muy niño. Y nos visitaba, de pascuas a ramos. Se dejaba estar unos días. Nunca reparé si dormía en alguna habitación. En el fondo, deseaba guardar la ilusión de que él y mi madre aún compartían las noches bajo el mismo techo.

A la mañana siguiente, me llevaba por un descampado. No iba muy lejos. Allí, junto a un enorme montículo de termitas, se detenía. Se echaba a flor de tierra y acariciaba el termitero. Después se incorporaba y apuntaba más allá de unos frondosos *konones*:⁴

—¿Ves aquel caminito?

Yo no veía sino las frondas. La sabana allí se cerraba en verdes. No servía de nada apurar la vista. Los dos teníamos miedo de ir más lejos. Pero él apuntaba la distancia e insistía en su advertencia:

—Cuando llegue el fin del mundo debes tomar ese sendero. ¿Me oyes?

Consejo que nunca querría cumplir. Pero que estaba fuera de toda duda. Que él sabía que era cierto y certero el final de la humanidad.

Todo eso recordaba yo cuando llegué a la playa de Inhamudzi donde mi viejo se había exiliado. El lugar no era distante y yo había viajado más recuerdos que kilómetros. Esta vez, llegaba casi sin mí, parecía descuajaringado. Mis saberes de la ciudad, ¿para qué servían? Aquellos caminos tenían usos que no eran los mismos de las calles urbanas: parecían hechos sólo para pasar sueños y ponientes.

Aquellas estrechas ruinas aliviaban la tristeza de la tierra dando camino al último sol, en dirección a los secretos rincones de nuestra alma. Circulé por allí. Busqué entre las tiendas y chabolas de cañas. No había señal de él, sólo dimes y diretes, esto y lo de más allá. El viejo Sulpicio, ¿sabía él de su propia realidad?

Finalmente lo descubrí. ¿Qué le habían hecho a mi padre? Estaba flaco, escuchimizado, parecía incluso que su alma era algo externo a él. Desde mi última visita se había apalancado en un rincón oscuro, en el hueco de un viejo faro. Se había convertido en farero. Había subido a ocupar un faro desempleado, ya ningún barco usaba aquellos caminos de salida al mar.

A pesar de todo, el viejo se tomaba en serio su nueva profesión. Aquello exigía mucha atención: enfocar el infinito, fiscal del horizonte. ¡Si toda su vida había controlado, en pie de alerta, la sabana! Ahora simplemente cambiaba el objeto de su vigilancia. Sería por eso por lo que hacía cuenta de que yo era invisible cuando dije:

—Padre, traigo noticias tristes de Tizangara.

Con un gesto firme me ordenó silencio. Que estaba concentrado en la ventolera. Acechó el horizonte y sacudió la cabeza:

—¿Recuerdas que estaba aprendiendo el idioma de los pájaros? Pues tu madre nunca me lo permitió.

—Padre, escúcheme...

—Ahora, hijo mío, ya no hablo ninguna lengua, sólo me quedan dejes. ¿Entiendes?

Yo no entendía nada. Mi padre divagaba sin forma en el pensamiento. Mi aire serio, insistiendo en el asunto que allí me llevaba, rápidamente lo indispuso.

—Me recuerdas a tu madre: nunca entiendes. ¡No sabes lo mal que me sienta!

De ahí en adelante, se negó a escuchar. Categórico, sacudió la mano cortándome el habla.

—Vete, no quiero oír nada de lo que vienes a decirme...

—Es que mamá...

—No quiero oír...

Oí sus pasos subiendo la escalera de caracol. De repente, se detuvo. Su voz, deformada, me llegó:

—Es extraño. ¡Por aquí ya no se oyen tiros!

—Papá, la guerra ha terminado.

—¿Tú crees?

Ya avanzaba yo por el camino de regreso, cuando su voz se cernió sobre mí. Hablaba desde la ventana de la torre.

—¿Te acuerdas del sendero por detrás de nuestra casa? Pues no lo olvides: si el mundo se acaba de repente, tienes que tomar ese camino.

La explicación de Temporina

Unos saben y no creen.
Ésos nunca llegan a ver.
Otros no saben y creen.
Ésos no ven más que un ciego.

REFRÁN DE TIZANGARA

El italiano se había reclinado como una manecilla. Parecía que le había gustado el relato de mis infancias. Cuando terminé, se quedó en silencio. Permaneció así durante un tiempo, sumido en aquella pausa. Sólo después dijo:

—Esta historia suya... ¿Todo eso es verdadero?

—¿Cómo verdadero?

—Disculpe que le pregunte. Pero me quedé escuchando, me he perdido. ¿Qué hora es?

Era hora de regresar a la pensión. Soplaban un viento punzante. El mismo recepcionista estaba en el umbral de la puerta barriando unas placas de plástico. Algunas de las letras del anuncio habían caído con la ventolera. Se leía ahora: «Martillo Jo».

El italiano, cansado, no se sintió dormir. Esa noche lo ocupó un extraño sueño: la anciana del corredor entraba en la habitación, se desnudaba revelando las carnes más apetitosas que jamás viera. En el sueño, el italiano hizo el amor con ella. Massimo Risi había experimentado tan placenteras caricias. Rodó y volvió a rodar en las sábanas, entre altos gemidos, frotándose en la almohada. Para ser una pesadilla, se lo estaba pasando muy bien.

Despertó sudado y sucio, con el pecho aún jadeante. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que alguien había hurgado en sus ropas. Alguien había estado en la habitación. Se levantó y vio el cubo con agua. Suspiró, aliviado. Había sido, sin duda, el chico de la pensión. Massimo se lavó con ayuda de un vaso. Se afeitó con el resto del agua del baño. Se quedó mirando el cubo como si se diese cuenta, por primera vez, de cuánto puede valer un poco de agua. Después salió de la habitación y se fue deslizándose por el corredor cuando un brazo lo detuvo. Era la anciana Temporina. El italiano se quedó helado. Dengosa, la vieja dio unos pasos alrededor del extranjero. Después se apoyó, entre requiebros, en la puerta de la habitación. Sonrió extrañamente señalándose la barriga:

—Estoy embarazada de ti...

Risi preguntó, con la voz estrangulada:

—¿Qué?

—Anoche me dejaste embarazada.

El hombre se quedó con la boca abierta. La anciana sonrió, pasó un dedo por los labios del extranjero y, volviendo a entrar en la habitación, cerró la puerta detrás de sí. Risi desanduvo por el corredor antes de regresar a sus aposentos. Se sentó en el borde de la cama y, de nuevo, le llegaron recuerdos del sueño. En el suelo, sin embargo, ¡un pareo! ¿Cómo había ido a parar allí? Un toque en la puerta lo hizo precipitarse sobre la sospechosa tela. Escondió el pareo bajo la cama. Era el hospedero quien entró, ceremonioso. Después de sucesivos «me permite», fue al grano:

—Señor Massimo, lo he oído todo.

—¿Todo qué?

—Lo que pasó en el corredor.

Mi corazón se estremeció. Si se difundiese que el italiano estaba liado con Temporina, el asunto levantaría ampollas entre los tizangarenses. No parecía que el recepcionista estuviese interesado en estos rumores. Por ello insistía hablando con Massimo Risi:

—Tenga cuidado, querido amigo. Esa mujer está embrujada. ¿Quién le dice que no acabará usted estallando como los otros?

—Pero yo no he hecho nada.

—¡Si ella declara que usted la ha dejado embarazada! Salvo que sea la segunda Virgen María...

—Le juro que no he tocado a esa mujer —murmuró el italiano.

—Ahora esa mujer querrá acompañarlo a su tierra. Ella y el hijo mulato de ustedes dos.

Se advirtió algún desprecio en el modo como dijo «mulato». El padre Muhando ya había hablado contra ese prejuicio. El pensamiento del sacerdote iba derecho al asunto: ¿no somos todos nosotros mulatos? Pero el pueblo, en Tizangara, no quería reconocerse amulatado. Porque se nos había legado el ser negro —tener aquella raza — como nuestra única y última riqueza. Y algunos entre nosotros fabricaban su identidad en ese ilusorio espejo.

Massimo parecía ausente. ¿Anticipaba en su cabeza el desfile de aquellos imprevistos en su vida?

—¡No lo puedo entender!

—Es difícil, sí, señor. Incluso porque esa mujer no existe.

—¿No existe?

—No existe de la manera que usted piensa.

—¿Cómo?

Yo ya estaba escuchando la conversación en el corredor. Decidí entrar. El recepcionista suspiró aliviado y dijo, señalándome:

—Que él se lo explique. Y siga mi consejo: lo mejor es agarrar ese bastón y golpearla con él. Sí, sólo así saldrá de sus sueños.

Y el hospedero ya se retiraba cuando advirtió algo en el suelo. Se agachó a ver qué era y su voz se aflautó:

—¡Usted la ha matado!

El italiano se irguió, afligido. ¿Otra muerte? Y el recepcionista, llevándose las manos a la cara, gritaba mirando al suelo:

—¡Hortensia!

El italiano oía campanas y no sabía dónde. ¿Hortensia? ¿Qué pasaba ahora? Me

miró pidiendo auxilio y yo me acerqué al hospedero para exigirle explicaciones. El hombre señalaba en el suelo una rezadora muerta. También a mí me dio un escalofrío. De repente, aquel cadáver era algo más que el cadáver de un insecto. El recepcionista proseguía, quejumbroso:

—Ella andaba siempre por ahí, por las habitaciones.

Más pesaroso no se podía estar. El italiano, cuando entendió, trató de despedir de allí al recepcionista. No había asomo de paciencia en sus reservas. Y con el bastón sacó de la habitación al bichejo, barriéndolo como si de una simple basura se tratase.

—¡Y ahora explíqueme! ¿Qué demonios ocurre?

Una rezadora no era un mero insecto. Era un antepasado que visitaba a los vivos. Le expliqué la creencia a Massimo: aquel bichejo andaba por allí en oficio de difunto. Matarlo podía ser un mal presagio. El italiano miró el bastón y lo apoyó en un rincón del cuarto. Se quedó absorto. No obstante, ni siquiera parecía pensar en este asunto. Su mirada denunciaba que no era una rezadora, sino una mujer la que rondaba su pensamiento.

Me senté en la mesa de noche y decidí desvelar el misterio de Temporina. No por mi cuenta. Esa tarde, sin decir nada, fui a llamar a la anciana mientras Massimo se desvestía en la cama. Estaba demasiado cansado como para examinar limpiezas, comprobar si había bichos en la colcha. Se abandonó. Sus sentidos se habrían exiliado si no hubiese sido por lo suave de la voz:

—No se asuste. Soy yo.

Era Temporina, su anciana vecina. Ella permaneció en la penumbra, apoyada en un rincón.

—Le he traído de beber.

Y le extendió un vaso. El italiano tomó la bebida, incorporándose a medias en la cama.

—¿Y qué es esto?

—No pregunte. Beba, sin miedo.

El se tomó la bebida de un trago. Temporina intentó impedir ese gesto, pero no lo consiguió. Quería que él echase unas gotas en el suelo, homenaje necesario a los difuntos. A Hortensia, en este caso. El italiano chascó la lengua con los dientes. La falsa anciana se acercó a la luz. Su cuerpo se iluminó mientras el italiano, discreto, confirmaba la belleza de aquella mujer. Sólo entonces dije:

—Temporina, explique quién es. Y usted, italiano, escuche bien.

Temporina se apoyó en la cómoda, miró mucho más allá de su mirada. Reinaba en su rostro una extraña sonrisa. Me parecía aquella felicidad que ya había visto yo en rostros añosos: el simple hecho de morir más tarde, después de terminado el tiempo. Y habló, con su voz de niña:

—Tengo dos edades. Pero soy joven. No tengo veinte años siquiera.

—*Madonna zíngara!* —suspiró Massimo, sacudiendo la cabeza.

—Tengo cara de vieja porque me impusieron castigo los espíritus.

—*Madonna zíngara!* —repetía el italiano.

—Me castigaron porque pasó el tiempo sin que ningún hombre disfrutase de mi carne.

Ayudé en la explicación. Yo conocía a Temporina, era sólo un poco mayor que yo. Era verdad: no había aceptado ningún novio siendo moza. Cuando quiso darse cuenta, se había pasado el plazo de su adolescencia. Más de lo permitido. Y así cayó sobre ella el castigo divino. En una sola noche su rostro se llenó de arrugas, se cumplió en ella todo el recorrer del tiempo. Sin embargo, en el cuerpo restante, guardaba su juventud.

—Venga conmigo. Quiero mostrarle una cosa.

Temporina atrajo al extranjero y lo fue empujando por el corredor hasta la recepción. Después se detuvo, cautelosa.

—Usted vaya delante. A mí nadie me puede ver saliendo por ahí. Si no, me echarán de la pensión.

El italiano miró hacia atrás y me exigió que lo acompañase. En el fondo, le tenía miedo a Temporina. Seco, me ordenó:

—Venga con nosotros.

Temporina nos condujo a través de una callejuela sombría. Yo sabía lo que encontraría. Conocía el camino, sabía el destino. Me quedé atrás para que el europeo pudiese descubrir por sí mismo lo que vendría después. íbamos a casa de doña Hortensia, tía de Temporina. Hortensia, la difunta, así se la conocía. Esa que, a los ojos del recepcionista, visitaba la pensión en forma de rezadora. Y que visitaría a los vivos bajo otras formas. Pues ella era la más fenecida de las criaturas de Tizangara. Hortensia era la última nieta de los fundadores de la aldea.

—¿Hacia dónde vamos? No quiero seguir. Me vuelvo a la pensión.

El italiano, de repente, había despertado a su realidad. Y se detuvo, en medio del camino. Temporina volvió atrás y le pidió:

—¡Venga! Vamos a casa de mi difunta tía.

Massimo se siguió negando. Quería regresar a la pensión, concentrarse en los asuntos que estaba investigando.

Ayudé a Temporina a convencer al extranjero. La casa de Hortensia era importante para la misión. Habían usado el gran caserón para alojar a los soldados de las Naciones Unidas. Lo decidió el administrador contra la voluntad de todos. La casa era un lugar de espíritus. No importaba lo que los soldados hiciesen. Importaba, sí, lo que el lugar haría a los visitantes no autorizados.

—Tal vez encuentre allí documentos, pruebas dejadas por los soldados.

Massimo, vacilante, aceptó. Llegamos y no entramos enseguida. Nos quedamos

sentados en la entrada. El extranjero, viéndome con los ojos cerrados, creyó que yo estaba rezando. Pero sólo estaba convocando los dulces recuerdos de la difunta. Y me dejaba ocupar por el tiempo.

En la entrada, Temporina gritó:

—¿Me permite, tía Hortensia?

Silencio. El italiano me agarró por el hombro: ¿Hortensia no había fallecido? ¿Se le pedía autorización a un muerto? Pedí que respetase el silencio. A una imperceptible señal, Temporina recibió respuesta de la antigua dueña. Podíamos entrar. De nuevo, el italiano se resistió. Le conté entonces quién había sido la antigua dueña.

Hortensia. No era en vano que tuviese nombre de flor. No porque fuese hermosa. Sin embargo, se quedaba en el balcón todo el día, fingiendo mirar el tiempo. No era en el tiempo donde fijaba la vista. Porque, a decir verdad, había ganado el acceso a otras visiones.

Tía Hortensia vivía con sus dos sobrinos. Temporina era la mayor. El otro, un muchacho de inepticia comprobada. El mozo era lento y lelo, con tanto atraso en la mente como en el gesto. Nunca una idea había visitado su cabeza y vivía tranquilo con la satisfacción de un santo después del pecado. El mozo no era persona ni individuo. Así, pues, no le pusieron nombre alguno. ¿Valía la pena desperdiciar un nombre humano en un ser cuyas facultades eran objeto de duda? Hortensia no hacía otra cosa que exponerse en el balcón. Allí se ponía en escena todo el día.

—Pero, tía, ¿por qué se queda tanto en el balcón, de la mañana a la noche?

—Sólo quiero ser contemplable.

Sería, pues, la vanidad la que la llamaba al balcón, vestida con las telas más hermosas y un pañuelo que le arreglaba el cabello. Tía Hortensia era soltera y no se le conocía amorío. Ningún hombre había cabeceado en su almohada. Nunca ningún hombre obtuvo visado de entrada en su corazón. Ella estaba en el balcón como el pueblo siempre la había conocido: con el alma intransitable, sin estacionamiento. Las íntimas riquezas de la solterona, ¿para quién quedarían? La aldea se interrogaba: aunque no tuviese experiencias, al menos que tuviese herencias.

—El día en que deje de ducharme.

Era el modo de nombrar el día de su muerte. Todo lo decía con ornato. Pues que ese día, decía Hortensia, cuando estuviese toda por debajo de los párpados, fuesen a quitarle posesiones y bienes, le vaciasen la casa como vacío sería su recuerdo. Su retirada del mundo de los vivos la fue ocupando en demasía. Con cualquier pretexto se despedía. Dilapidaba adioses. Entraba en el cuarto de baño, iba a la cocina: no se retiraba sin las debidas reverencias. Poniendo en escena lo definitivo.

Cuando, por fin, la enfermedad disputó su cuerpo, Hortensia llamó a sus dos sobrinos y comunicó a Temporina:

—No te dejo nada, sobrina. No vale la pena: esos bienes míos morirán de tristeza

sin mí. Nadie más será dueño de ellos —y volviéndose hacia el sobrino—: Llévate tú todo. Tú, sobrino, eres tan tonto que no te darás cuenta de que esos objetos, mis riquezas, se evaporarán, deshechos en polvo tan fino que no quedará rastro de ellos. ¿Entiendes, sobrino?

El mozo, cabizbruto, negó con la cabeza. Ella trocó la idea por palabras menudas. Como no había tenido quien la amase, había dejado que los objetos se enamorasen de ella. Esas pertenencias se suicidarían sin su compañía.

—Y ahora ya puedes retirarte, tú, sobrino mío sin seso.

Se quedaron solas las dos mujeres. La tía entonces le tomó las dos manos y le habló. Que se cuidase. Que se entregase, sin más dilación, a los brazos de un hombre. Si no, heredaría el destino de su pobre tía. O, peor aún, podría incluso abatirse sobre ella, tan guapa, la punición del envejecimiento.

—Ahora, hija mía, llévame al balcón.

Temporina la llevó a la intemperie de la noche. Se sentó en el viejo sillón y suspiró mirando la calle. Se veía escasa gente caminando hacia la iglesia.

—¿Quieres saber por qué me quedé siempre en el balcón?

—¿Por qué, tía Hortensia?

—Para ver si Dios me elegía y me llevaba. Nunca me llevó. Soy muy negra, debe de ser por eso por lo que, aun quedándome frente a la iglesia, nunca me eligió.

Hortensia se oscureció aquella noche. Murió aferrada a la mano de su sobrina. Dicen que fue esa contigüidad la que hizo pasar la maldición de la soledad de Hortensia a Temporina. Ése fue el motivo de que la moza se hubiese quedado soltera hasta el presente.

Reabrí los ojos. Todo aquel recuerdo me asaltaba, ahora, como si no hubiese pasado tiempo alguno. Allí estaba yo, pisando memorias, arriesgándome a despertar fantasmas. Pero mi misión era acompañar a Massimo Risi. Sólo eso me autorizaba a entrometerme en el lugar de tía Hortensia. Y algo había dicho yo que había animado al funcionario italiano a entrar conmigo.

El italiano comenzó enseguida a hurgar en las cosas. Quería encontrar algún vestigio de la presencia de los soldados. No había casi nada. Todo estaba ordenado como si Hortensia aún estuviese viviendo allí. El italiano, fuese por respeto o por recelo, sólo rozaba la superficie de las cosas.

—Ayúdeme —me pidió.

La tarde, sin embargo, ya declinaba, sólo quedaba la luz más rastrera. Avancé por un corredor y me di enseguida un susto de congelar el alma. Desde una habitación, como un fantasma, irrumpió un mozo delgado. Era el hermano lelo de Temporina. Ella se incorporó y arregló la camisa de su hermano. Así, en silencio, lo saludaba. El mozo hizo un gesto vago, una mano sobre la cabeza, la otra señalando al italiano.

—Él quería una gorra, de esas azulitas vuestras. Quería ser soldado, de los

vuestros...

El italiano sonrió sin decir palabra. Sombra, el joven volvió a internarse en la oscuridad. Nos quedamos callados, como si nos hubiesen comunicado una defunción. En la aldea, todos lo sabíamos, era Hortensia quien continuaba cuidando de su sobrino. Todas las mañanas sobre la mesa reaparecía el plato, con la comida a él destinada. El mozo se sentaba, solitario y mudo. Comía lento, con los ojos fijos en cualquier rincón. Después de comer, pronunciaba las mismas palabras: «Gracias, tía».

Hablamos al extranjero sobre esa labor. El sonrió, extrañamente. Temporina deshizo el silencio y pidió al italiano:

—Siéntese allí, en ese sillón. Mañana seguirá buscando.

Massimo obedeció. Desde aquel lugar, podía oír los lentos ruidos de la aldea. En ciertos rincones, las hogueras tremolaban luces sobre las casas. Más allá, el generador iluminaba la administración y la residencia de Esteban Jonás.

—A esta aldea se la ha tragado el monte.

Miré alrededor y estuve de acuerdo con la moza. La ciudad se fue abandonando tanto que hasta las cosas comenzaron a perder sus nombres. Allí, por ejemplo: aquello se llamaba casa. Ahora, con raíces que llenaban las paredes en ruinas, le venía mejor el nombre de árbol.

—¿Entiende ahora por qué hemos venido aquí? Para que vea que en Tizangara no hay dos mundos.

Que viese, por sí mismo, a los vivos y a los muertos compartiendo la misma casa. Como Hortensia y su sobrino. Y que pensase en ello cuando buscase a sus muertos.

—Por eso le pregunto, Massimo: ¿qué aldea está visitando?

—¿Cómo qué aldea?

—Porque aquí tenemos tres aldeas con sus respectivos nombres: Tizangara-tierra, Tizangara-cielo, Tizangara-agua. Conozco las tres. Y sólo yo las quiero a todas.

Sonreí. Ahora quien necesitaba traducción era yo. Nunca había escuchado a Temporina tan henchida de belleza. ¿O ella se adornaba, especial, para el visitante? Desconfiado, me retiré, de puntillas, por las escaleras. Dejé a los dos en el balcón y me quedé en el patio, a una respetuosa distancia. Desde lejos, aún vi cómo Temporina se sentaba en el regazo del italiano y cómo sus cuerpos se entrelazaban. De súbito, el rostro de ella se puso a la luz y me quedé estupefacto: en acto de amor Temporina rejuvenecía. Toda ella era sin arrugas, sin cicatriz del tiempo. Y aparté mis ojos, recogí mi asombro. El italiano había de bajar y yo retomaría mis tareas. Ahora, por cierto, él no necesitaba traductor.

En la espera, me dormí. Al día siguiente, cuando desperté, ya el italiano se paseaba por el patio. Temporina le decía:

—Te he estado mirando. Disculpa, Massimo, pero tú no sabes andar.

—¿Cómo que no sé andar?

—No sabes pisar. No sabes andar en este suelo. Ven aquí: voy a enseñarte a caminar.

El rió, creyendo que era una broma. Pero ella, grave, le advirtió:

—Hablo en serio: saber pisar en este suelo es cuestión de vida o muerte. Ven, que yo te enseño.

El italiano cedió. Se aproximaron y juntaron sus manos. Parecía que bailaban, el italiano aliviando su peso a medida que su pie se aficionaba al suelo. Temporina lo iba estimulando: pisa como quien ama, pisa como si lo hicieses sobre un pecho de mujer. Y lo guiaba, en apoyo y gesto. Más lejos, el hermano necio escondía la risa, nervioso. Saltaba, hacía cabriolas. Nunca había visto a su hermana con afares de mujer. Más tarde, supo que eran otros los motivos de su nerviosismo.

Por fin, Temporina se retiró y el italiano se dejó caer a la sombra. Conozco a los blancos: la mirada de Risi revelaba el hechizo de la pasión. El encantamiento ya había entrado en el extranjero. El pobre desconocía todo cuanto le esperaba. Así, con ingenua sonrisa, se me acercó. Dije una gracia:

—¿Se ha desmelenado bien con Temporina?

El extranjero no entendió. Me pidió explicaciones. Yo sólo me reí.

—¿Se imagina que yo he tocado a esa mujer?

—No lo imagino: ¡lo he visto!

—Pues le juro que no le he tocado ni un dedo.

El italiano insistió con vehemencia. Parecía tener necesidad de desvanecer cualquier duda que quedase en mí. Explicó que, después de retirarme yo, ellos habían conversado. Sólo eso, habían conversado. Y que él se durmió. Sí, admitía haber soñado con la anciana moza. Pero nada había ocurrido.

La llamada, desde el portón, nos interrumpió. Era un enviado de la administración. Me entregó un sobre.

—Es una carta de Su Excelencia —después se acercó más para susurrarme—: Ha dicho que usted lea primero. Sólo debe traducirle al extranjero un resumen de la carta.

No actué siguiendo esas instrucciones. Esperé que el mensajero se alejase y me senté a la sombra. Leí en voz alta a Massimo Risi todo el contenido de la carta.

Primer escrito del administrador

No tengo mala memoria.
Mi única dificultad
es tener que escribir por escrito..

CONFESIÓN DEL ADMINISTRADOR

Su Excelencia
El Jefe Provincial

Escribo, Excelencia, casi por vía oral. Las cosas que voy a contar, ocurridas aquí en la localidad, son tan admirables que no caben en un informe. Haga cuenta de que este informe es una carta muy familiar. Disculpe el abuso de confianza.

Todo comenzó la madrugada antepasada. Mi esposa, doña Ermelinda, fue hacia la ventana y preguntó qué ruido era ése. Abrí costosamente los ojos y vi cómo sus hombros tiritaban. Ella se envolvió en el pareo, parecía hacer un frío invisible. Casi ronqué, que aquello ni siquiera era ruido. Como de costumbre, Ermelinda me impacienta: es que mi esposa, Excelencia, duerme con los oídos fuera, olfateando como una hiena, siempre al acecho. Sufre de miedos, dentro y fuera del sueño. Aquella vez, ella insistía, obcecada:

—¿No lo oyes, Jonás? Parece un barco pitando...

Me desembaracé de las sábanas y maldije mi vida. Me parecía haber oído truenos celestes. Ermelinda descorrió las pesadas cortinas, herencia de la colonia. Acechamos los dos. Fuera, el día era aún matinal, de un gris perezoso.

Disculpe, la franqueza no es flaqueza: el marxismo sea loado, pero hay muchas cosas escondidas en estos silencios africanos. Por debajo de la base material del mundo deben de existir fuerzas artesanales que no están al alcance del pensamiento. Pido disculpas si estoy equivocado, haré una autocrítica.

Vuelvo a los acontecimientos. Mirando por la ventana noté, entonces, lo más extraño: no había viento ni nubes. La tierra estaba en calma, en su orden manso. Más lejos, no obstante, el río se revolvía, semejante a los infiernos. ¿Cómo podía ser: calmoso aquí, agitado allá? ¿Qué fuerzas indisponían al mundo en un solo lado? ¿De dónde provenían aquellos truenos? Ermelinda, inquieta, me preguntaba:

—¿Y los tamboreos?

—¿Qué tamboreos, camarada esposa?

Fíjese, Excelencia, en el debido respeto con el que hablo a la mujer mozambiqueña. Nosotros, los dirigentes, tenemos que dar el ejemplo y comenzar en la célula familiar. Ermelinda estaba acelerada por los nervios y seguía interrogándome:

—¿No has oído al pueblo tamboreando? ¿Qué ceremonia será ésa?

En la realidad de los hechos, los *ngomas*[←] habían redoblado toda la noche, en un pandemónium.

—¿Por qué has dejado que esa gente venga hasta aquí, tan cerca?

Yo, Esteban Jonás, eché pestes: que no se metiese. Aquella gente, ella bien lo sabía, eran antiguos evacuados de la guerra. El conflicto terminó, pero no regresaron al campo. Ermelinda conoce las ordenanzas actuales y pasadas. Si fuese como antes, los habría mandado más lejos. Era lo que ocurría si había visitas de categoría,

estructuras y extranjeros. Teníamos ordenanzas superiores: no podíamos mostrar a la Nación mendigando, el País con todas las costillas fuera. En la víspera de cada visita, todos nosotros, administradores, recibíamos la consigna de urgencia: era necesario esconder a los habitantes, barrer toda aquella pobreza.

Sin embargo, con los donativos de la comunidad internacional, las cosas habían cambiado. Ahora, la situación era muy diferente. Era necesario mostrar a la población con su hambre, con sus enfermedades contagiosas. Me acuerdo bien de sus palabras, Excelencia: nuestra miseria está dando frutos. Para vivir en un país de pordioseros, es necesario abrir bien las heridas, poner a la vista los huesos salientes de los niños. Fueron ésas las palabras de su discurso, incluso las apunté en mi libreta de notas. Ese es el actual santo y seña: juntar los destrozos, facilitar la visión del desastre. El extranjero de fuera o de la capital debe poder apreciar toda aquella pesadumbre sin gastar grandes sudores. Por eso los refugiados viven hace meses acampados en los alrededores de la administración, haciendo ostentación de su desgracia.

—¿No lo oyes ahora? Allá, es un barco llorando...

¡Mi mujer, Excelencia, es muy obstinada! Hace ya más de un siglo que los barcos no suben a Tizangara. A este río ya no lo visita nadie. ¿Cómo podía ser que oyese un barco? Por ello, decidí tomar el control de la situación. Llamé al miliciano. Este se presentó, cuadrándose. Estaba tan soñoliento que, al principio, habló en *chimuanzí*, la lengua de la aldea. Es verdad que yo había recibido la recomendación de Su Excelencia: aprender la lengua local facilita el entendimiento con las poblaciones. Pero no lo consigo, apenas me queda tiempo para las prioridades. El miliciano estaba allí, igual a una estatua, con las manos pegadas al cuerpo. Dicté sentencia: que acabasen los ruidos de inmediato.

—Pero ¿qué ruidos, Excelencia?

—Esos de los tambores, ¿no los oyes?

—Pero, señor Ministrador, ¿no conoce las ceremonias? Son nuestras misas, aquí en el norte.

—No quiero saberlo —respondí.

Yo era la autoridad, no podía quedarme allí devanando palabras. No valía la pena proseguir el diálogo: él era un nativo, igual a los otros, zarrapastroso. Por eso aquel ruido era música para él.

El miliciano salió, con los pies en polvorosa. Ermelinda suspiró hondo. Desde hace un tiempo, ella se queja de mí. Dice que últimamente ando rezongón, como si cargase la tapa de mi propio ataúd. Es que yo, según sus palabras, me hago mayor que mi tamaño. De acuerdo con sus quejas, me ve como un buey que mira a un sapo hinchado: por más cosas que lleve encima, se le notan las costillas. A lo que respondo: tú no sabes, mujer, tú no sabes nada. Ermelinda no me escucha, sigue insistiendo:

—Deberías ser como esos pajarillos que viven en el lomo del hipopótamo: que los grandes te necesiten pero que nadie te vea.

Me irrito con sus arrogancias. Si es tan lista ¿por qué razón no es ella la administradora? ¿O administratriz? Siempre le hago recordar mi heroísmo en la lucha armada. En pleno monte, sin nada para comer, todo un sacrificio por la liberación del pueblo. En alguna ocasión llegué a comer Colgate.

—Pues deberías haber comido más crema dental. Aún tienes muy mal aliento.

Vea qué manera de responder, golpe a golpe. Aquella vez, sin embargo, mi esposa no me contradijo. Su voz incluso ganó un dulce matiz:

—Marido mío, fíjate en tu corazón.

—¿Y qué tiene?

—Está creciendo más que el pecho, Jonás.

Avanzando con la mano ahuecada, ella me tocó. ¿Y sabe dónde me tocó, Excelencia? En el pecho, me acarició un pecho. Y me preguntó:

—¿No lo ves, marido mío? Mira cómo palpitas, eso aún te hace daño. Cuando hierve la sangre, Jonás, ha de ser por otros motivos. ¿O no, marido mío?

Yo me amansé, lleno de respiración. Mi pecho, Excelencia, es el punto por donde se me desata el ardor, como ese botoncito que enciende la voz de la radio. Sonreí. Debería darle la posibilidad al cuerpo, llenarme en la hondura de ella. No obstante, me quedé pensativo, hueco, distante. Ermelinda se quedó esperando un poco. Pero después se enfureció, desatada.

—¡Estás pensando en la otra!

—Te juro que no —respondí rotundo.

Me acerqué a ella para deshacer aquella desconfianza. Primero, Ermelinda se resistió. Después se ablandó, dándome la paga de un beso. Y su mano me acarició pecho abajo, reímos ambos y caímos en la cama. Disculpe, Excelencia, me estoy alejando de la política, que es el asunto que en gran medida nos ha vinculado. Voy a interrumpir este informe, por cuya causa me está subiendo la temperatura de la sangre. Sólo de recordarlo me hierven los líquidos. Aún no lo he confesado, seguramente usted no me tomará en serio. Sin embargo, sufro de una extrañeza. Es que cuando toco a una mujer mis manos se calientan hasta parecer brasas encendidas. Hubo ocasiones en las que incluso se prendieron fuego y me vi obligado a detener el acto. ¿Ha visto algo así alguna vez? Debe de ser un hechizo que Ermelinda encargó para mí. ¿Y si un día, de tan caliente, yo también estallo en medio de la noche?

Unos polvos en la bebida (discurso de Diosquiera)

- Echo de menos mi casa, allá en Italia.
—A mí también me gustaría tener un lugar propio,
adonde pudiese ir y alojarme.
—¿No lo tienes, Ana?
—¿Si no lo tengo? No lo tenemos,
todas nosotras, las mujeres.
—¿Cómo no?
—Vosotros, los hombres, venís a casa.
Nosotras somos la casa.

FRAGMENTO DE UN DIÁLOGO ENTRE

Massimo Risi llegó a la sede de la administración transpirando. Antes de entrar se olió y frunció el ceño: guardaba el perfume de ella, de Temporina. Me preguntó si se notaba mucho y yo lo tranquilicé, dándole prisa para que entrase en el despacho. Sentía el mal gusto de la bebida que Temporina le había ofrecido. Tragó en seco varias veces. Llegaba con retraso, pero el ministro no aludió al respeto del tiempo. Señaló la grabadora, satisfecho:

—Ya he hablado con Ana Diosquiera. Lo he grabado todo, tal como se acordó.

Miré en torno y me admiré: el ministro estaba solo. Ni el administrador ni Chupanga figuraban en la sala. Nos sentamos mientras el gobernante pulsó el botón de la grabadora y la voz de la prostituta se expandió por la habitación. El italiano no ocultó un escalofrío. La voz de Diosquiera era carnal, inflamadora como bebida que ahuyenta la razón. Los dos hombres fijaban la vista perdida en la pared, la mirada atolondrada. Se quedaron así, embobados, largos minutos. Massimo hundió la cabeza entre las manos y pidió que el ministro repitiese la grabación desde el principio. De nuevo, las palabras de Diosquiera llenaron el lugar:

Comienzo así, explicando mis tareas. Diciendo una cosa, lo siguiente: usted, próximamente, dejará de ser ministro. Transitará hacia ex ministro. Pero yo no transitaré nunca. Una puta nunca es ex. Hay ex enfermera, hay ex ministro... Sólo no existe ex prostituta. La putería es condenación eterna, una mancha que no se lava nunca más.

Déjeme que le explique, no me interrumpa. Usted es ministro, yo soy una simple mujer que revuelve sábanas. Usted ha de oír por ahí más cotilleos que crujido de hoja pisada. Hace tiempo que tengo mala fama. Comentan que hago donativos de cuerpo, que lo hago gratis con los que no pueden pagar. Dicen que doy piruetas por encargo, sólo así, por el alma de los difuntos. ¿Vale la pena responder a esas mentiras? Es tan inútil como quitarle el óxido a un clavo. Sólo yo sé cuál es mi vida. Quien conoce la suciedad del muro es el caracol que trepa por la pared. Nadie más.

¿Sabe lo que pienso ahora? Que me estoy desgastando los muslos con ingratos, como quien rasca la piedra con las uñas. Este mundo tiene más dientes que bocas. Es más fácil morder que besar, créame, señor. Aprovecho para decirlo ahora, yo que nunca he hablado con un ministro central, ¿me entiende?

El ministro apagó el aparato. Miró al italiano, que parecía ausente. El extranjero sólo rompió su inmovilidad para olerse a sí mismo.

—¿Quiere que lo ponga un poco más adelante?

—No, deje que siga —respondió Massimo.

—Es que hay aquí unos pasajes...

—Deje que la cásete avance.

—No creo que sirva para algo.

—¿Usted sabe lo que está en cuestión en este asunto?

—Pero esto nunca se aclarará, ustedes no entienden...

—Usted, señor ministro, sabe bien que esto tiene que aclararse.

El ministro parecía resignarse, cuando golpearon la puerta. Era el adjunto, Chupanga. El ministro no le dio permiso para entrar. No quería que nadie más compartiese esas confesiones. De nuevo conectó el aparato. La voz de AnaDiosquiera volvió a gobernar la amplia sala.

Siéntese aquí, Excelencia. Siéntese, que el colchón está limpio, las sábanas lavadas. Eso, eso es. Donde estaba no lo veía bien. Usted tiene ojos de ayuno. Discúlpeme, por donde más veo es por los ojos. Vida menuda, grandezas e infinitos: todo está escrito en la mirada. ¿Quiere apoyarse en este cojín? ¿No? Vale, acomódese según su deseo.

Listo. Ahora voy al grano. ¿Quiere saber toda la verdad de lo ocurrido? Los soldados extranjeros estallan, sí, señor. No es que pisen una mina, no. Somos nosotras, las mujeres, los ingenios explosivos. No ponga esa cara. No tenemos poderes, usted lo sabe. ¿O ya ha olvidado las fuerzas de la tierra? Pregunte por ahí, todos lo saben. El pueblo no habla, pero están siempre haciendo decires. La hierba, aunque no lo parezca, da flor. Únicamente no lo ve quien está lejos. Sólo fingimos quedarnos callados. Lo sabe, ¿no? Puede poner el brazo aquí, en mi pierna superior, no hay problema. Vamos, no se quede ahí, cohibido, avergonzado, parece el *halakavuma*.⁴

Yo le voy a decir lo que ocurre, ahora le cuento lo sucedido esa noche. Pero déjeme que le desabroche algunos botones, fíjese en cómo está transpirando...

El dedo celoso del ministro volvió a desconectar el aparato. Respiró hondo antes de beber de un trago un vaso de agua.

—Beba, está hervida.

El italiano se sirvió dos veces. Parecía confiar en aquella agua, con etiqueta en la botella, pruebas y garantías. Necesitaba lavarse por dentro. Y ya le nacían sospechas sobre la bebida que Temporina le había hecho beber en la víspera.

—¿Ve cómo son las personas de aquí? Hablan mucho para decir poco. Esa muchacha aún no ha dicho nada.

—Pero a mí me hace falta información concreta. Las personas no desaparecen.

—Han estallado. Aunque no lo crea, ha sido así —insistió el ministro, intentando abrir una ventana combada.

—Pero así ¿cómo? ¿Estallado sin explosivo?

—Fue lo que la prostituta me contó.

—Conecte el grabador. Quiero escuchar hasta el final.

—No. Es mejor que yo resuma. Es que ya estamos gastando muchas pilas.

—Mandaré que traigan más pilas.

Incapaz de reaccionar, el ministro volvió a poner la declaración de Ana Diosquiera. Y, de nuevo, se difundió la voz cálida, como lluvia que cayera en nuestra alma.

El soldado zambiano llegó, haciendo alarde de su uniforme. Entró en el bar, imponiendo su presencia. Golpeaba los talones y ordenaba que sirviesen la bebida. No nos gustaron, ¿sabe?, esos aires de gran señor. Sólo simulamos simpatía, nada más. En esa bebida, lo vi, alguien añadió unos polvos preparados, hechizos de éstos, de los nuestros. No sé quién ni sé qué. Obra de los hombres, celos de ellos que no quieren que se toque a las mujeres de la tierra. Y yo, Excelencia, yo incluso me siento orgullosa de esos celos de ellos. Es que nunca he sido de nadie. Nunca. Que haya hombres que disputan por mí me hace sentir perteneciente, como si fuese mujer de uno solo, exclusivo. Pero fue así. Esto que le cuento no tiene oídos ni boca. Yo vi los polvos, cayendo como arena en la cerveza del infeliz. Lo vi absolutamente todo. Cuando el soldado de Zambia me tomó de la mano yo ya sabía su destino. Lo acompañé sin pena...

La grabación se interrumpió de nuevo. El italiano, hastiado, preguntó:

—¿Termina así? Da la impresión de que alguien la ha cortado.

—¿Cortado? ¿Quién?

—Sí, parece que la mujer aún estaba hablando.

—Ah, pero ahí ella estaba hablando..., estaba hablando en la lengua de aquí.

—¿Y qué decía?

—Es que no entiendo muy bien el dialecto de esta gente.

Ordenó unos papeles en su maletín y se justificó: tenía serias obligaciones en la capital. No podía prolongar su estancia en un lugar tan desvalido. Esa misma tarde regresaría. Había dejado instrucciones claras a la administración local.

—Usted quédese y hable tranquilo con quien desee. Ya he dado órdenes para que tenga libre acceso a todas partes.

El ministro me pidió, entonces, que fuese a la secretaría y llamase al adjunto Chupanga. Me interné en los corredores entendiendo que alejarme había sido un recurso porque convenía que hablasen Risi y el gobernante a solas. La tarde ya era tardía, los empleados ya se habían marchado. Sólo quedaba el fiel Chupanga. Cuando lo llamé se sorprendió sobremanera. ¿Le corroía la envidia por haber sido yo aceptado en la intimidad del diálogo de los jefes? Por primera vez, ante mí apareció

un hombre sumiso, desmadejado. Y luego, predispuesto:

—Ya lo sé, debe de ser por causa de la fotografía de Su Excelencia.

Y se encaminó hacia el despacho adonde lo llamaban, con un enorme marco en la mano. En la misma entrada, el ministro preguntó:

—¿Aún no has colgado el cuadro?

Chupanga presentó prontas disculpas. Aquél era un retrato presidencial, había que limpiar bien las paredes antes de clavar el cuadro oficial.

—Saluda al señor Risi, él va a trabajar contigo en este asunto.

El adjunto Chupanga se atolondró en el gesto de elegir la mano que apretaría. En ese intermedio, el retrato se le escapó y el vidrio quedó hecho añicos. El hombre se estremeció, aterrorizado ante la mirada grave del ministro:

—¡Dios mío!

Y retrocedió como si temiese que los cristales le cayesen encima. ¿Y ahora? Y ahora, le preguntaba el ministro. Cristales allí, en el pueblo, no habría. ¿Cómo cubrir la fotografía, proteger a Su Excelencia de los rayos solares y no solares? Chupanga no articulaba palabra. De repente, salió corriendo y volvió enseguida con un cristal en la mano.

—Mire, Excelencia, he conseguido otro cristal, se lo he quitado al otro retrato, al anterior...

No terminó la frase. Estalló una tremenda explosión: el mundo parecía descoyuntarse. Se desprendieron ventanas enteras y el italiano fue proyectado contra la pared. También yo fui arrojado al suelo. Pasado el susto, vi a Chupanga, compungido, con un trozo de cristal en la mano mientras el administrador salía, despavorido, por la puerta. Corrimos tras él. Allí fuera, la gente parecía haber discordado con la orden. Se extendía una completa confusión. El ministro ordenó que volviésemos a entrar. No merecía la pena correr riesgos. Mandaría a unos informadores a enterarse de lo que había pasado. Mientras tanto, deberíamos regresar a la pensión donde esperaríamos nuevas instrucciones.

En la pensión nos informaron: no lejos de allí, se había producido una más de esas extrañas voladuras. A escasa distancia, otro soldado de las Naciones Unidas había desaparecido, deshecho en el misterio.

—Esta vez, dicen, ha sido un paquistaní.

Sólo más tarde sabríamos lo que había pasado, a través de un informe del administrador local. El ministro le había exigido su inmediata redacción. A la mañana siguiente, me convocaron y me entregaron el sobre. Para que se lo hiciese llegar al italiano por vías informales. Porque los papeles no tenían sello oficial. Constituían una carta, de letra y corazón abiertos. Y enseguida se desvelaba la voladura: la nueva víctima era un paquistaní, responsable de la custodia de la residencia oficial del administrador Esteban Jonás. Esta vez, la explosión se había producido en plenas

entrañas del Poder.

Llegado a la habitación, en la soledad de todo, comencé a leer las páginas mecanografiadas de Esteban Jonás. Lo que me pareció extraño fue el tono de la carta, de rasgo humano. Leí entonces en las extralíneas.

El ventilador fálico

El mono se volvió loco
de tanto mirar por detrás del espejo.

REFRÁN

Su Excelencia
El Ministro Responsable

Escribo guiado por la furia: lo que vi me cegó; lo que no vi me iluminó. Cuando oí aquella fulguración, agujereando el poniente, entonces desconfié: ¿sería aquello un reclamo? ¿Sólo para que yo pusiese los pies en el camino del peligro? El enemigo está en todas partes, incluso en nuestra plena ropa interior. He aquí el ámbito de mi informe sobre el más reciente sucedido. Que fue un verdadero contratiempo.

¿Se acuerda, Excelencia, de que le pedí permiso ayer por la tarde? Yo estaba ordenando unos papeles en mi casa, unos documentos para que Su Excelencia los llevase consigo a la capital. Casualmente, a esa misma hora cierta señora —que no puedo mencionar— me preparaba un whisky de etiqueta negra. Es que yo, Excelencia, no me proveo de cualquier mujer, ni de cualquier bebida. Soy un hombre culto, tengo trato íntimo con el whisky donde se tercie.

Pues yo, Excelencia, ya estaba comenzando las intimidades con la tal anónima. No entro en detalles, pero le confío este pavor que me produce el que mis manos se enciendan. Sucede con lirmelinda: en cuanto la acaricio mis dedos se ponen calientes. Con esta otra, sin embargo, con la tal innominada mujer, ese mal de ojo parece no tener cabida. Entonces yo, aquel atardecer, yo magreaba con ella sin abandonar el miedo a los ardores. Por cautela, enfriaba los dedos en el hielo del whisky. Estaba yo casi echado sobre ella, cuando la fulguración tronó, era como si el cosmos se rasgase en dos. Con el susto me palpé, de inmediato, para comprobar si era cierta mi aflicción: ¿había estallado yo? Y miré a los cielos, implorando la clemencia de los dueños de la vida.

Fue cuando vi volar en mi dirección un órgano de macho, más veloz que fulminación de relámpago. Se me hicieron canicas los ojos. Aún hoy tartamudeo: me queda la lengua en busca de la garganta cuando intento describir lo sucedido. La señora, felizmente, se marchó. Incluso pensé que se había disuelto en el ámbito de la explosión. Pero no, por la rendija de la ventana pude verla corriendo por las calles.

Usted puede acusarme. Tengo espaldas anchas como la tortuga. Pero todo sucedió tal como se lo cuento. Pues el tal sexo volador, después de pasar rasando mi persona, acabó clavado en una de las aspas del ventilador. Y se quedó girando en el techo, como equilibrista en las alturas del circo.

Decidí aumentar la velocidad en la rotación del ventilador. Pudiese ser que la cosa se despegase, con debilidad centrífuga. Moví el botón al máximo. Como si nada: el colgajo no se despegaba, suspendido en la ilusión de estar vivo. ¿Se estaba haciendo pasar por lombriz?

Le explico el ámbito del sucedido: yo había mandado preparar unos cuantos cabritos para que Su Excelencia se los llevase a la capital. Parece que ahora ya no dejan embarcar cabritos en los aviones. Sin embargo, para los dirigentes siempre se

hace una excepción, ¿no es verdad? La vida no es sólo sacrificios. Pues aquella tarde había unos cuantos ayudantes que estaban matando otros tantos cabritos, en el patio de la parte trasera. Cuando se produjo el estallido, aquello fue un a ver dónde te metes. En medio de tamaña confusión, los cabritos iban dando saltos por la carretera, las personas se desbandaban por todos lados. Después de un rato, esa misma gente se amontonó junto al gallinero. Encima de las tablas estaban las botas del desdichado. Y ninguna otra señal: ni sangre, ni visceras, ni olor siquiera. La pregunta andaba en el aire sin llegar a ser proferida: y el chirimbolo del paquistaní, ¿adonde habría ido a parar?

Cuando llegó mi esposa tuve que mentir. No podía revelar con quién estaba a esa altura del acontecimiento. Me hacían sospechoso, sin embargo, los vasos de whisky. Doña Ermelinda, mi esposa, fue de inmediato al grano:

—Aquí hay dos vasos.

—Sí, estaba bebiendo con el mayor Ahmed.

—¿Quién es Ahmed?

—Era. Era ese que salió volando. Jefe de seguridad.

—¿Y ese jefe de seguridad, ese mayor, usaba pintalabios?

Tragué un yo qué sé. ¿Quién conoce las costumbres de esos asiáticos? ¿No hay por ahí algunos que usan falda? Vaya uno a saber lo que usan por debajo de la ropa. Y señalé al techo. Era mejor que ella viese el órgano del militar para desvanecer sospechas. Sólo después me sentí cortado como para confesar que el instrumento de macho estaba clavado, digamos que cabeza abajo, en el techo de mi casa. Engañaba a Ermelinda. Pero, los otros, ¿qué pensarían? ¿Que yo estaba implicado en las tristemente célebres voladuras? O, peor aún, ¿que andaba por ahí revoleándome con hombres, para más inri morenos?

Ermelinda, primero, parecía confusa. Después insistió en la duda, tamborileando los dedos alrededor de las marcas del mal afamado vaso.

—Conque el mayor, ¿eh?

—¿Qué quieres, esposa mía? Son cuestiones culturales.

—¿Y tomar por culo es también una cuestión cultural?

No podía admitir ese lenguaje. Pero en el momento incluso ganaba alguna ventaja en aquella confusión. Fue cuando entraron los otros cascos azules, junto con nuestros militares. Movieron y removieron todo: ¿qué buscaban? Exactamente, el apéndice del paquistaní. Mi esposa, con risa sardónica, exclamó:

—Ah, ¿es eso lo que buscan? Pues pregúntenle al administrador.

Yo señalé al techo, ya con las piernas flojas. Fue entonces cuando un mareo me obnubiló y me desvanecí en medio del suelo. Me alzaron, sin conciencia ni consistencia. Me quedé un rato desmayado. Cuando desperté me palpé, de la cabeza a los pies. Quería asegurarme de que estaba entero e intacto. Después sonreí, aliviado:

una vez más llegaba a creerme en el reino de los estallados, el alma descarnada, el cuerpo hecho polvo.

Y desde el mismo lecho en el que me depositaron escribo estas líneas torcidas. Le pido paciencia para estas confesiones.

Pues la situación no es exactamente aquella que escribí en el informe que le entregó el ex camarada ministro. Es mucho más grave. Es este caso de los estallados. Incluso pensé que podía ser un hechizo encargado por causa de mi hijo Jonassane. Usted sabe: él anda metido en grupúsculos dudosos que roban y hasta se dedican al tráfico de droga. Estoy preocupado e incluso le entregué la ambulancia que habían asignado para llevar adelante un proyecto de salud. Desvié el vehículo para que el muchacho se ocupase de tareas de transporte. Se entretenía y siempre rendía. Pero después me complicaron con esa manía de la lucha anticorrupción y acabé devolviendo la ambulancia. Les he pedido a unos surafricanos que quieren instalarse aquí que me den un nuevo vehículo. Ellos lo entregan, yo les facilito los trámites. ¿Es incorrecto? Ermelinda se niega, perentoria: el que no llora, no mama. Al fin y al cabo, ¿cómo es la cosa? ¿Tenemos que imponer la moral en nuestra vida cuando ella, la moral, no quiere saber nada de nosotros? Bien, sé que éstos son pensamientos de andar por casa, asuntos privados míos. Espero que acepte mis disculpas.

Ahora, en el distrito, sólo se oyen historias, patrañas. El pueblo habla sin orden alguno, chinchorreando sobre los estallidos. Y dicen que la tierra está a punto de arder, por causa y culpa de los gobernantes que no respetan las tradiciones, no reverencian a los antepasados. Y eso dicen, citado y recitado. ¿Qué puedo hacer? Son negros, sí, como yo. Pero no son de mi raza. Disculpe, Excelencia, puede ser que yo sea un racista étnico. Lo acepto. Pero esta gente no se me parece. A veces hasta me pesa la vergüenza que me dan. Trabajar con las masas populares es difícil. Ya no sé cómo denominarlos: masas, pueblo, poblaciones, comunidades locales. Un gran incordio esos hatajos de pobres, si no fuese por ellos nuestra tarea sería incluso más fácil.

Mi esposa, la ex camarada Ermelinda, tampoco me ayuda. Ella adora riquezas y poderes, pero recibe malas influencias. A veces frecuenta las misas poco católicas del padre Muhando. Incluso sospecho que visita al hechicero, un tal Zeca Andoriño. Y después, en consecuencia, Ermelinda se irrita conmigo hasta el punto de que discutimos con público delante. Ha llegado a llamarme belceburo. Fíjese. Y dijo que, finalmente, el padre Muhando tenía razón: el infierno ya no aguanta tantos demonios. Estamos recibiendo los excedentes aquí en la Tierra. Un género de desplazados del infierno, ¿me entiende? Y nosotros, los antiguos revolucionarios, formamos parte de esos excedentes. Ésas son palabras de Muhando, estoy seguro. Fuimos socialistas trapaceros, somos capitalistas atrapados. Y que si antes tenía dudas, ahora tengo deudas. Son palabras de ella, la susodicha Ermelinda, que siempre aprovecha

cualquier tema para hacer que la lengua crezca.

Usted lo sabe bien: el servicio de jefe no deja ningún salario palpable. Felizmente han cambiado las cosas, estamos abriendo los ojos, vengándonos de las escaseces. Ya tengo yo mis propiedades, mis negocios están despuntando. Ya he hecho mis primeros contactos con los surafricanos que aparecieron aquí, les he entregado unos terrenos, todo toma y daca. Pero esto no conviene comentarlo, uno muestra riqueza y enseguida surge la envidia.

Si estoy escribiendo estas cosas, Camarada Excelencia, es porque estamos comprometidos políticamente. Como se dice: las casas juntas arden juntas. Mi duda, Excelentísimo Camarada, es la siguiente: ¿no tendrá razón el padre Muhandó? ¿No deberíamos cuidar más la vida de las masas? Porque la verdad es que el caracol nunca se desprende de su concha. El pueblo es la concha que nos abriga. Pero puede, de repente, transformarse en fuego que nos queme. Hasta se me eriza la piel de sólo pensarlo, yo que ya he sentido quemármeme las manos. Esta lucha, Excelencia, es a vida o muerte y viceversa.

Me despido enviando mis sinceros saludos revolucionarios. O, rectificando: mis ilustrísimos cumplidos.

ESTEBAN JONÁS

El desmayo

¿El perro lame las heridas?
¿O es ya la muerte, mediante la llaga,
que besa al perro en la boca?

DICHO DE TIZANGARA

—No mire ahora —pedí.

—¿Qué es? —se asustó Massimo.

Era poco, sólo el hombre ese que había aparecido días antes, el dueño del malogrado cabrito. No escapamos a tiempo. El individuo se interpuso, pedigimiente:

—¿Entonces, patroncitos?

Esta vez señalé al italiano. Que era quien debía escuchar la jeremiada. Yo ya estaba avisado: se da limosna, incluso una buena limosna, y el mendigo se alejará siempre con las manos vacías. Pero este hombre no se presentaba como mendigo. Reclamaba, sí, la compensación de una pérdida: que aquél no era un cabrito cualquiera, aquél era un animal de compañía, que sólo se iba para cubrir a unas cuantas cabras. En lo demás, no se diferenciaba de un perro, hasta ladraba contra los gatos. Y menear el culo lo hacía con más primor que la propia Aria Diosquiera.

—Lo mejor es darle algo —sugerí a Massimo.

Al fin y al cabo, el pobre fulano tenía la desgracia pisándole los talones. Era un pastor a las órdenes de Esteban Jonás. Sin embargo, hacía meses que no cobraba. Yo no quería oír el rosario de lamentos. Si Massimo no reaccionaba, yo mismo le daba una limosna al pobre. Pero el delegado de la ONU hurgó en sus bolsillos y sacó un dólar. Se lo extendió al reclamante. Este observó el billete con detenimiento y sacudió la cabeza: que aquel dinero estaba estropeado. Que lo perdonase Dios por maldecir el santo papel, pero él prefería los billetes nacionales, hasta los pringosos. Además él, con el trauma de haber visto fallecer a sus pies a su estimado cabritillo, había comenzado incluso a sentir picores en todo el cuerpo. Necesitaba, por tanto, cuidados médicos, tal vez por el resto de su vida. Y ésa era malaria que exigía algo más que un simple billete.

El italiano, harto, se dio la vuelta y se encaminó a la administración. El lesionado cabrero se dejó estar, contemplando el dólar al trasluz. Yo corrí detrás de Massimo, que ya estaba observando por la ventana del viejo edificio. Se confirmaba: el radiotransmisor había quedado bien instalado en la sede de la administración, en una sala a la que sólo él tenía acceso. Yo lo había ayudado a instalar los aparatos, a montar la antena. Los habíamos probado, todo funcionaba. El italiano, no obstante, no estaba tranquilo. Y tenía razón: al día siguiente el radiotransmisor ya no estaría allí, desaparecido en extrañas circunstancias.

Ahora, con la boina azul en la mano, Massimo se consumía en consumada preocupación: ¡un soldado más reducido a un sexo! ¿Qué podía él escribir en el informe? ¿Que sus hombres estallaban como pompas de jabón? En la capital, la sede de la misión de la ONU esperaba noticias concretas, explicaciones atendibles. ¿Y qué había aclarado él? Media docena de historias delirantes, en su opinión. Se sintió solo, con todo el peso de África encima.

—*Porca madonna!* —comentó, suspirando.

El suspiro no le daba alivio. Porque al desaliento se sumaba un temor: ¿y si él, realmente, hubiese hecho el amor con Temporina? Los recuerdos eran tan presentes y fragantes que ya daba lo dicho por hecho.

—¿Y cuál es el miedo, entonces? —pregunté.

—¿No lo entiende? ¡Si lo he hecho, lo he hecho sin tomar precauciones!

—¿Cuál es el miedo mayor: haber contraído una enfermedad o haber recibido la maldición de los estallados?

Quise hacer una broma, aligerar el momento. Pero Risi no se rió. Lo que yo consideraba una broma se convirtió en motivo de más pesadumbre. ¿No se había él arriesgado? ¿Quién sabe si cualquier día no ardería también como un casco ex azul cualquiera?

—No había pensado en eso.

—¿Usted cree, a fin de cuentas, en el hechizo?

—Yo qué sé en qué creo.

—El hechizo debe de ser exclusivamente para militares, quédese tranquilo, Massimo Risi.

Para apartar los malos augurios, sugerí que callejeásemos por allí, sin mapa ni destino. El ministro ya se había retirado dejando instrucciones para la prosecución de los trabajos. Massimo Risi era ahora dueño de la investigación, único representante del mundo en nuestra pequeña aldea.

Paseábamos sin destino cruzando las populosas esquinas, donde se acumulaban los vendedores. En medio de la gente, irrumpió el recepcionista de la pensión. Parecía contrariado. Venía por orden de Temporina, a cuyo hermano estaba buscando.

—No lo hemos visto —adelantó Massimo.

El hotelero me llamó aparte. Murmuró, cauteloso:

—El blanco ese no tiene que oírme.

—¿Y qué ocurre?

—Es que el muchacho ha salido de casa diciendo que venía a matar.

—¿A matar a quién?

—Al italiano.

¿Matar a Massimo? ¿Y por qué? Celos, quizá. Miedo a que el europeo se llevase a su hermana lejos de allí. Lo cierto es que el muchacho circulaba desquiciado por las callejas de Tizangara e incluso ya se había metido por los terrenos baldíos. Temporina estaba preocupada: el muchacho no tenía experiencia en andar por los caminos de este mundo.

Tranquilicé al recepcionista. Si yo viese al mozo, lo acompañaría a casa de Hortensia, su lugar materno.

—Mi lugar también —añadió con timidez el encargado de la recepción—. Soy hermano lejano de Hortensia.

—¿Eres tío de Temporina?

—Eso queda en secreto.

Se decían ficciones. ¿En Tizangara quién no era hermano lejano? Pero yo acepté. El hombre me explicaba cómo Temporina se había aficionado a la pensión. Ella estaba en familia. Nadie era prisionero sino de su propio destino.

Ajeno a todo esto, Massimo Risi se sacudió invisibles motas de la chaqueta. En el acto, se le cayeron los botones. ¿Cómo se cayeron? Sin duda ya estarían medio sueltos. Se rió recordando las letras que se habían desprendido de la fachada de la pensión. Se arrodilló para recoger los botones. Cuando intentaba recuperarlos, sin embargo, vio que los dedos se le torcían, engurruñados. Cuantos más esfuerzos hacía, menos lograba su propósito. Decidió marcharse de allí. Yo no entendía lo que pasaba dentro de él, el hombre no articulaba palabra. Primero, llegó a pensar que era resultado de la bebida. ¿Qué demonios de bebida le estaban dando? Pero después, ya en tierra, vio que ni siquiera se incorporaba. No recuperaba su posición. Miró hacia arriba y en ese momento vio a la anciana moza de la pensión. Era una visión de no creer, ni a humana forma se asemejaba. Massimo balbució:

—¿Temporina?

La mujer le acarició la cabeza. Fue esa visión la que, después, él me dijo que había tenido. Pero la moza no actuaba con dulzura. Lo atrajo por las sienes y lo besó como si le sorbiese el alma por los labios. Después, agarró la mano del italiano y la condujo hasta su vientre, como si le enseñase a reconocer una parte que siempre hubiera sido de su pertenencia.

—¿Massimo Risi?

La voz de Chupanga lo despertó como si viniese de otro mundo.

—Usted está ahí, caído en el suelo... ¡No me diga que se ha desmayado!

El adjunto de la administración había llegado en aquel momento y se había intrigado al ver la escena. Lo ayudamos a levantarse. El europeo anduvo unos pasos hacia atrás, otros hacia delante. Quizás a sí mismo se buscaba. Y con razón. A fin de cuentas, casi se había antecedido y no había ganado para el susto. Miró el cielo, pero enseguida apartó los ojos: la luz allí era demasiado limpia. Chupanga, todo viscoso, se dispuso a guiarlo hacia un lugar con sombra.

—Sabe, yo quería hablar con usted, tener una charla un poco bastante privada.

El italiano aún estaba mareado, estaba con *zuezué*.⁴ Allí, en el desamparo de la lontananza, era una persona muy vulnerable. Dijo que prefería volver a la pensión, pero Chupanga insistió:

—Desde que llegó intento hablar con usted así..., un pelín bastante aparte.

Me miró de reojo. Sugería que yo me alejase. Pero Massimo se opuso. Quería que me quedase cerca. Para traducir, ironizó. Chupanga tenía un nudo en la garganta, le costó comenzar el diálogo:

—Ocurre que yo sé muchas cosas. Pero un hombre para hablar necesita combustible.

—¿Combustible?

Chupanga me miró, esta vez implorando complicidad. Me mantuve impasible como si yo mismo no lo entendiese. Y volvió a la carga, dando vueltas alrededor del italiano:

—Piénselo bien. Yo sé cosas muy valiosas. Pero necesitamos hablar como hombres que se entienden, ¿me sigue?

—Voy a pensar en el asunto —rubricó el extranjero.

—Pero, por favor, no lo comente con nadie —y volviéndose hacia mí añadió con malos modos—: Y sobre todo no hable con ese otro...

—¿Quién?

—Con su padre, el viejo Sulpicio.

Yo lo sabía: mi viejo existía fuera de los agradados gubernamentales. Pero el pueblo le tenía respeto, en razón de los antepasados que él disponía en la eternidad. En opinión de Chupanga, mi padre vivía en nación de animales, era un tipo trolero, muy lleno de artimañas. La primera vez que había intentado hablarle, el administrador había sufrido el peso del ridículo. Él allí, todo buenos modales y maneras, permisos por aquí, disculpas por allá. Y el otro nada, fruncido el ceño, lamiendo su propia lengua. Es decir: no hablando portugués sino la lengua local. El viejo Sulpicio no tenía respeto por ninguna presencia. Hasta que le dieron la lección.

El italiano se levantó, deseaba regresar a pie a la pensión. Pero el burócrata dijo que no. Irían en coche, que era más seguro. Además, nadie respeta a quien no llega motorizado. Chupanga señaló, ostentoso, el coche.

—Es un turbo diesel de bastantes caballos. Tiene aire acondicionado, por delante y por detrás.

Entramos en el vehículo. Chupanga conectó el aire acondicionado y abrió un bote de cerveza. Nos ofreció bebida. Sólo yo acepté. En el camino, el italiano rompió el silencio:

—Esta situación me preocupa.

—A mí también —dijo Chupanga—. Pero ya he mandado que traigan un marco nuevo, entero, de la capital.

Llegados a la pensión, el italiano salió del coche sin despedirse. Lo seguí y noté que su modo de caminar ya era más ligero, ya se movía como si el cuerpo fuese suyo. Los dos nos sentamos en el bar. Hablamos, sin más motivo que llenar el tiempo. Yo le dije, en cierto momento:

—Sabe, Massimo, usted me da pena, tan solo. Yo nunca podría quedarme tan absolutamente solo.

—¿Por qué?

—Aunque me arrancasen de aquí, aunque me llevasen a Italia, yo no lo pasaría tan mal. Porque yo sé vivir en su mundo.

—¿Y yo no sé vivir en su mundo?

—No, no sabe.

—Eso no me interesa. Sólo quiero cumplir mi misión. No se imagina lo importante que es esto para mí, para mi carrera. Y para Mozambique.

Trató de explicarme: mi seguridad estaba en los otros, la suya estaba en su carrera. Me dio pena. Porque buscaba como un ciego. No seguía el consejo: la verdad tiene patas largas y transita por caminos mentirosos. Para peor, en Tizangara todo ocurría de paso. Quien aquí venía nunca era para quedarse. Por eso, cuando llegaron, a esos soldados de las Naciones Unidas los llamaron saltamontes.

—Otra cosa: usted pregunta demasiado. La verdad huye de tantas preguntas.

—¿Cómo puedo tener respuestas si no pregunto?

—¿Sabe lo que debería hacer? Contar su historia. Nosotros esperamos que ustedes, los blancos, nos cuenten sus historias.

—¿Una historia? Yo no sé ninguna historia.

—Claro que sabe, tiene que saber alguna. Hasta los muertos saben. Cuentan historias por boca de los vivos.

—A propósito, yo ando por ahí interrogando a los otros. Pero aún no se lo he preguntado a usted: ¿estaba aquí cuando comenzaron esos estruendos?

—Sí.

—Entonces lo ha vivido todo. Cuénteme. Cuénteme todo desde que comenzaron las voladuras. Espere. Espere, que quiero grabarlo. ¿No le importa?

Las primeras voladuras

Los hechos sólo son verdaderos
después de ser inventados.

CREENCIA DE TIZANGARA

La primera vez que oí las voladuras creí que la guerra regresaba con sus tropas y tropeles. Mi cabeza tenía una sola idea: huir. Pasé por las últimas casas de Tizangara, mi pequeña aldea natal. Incluso vi, perfilándose a lo lejos, mi casa natal; después, ya más cerca, la residencia de doña Hortensia, la torre de la iglesia. La aldea parecía en actitud de despedida del mundo, tristona como tortuga que atraviesa el desierto.

Me eché a los montes donde nunca nadie se había personado. Sí, era cierto: aquel bosque nunca había recibido ninguna humanidad. Construí un refugio, con ramas y hojas. Poca cosa, con discreción de animal: no sería bueno que se viera a alguien allí en estado de persona. Yo tenía un refugio, no una casa. Me quedé en ese escondrijo, aconsejado por el miedo. Regresaría a la aldea cuando estuviese seguro de que la guerra no había regresado. Ya en la primera noche, sin embargo, me amedrentaron las voces de los animales y aún más las sombras de la oscuridad. Me estremecí de miedo: ¿no habría salido yo de la boca de la hiena, nuestra *quizumba*, para entrar en las fauces del león?

Me senté para despejarme. Parecía haberseme desprendido el alma, que flotaba como una nube encima de mí. La guerra había terminado hacía casi un año. No habíamos entendido la guerra, no entendíamos ahora la paz. Pero todo parecía transcurrir bien, después de haberse acallado las armas. Para los más viejos, sin embargo, todo estaba decidido: los antepasados se sentaron, muertos y vivos, y habían acordado un tiempo de buena paz. Si los jefes, en este nuevo tiempo, respetasen la armonía entre tierra y espíritus, entonces caerían las buenas lluvias y los hombres conseguirían generales felicidades. Precavido, yo tenía mis dudas sobre eso. A los nuevos jefes parecía importarles poco la suerte de los otros. Yo hablaba de lo que veía allí, en Tizangara. De lo demás no tenía opinión formada. Pero, en mi aldea, había ahora tanta injusticia como en el tiempo colonial. Parecía, por el contrario, que ese tiempo no había terminado. Ahora lo estaban dirigiendo personas de otra raza.

Tal vez fuese un gran cansancio el que me hacía, a fin de cuentas, quedarme en aquella lontananza. Secretamente, había dejado de amar aquella aldea. O, si acaso, no era la aldea, sino la vida que en ella vivía. Ya no había en mí creencia que convirtiese a mi tierra en un lugar apetecible. Culpa del régimen vigente bajo el que existíamos. Aquellos que nos mandaban, en Tizangara, engordaban a espejos vistas, robaban tierras a los campesinos, se emborrachaban sin respeto. La envidia era su mayor mandamiento. Pero la tierra es un ser: le hace falta familia, ese telar de entretencencias al que llamamos ternura. Los nuevos ricos se paseaban en territorio de rapiña, no tenían patria. Sin amor por los vivos, sin respeto por los muertos. Yo sentía añoranzas de los otros que ellos habían sido alguna vez. Porque, al fin y al cabo, eran ricos sin riqueza alguna. Les hacía ilusión tener coches, tener brillos de gasto fácil. Hablaban mal de los extranjeros, durante el día. Por la noche, se arrodillaban a sus pies, cambiando favores por migajas. Querían mandar, sin gobernar. Querían

enriquecerse, sin trabajar.

Ahora, en la linde del bosque, yo veía el tiempo desfilando sin que nunca ocurriese nada. Ese era un gusto mío: pensar sin tener nunca ninguna idea. ¿Me habría convertido, finalmente, en animal, en lógica de uña y garra? ¿Qué había hecho la guerra de nosotros? Lo extraño era que no me hubiesen matado a tiros a los quince años y que sucumbiese ahora en medio de la paz. No había fallecido de la enfermedad, ¿moriría ahora del remedio?

Fue en una de esas mañanas de retiro cuando oí voces. Surgían camufladas. Seguí los sonidos con mil cautelas. Se trataba de gente que intentaba no ser vista. Avizoré entre los matorrales. Entrevi los bultos. Había negros y blancos. De bruces en el suelo, parecían excavar en el arcén de un atajo. En eso, uno habló alto, bien audible. El grito, en inglés de fuera:

—*Attention!*

Y los demás se inmovilizaron. Después se retiraron, sin prisa. De vez en cuando, volvían a tumbarse de bruces alrededor de cualquier otra cosa. ¿Qué buscaban? Pero ellos se fueron y yo volví a quedarme solo. Di un tiempo para que se alejasen y me dirigí hacia donde habían estado husmeando. Fue cuando un brazo detuvo mi intento.

—¡No vayas, que es peligroso!

Me volví: era mi madre. O sería, más bien, la visión de ella. Pues ella ya hace mucho había pasado la frontera de la vida, más allá del nunca más. En aquel momento, sin embargo, surgía entre las frondas, envuelta en sus telas oscuras, las habituales. No me saludó, simplemente me orientó hasta junto a mi refugio. Allí se sentó, acomodándose en su pareo. Me quedé mudo y menudo, a la espera. Si tenemos voz es para vaciar el sentimiento. No obstante, demasiado sentimiento nos roba la voz. Ahora que ella había hecho tránsito de estado, yo accedía, completo, a su vista.

—¿Cómo es eso, hijo mío? ¿Vives en el lugar de los animales?

Devolví la pregunta con otra pregunta:

—¿Hay lugar, hoy, que no sea de animales?

Ella sonrió, triste. Podría haber respondido: lo hay, el lugar de donde vengo es lugar de gente. Giró entre los arbustos y deshizo pequeñas hojas entre sus dedos. Apuraba perfumes y los llevaba lentamente junto al rostro. Mataba añoranzas de aromas.

—¿La guerra ha llegado otra vez, madre?

—La guerra nunca se ha ido, hijo. Las guerras son como las estaciones del año: quedan suspendidas, madurando en el odio de la gente menuda.

—¿Y qué anda haciendo, madre, por estos lados?

Yo quería saber si había terminado su tarea de morir. Ella se explicó, lenta y larga. Andaba con un botijo recogiendo las lágrimas de todas las madres del mundo. Quería hacer un mar sólo de ellas. No respondas con esa sonrisa, tú no conoces la labor del

llanto. ¿Qué hace la lágrima? La lágrima nos universaliza, en ella regresamos al primer principio. Aquella mínima gota es, en nosotros, el ombligo del mundo. La lágrima plagia al océano. Pensaba ella por otras, casi ningunas, palabras. Y suspiró:

—¡Dios quiera!

Me recordó cómo despertaba, antes, toda empapada. No hubo, después de que mi padre nos dejara, una mañana en la que el sol la encontrase en hábitos secos. Siempre y siempre ella y los llantos. Sin embargo, eso había sido antes, cuando padecía de la enfermedad de estar viva.

—No se quede aquí, que esos caminos aún tienen el pie de la guerra. ¡La huella está viva!

—Estoy tan bien aquí, madre. No me apetece regresar.

Nos quedamos allí intercambiando nada, simplemente estirando el tiempo. Alargando el milagro de estar allí, en la linde del bosque. Ya atardecía, ella me avisó:

—Vuelve a la aldea, tienen que ocurrir muchísimas cosas.

—Antes de irme, madre, recuérdeme la historia del flamenco.

—Ah, esa historia está tan gastada...

—Cuéntemela, madre, que es para el viaje. Me falta tanto viaje.

—Entonces, siéntate, hijo mío. Te la contaré. Pero primero prométeme esto: nunca andes por los senderos por donde andaban aquellos hombres que observabas hace un rato.

—Lo prometo.

Entonces ella contó. Yo repetía palabra por palabra, calcando su voz cansada. Rezaba: había un lugar donde el tiempo no había inventado la noche. Era siempre de día. Hasta que, en cierta ocasión, el flamenco dijo:

—¡Hoy haré mi último vuelo!

Las aves, desprevenidas, languidecieron. Y a pesar de estar tristes, no lloraron. La tristeza de pájaro no ha inventado la lágrima. Dicen: la lágrima de los pájaros se guarda allí donde se queda la lluvia que nunca cae.

Ante el aviso del flamenco, todas las aves se juntaron. Habría una asamblea para conversar sobre el asunto. Mientras el flamenco no llegaba, se oían píos entre suspiros. ¿Había que creer en tales dichos? Sí, o tal vez no. Fuese o no fuese así, todos se preguntaban:

—Pero se va volando ¿adonde?

—A un sitio donde hay ningún lugar.

El zancudo, por fin, llegó y explicó que había dos cielos, uno de acá, donde era posible volar, y otro, el cielo de las estrellas, inválido para el vuelo. Él quería pasar esa frontera.

—¿Por qué ese viaje tan sin regreso?

El flamenco restaba importancia a su acción:

—Vaya, aquello es lejos, pero no distante.

Después se fue internando en los árboles de mucha sombra del manglar. Se demoró. Sólo apareció cuando ya envejecía la paciencia de los otros. Los animales alados se concentraron en el claro del pantano. Y todos miraron al flamenco como si descubriesen, sólo entonces, su total belleza. Llegaba altivo, muy por encima de su altura. Los otros, en fila, se despedían. Uno incluso pidió que desmintiese el anuncio.

—¡Por favor, no te vayas!

—¡Tengo que irme!

El avestruz se interpuso y le dijo:

—Mira, yo, que nunca he volado, cargo las alas como dos añoranzas. Y, no obstante, sólo piso felicidades.

—No puedo, me he cansado de vivir en un solo cuerpo.

Y habló. Quería ir a donde no hay sombra, ni mapa. Allí donde todo es luz. Pero nunca llega a ser de día. En ese otro mundo él dormiría, dormiría como un desierto, olvidaría que sabía volar, ignoraría el arte de posarse sobre la tierra.

—No quiero volver a posarme. Sólo quiero reposar.

Y miró hacia arriba. El cielo parecía bajo, rastrero. El azul de ese cielo era tan intenso que se vertía líquido en los ojos de los animales.

Entonces el flamenco se lanzó, arco y flecha se tensaron en su cuerpo. Y helo ahí, dilecto, elegante, despidiéndose de su peso. Así, visto en vuelo, se diría que el cielo se había vertebrado y la nube, adelante, no era sino alma de pájaro. Más se diría: que era la propia luz la que volaba. Y el pájaro iba deshojando, ala en ala, las transparentes páginas del cielo. Un batir más de plumas y, de repente, a todos les pareció que el horizonte se enrojecía. Transitaba del azul a tonos oscuros, morados y violáceos. Todo transcurriendo como un incendio. Nacía, así, el primer poniente. Cuando el flamenco se extinguió, la noche se estrenó en aquella tierra.

Era el punto final. Al oscurecer, la voz de mi madre se desvaneció. Miré el poniente y vi a las aves cargando el sol, empujando el día hacia otros más allá.

Aquella era mi última noche de retiro en los montes. A la mañana siguiente ya entraba yo en la aldea, como quien regresa a su propio cuerpo después del sueño.

El primer culpable

Las ruinas de un Estado
nacen en la casa del simple ciudadano.

REFRÁN AFRICANO

Al día siguiente, me llamó el administrador. El mensaje era claro: que me presentase sin el italiano. En la entrada de la administración, Chupanga me recibió con su habitual arrogancia. Sin mirarme, me señaló una silla. Que esperase. Por la sala de espera pasó un grupo de individuos de raza blanca. El adjunto se levantó en actitud servil, todo simpatía y atenciones.

—¿Quiénes son éstos? —le pregunté a Chupanga.

—Ésos son los de la campaña de desminado.

—¿Todavía están desminando?

—Los de las ONG anduvieron por ahí diciendo que ya se han quitado todas las minas. Mentira. Aún falta mucho trabajo.

—Y hay minas ¿dónde?

—Eso no lo sabemos. Sabemos sólo que hay, siempre aparecen nuevas.

Recordé mi visión cuando huí hacia el monte: el extraño grupo husmeando en los matorrales. Me pareció reconocer a uno de los que acababan de salir. Incluso pensé en aclarar el asunto con Chupanga. Pero una voz me llamó a la prudencia. Mejor sería no abrir la boca. Por fin, la secretaria me hizo una seña para que entrase. Su Excelencia me recibiría.

—Cuando le encargué que fuese mi traductor usted no entendió —dijo Esteban Jonás en cuanto me senté.

—Disculpe, no está claro.

—¿Ve? Sigue sin entender. No entiende lo que quiero de usted.

—¿Y qué es, Excelencia?

—Vigilar a ese blanco cabrón. Ese italiano que anda por ahí olisqueando en rincones ajenos.

—Pero yo pensé que él venía a ayudarnos.

—¿¡Ayudar!?! ¿Todavía no lo sabe? En el mundo que nos toca vivir nadie ayuda a nadie. ¿No conoce el dicho: el murciélago hace sombra en el techo?

El administrador, después, confesaba: había colocado a Chupanga para espiarme. Su esquema era un triple espionaje: yo espiaba al italiano, Chupanga me espiaba a mí y él, por último, nos espiaba a todos nosotros.

—Se lo digo sinceramente: tengo dudas de usted. Por causa de su padre.

—No tengo nada que ver con él, Excelencia.

—¿No? No lo sé, no lo sé. Ustedes son padre e hijo y de tal palo tal astilla.

Y por otro lado, subrayó él, ¿por qué razón mi viejo aparecía precisamente ahora en la aldea? No entendía ese repentino regreso.

—Sí, ¿por qué razón? Y no exactamente la razón, sino el motivo.

Cuando me retiré, me hizo una advertencia: que tuviese cuidado. Lo que estaba en juego no era un asunto sencillo. El sabía bien lo que decía. Me miró con complacencia:

—La primera vez que pasé por aquí usted ni siquiera había nacido. Me recuerda a la difunta. Ah, esa mujer...

Me hizo estremecer. ¿Esteban Jonás recordando a mi madre con tanto embeleso? Me leyó las dudas en mi pensamiento. Y recordó:

—Llegué aquí cuando era un guerrillero.

—Ya me lo han dicho.

—No lo olvide, nunca: ¡fui yo quien liberó a la patria! Fui yo quien lo liberó a usted, jovencito. .

Una señal leve en sus dedos me indicó que me retirase. Ya en la calle, me sorprendió el pueblo en plena barahúnda. Se oían las voces:

—¡Lo han pillado! ¡Ya han pillado al de los estallidos!

En la calle, se amontonaban las personas, haciendo tumulto. Entre ellas se distinguía al italiano. Se veía que había salido deprisa, aún ajustándose la ropa, arreglándose el pelo. Me uní a él.

—¿Qué ocurre?

—Han detenido a un hombre.

Nos fuimos acercando a los policías que escoltaban a un hombre pequeño, un cojo. Estaba de espaldas, pero, cuando se volvió, vi que era el padre Muhando. Iba descalzo, sin camisa. Semejaba un Cristo negro, cargando una cruz invisible. Me abrí paso y llegué hasta él:

—¡Padre Muhando!

—Dicen que fui yo quien provocó los estallidos.

—¡Qué disparate! ¿Y usted no dijo nada?

—Hablé, confesé todo.

—¿Contestó?

—Sí. Yo mismo hice estallar a esos extranjeros.

No salía de mi asombro. Miré al italiano, que sacaba de una bolsa de plástico su máquina fotográfica. En el momento en que logró enfocar, ya estaban llevando al prisionero a la administración. Un policía advirtió al extranjero: nada de fotos, no era el momento más apropiado.

El italiano solicitó el acceso a la sala donde habían encerrado al sacerdote. Pero Chupanga fue perentorio. Aquél era un asunto de seguridad interna. Se imponían razones de Estado. Sólo a la mañana siguiente Esteban Jonás aceptó que visitásemos al prisionero.

Sentado en un banco de curandera, el padre Muhando tomaba el desayuno. Nos acercamos y me sorprendí con lo que comía: el hombre mojaba el pescado frito en el té. Él, sonriente:

—Así el pescado se endulza.

Me hablaba y me pedía que tradujese. Le expliqué que no era necesario, pero

insistió:

—¡Traduce!

Me extrañó: el hombre que andaba siempre de mal humor parecía estar ahora en la gloria. Pero él, al final, no me dio tiempo. Habló todo de un tirón, enhebrando palabras como si estuviese a punto de agotársele el tiempo.

—Usted me mira, piensa que yo soy un loco lunático. Pero no me importa.

—Por amor de Dios, yo no pienso nada —replicó Massimo.

—Ahora, escuche una cosa: ¡nunca, pero que nunca, me fotografíe! Ni me grabe. ¿Quién es usted para andar grabando y fotografiando sin autorización?

El italiano se quedó cabizbajo y pidió disculpas. Parecía sincero. Y así, con la cara metida en el rostro, escuchó las restantes palabras del sacerdote. Muhando primero agregó algunas protestas más: que imaginase el italiano lo contrario. O sea: que un grupo de negros africanos se aparecía en medio de Italia haciendo averiguaciones, revolviendo intimidades. ¿Cómo reaccionarían los italianos?

Después, el sacerdote pareció dispuesto a prestar información. Pero él sólo fingía. Porque explicó: el soldado que estalló era un hombre feo. Tenía los huevos más grandes que los del toro de lidia. Hasta andando se oían al entrechocarse. Lo decía no porque los hubiese visto alguna vez en su vida. Los susodichos volaron, postumos, por encima del *canhoeiro*. Y aterrizaron en la Carretera Nacional, a la vista de todos.

Y él, según ahora recordaba, fue a reunirse con el *nyanga*, el hechicero, a quien llamaba colega, para dar destino a las partes del zambiano. Es que ya volaban buitres de rapiña sobre la copa del gran árbol. Sería atraer desgracias dejarlos así, a disposición de los bicharracos. Nunca más habría sosiego, en caso de que los pájaros devorasen los testículos del extranjero. Los animales no visitan los lugares donde hay gente. Por lo menos, sin el debido consentimiento. Y el cura:

—Como usted, que nos visita sin consultarnos —dijo, señalando al italiano.

¿Qué hicieron entonces él y el hechicero? Retiraron de las ramas los órganos del infeliz y los tiraron lejos, bien en las profundidades del monte, allí donde sólo circulan animales indómitos.

—Deberíamos arrojarlo a usted también allí.

El italiano ya no le encontraba gracia al relato. El cura era un ser digno de descrédito. Confirmaba lo que había oído decir: el religioso había enloquecido, olvidando sus devotas obligaciones. Varias veces se había oído al sacerdote insultando a Dios por las calles públicas. Moría un niño, indefenso frente al sufrimiento, y Muhando salía de la iglesia y desafiaba al Creador, ofendiéndolo delante de todos. Le decía las peores cosas, lo denigraba de forma alevosa.

—¿Es verdad que ofende a Dios?

—¿Qué Dios?

—Bueno... Dios.

—Ah, ése. Es verdad, sí. Yo Lo insulto cuando no se comporta.

Tenía razones para esa intimidad: él y Dios eran colegas, sabedores de secretos

mutuos. Cuando él bebía, Él bebía también. Por eso no le rezaba a Dios. Rezaba con Dios.

—¿Sabe dónde está mi verdadera iglesia? ¿Sabe dónde? Junto al río, en medio de las cañas.

Se subió a una caja y miró por la ventana. Nos llamó para que nosotros mirásemos también.

—Fíjese. Es allí donde converso con Dios.

—¿Por qué allí?

—Porque allí están las huellas de Dios.

Para el padre Muhando el motivo de lo sagrado del lugar era sencillo: en otro tiempo, el Diablo estaba a punto de morir. Dios se acongojó: sin el Demonio sería sólo la mitad. Fue entonces cuando Dios acudió a curar a su eterno enemigo. Lo primero que hizo Dios fue beber agua. En ese tiempo sólo había mar. Bebió de esa agua salada, llena de algas y microorganismos. Dios tuvo alucinaciones y vomitó sobre el Universo. El vómito era ácido y los seres se consumieron, contaminados por el olor nauseabundo. El agua se descompuso, las plantas amarillaron. El ganado comenzó a dar sangre en vez de leche. Dios estaba tan flaco que daba pena. Fue entonces, ya cansado, cuando inventó los ríos. Creó los ríos con agua proveniente de sus fuerzas más lejanas, las venas de su alma. Pero se había debilitado, incapaz de inmensidades. Por eso, los ríos no son tan infinitos como el mar. Aquella agua dulce, con sólo verla, dio nuevo vigor al alma de Dios. Sin embargo, los ríos no se bastaban a sí mismos. Les hacía falta el mar, el lugar infinito. Y el agua volvió al agua.

—Dios se arrodilló allí, en aquella pendiente —dijo Muhando señalando el río—. Una rodilla del lado de acá y la otra allá, en la otra margen. Y entonces se inclinó para matar la sed.

Dicen que Él bebió, bebió, bebió, hasta matar la sed, de todas las fuentes. Miró el firmamento, alojó el Sol en los ojos. Demasiada luz: todo se hizo espejismo. De su rostro, por un instante ciego, surgió el Hombre. Aquél era el primer hombre. De los ojos de Dios, heridos por tanto brillo, se deslizó una lágrima. De esa agua escapó una mujer. Aquélla era la primera Mujer. Y ambos, Hombre y Mujer, se internaron entre los cañaverales de las márgenes de los ríos.

—Allí, en aquellas cañas: aquélla es mi iglesia. Allí me inclino para mirar los ojos de Dios. Hablo con Él a través del agua.

El cura advirtió: todo lo que oía decir sobre él era verdad. Sí, todo era verdad. Que hacía visitas al infierno, sí, era verdad. Pero, en rigor, era el infierno el que venía a visitarlo. Y eran demonios los que dirigían nuestros destinos.

—Es necesario consultar a un demonio para conocer la morada de otro demonio.

Daba el ejemplo del administrador. Su hijo había matado a personas, traficaba con drogas. Ese mozo era el hombre que chupaba sangre de vampiro. Todos lo sabían. El mozo salía a su madre. La Primera Dama se había atribuido poderes que ningún poder consiente. Había expulsado a los campesinos del valle. Las tierras de los más pobres se usaron en su beneficio. Todos lo sabían. Pero nadie podía hacer nada con ese saber.

—Me han amenazado. Hasta Dios me ha intimidado. Ésos son uña y carne.

Después, el cura nos llamó y pidió que nos acercásemos. Quería compartir un

secreto. Era sencillo: él sabía que lo trasladarían. Sólo les hacía falta un pretexto. Lo enviarían a la ciudad, donde los curas son tantos que pierden importancia.

—Y hasta diría que no me importa. Estoy cansado de esta aldea. Y así viajo y me voy de aquí con el billete pagado.

Y volviéndose a Massimo Risi le dio la bendición. Era su bendición, no la divina. Que él sabía que Tizangara estaba fuera de las protecciones celestiales.

—Tenga cuidado, hijo mío. En esta tierra las pérdidas son siempre mayores que los perjuicios.

Regresamos al hotel. La locura del sacerdote parecía haber abatido al extranjero. Él, ya de por sí, era taciturno. El sacerdote había hablado mucho y había dicho poco. Massimo Risi se sentó frente al informe, mordiendo el bolígrafo. La página se durmió en blanco.

Me retiré a la soledad de mi aposento. Me quedé un tiempo despierto pensando en la presencia de ese italiano. ¿Por qué nuestro país necesitaba inspectores de fuera? ¿Qué nos había desacreditado tanto a los ojos del Mundo? Ahogado, retumbando en el corredor como una plegaria, se oía el canto de Temporina. La moza, pobrecita, ahuyentaba a los fantasmas. Fue cuando sentí al italiano rascando en la puerta. Entró, agitado.

—No puedo dormir. He tenido una pesadilla horrible.

Soñó que volvía a Europa y, en el mismo avión, iban los ataúdes de los cascos azules fallecidos. En el desembarque, lo esperaban las más protocolares ceremonias fúnebres. Pero cuando salieron, los ataúdes eran meras cajitas, poco más grandes que las cajas de cerillas. No tenían por qué ser más grandes para guardar lo que guardaban. Recubriendo las pequeñas cajas habían colocado unas banderas minúsculas. Azul celeste, de las Naciones Unidas. Las viudas pasaban ante la encimera donde reposaban los féretros y cada una de ellas tomaba el embalaje respectivo y lo guardaba en el bolso. Y cuando lo saludaron, finalmente, Massimo notó que se inclinaban casi a ras de suelo. Ellas parecían enormes. Sólo entonces se dio cuenta de que se había convertido en un enano. Había regresado vivo de África. Pero sin tamaño.

Miré a Massimo y, de repente, me pareció que él, realmente, había menguado hasta la anormalidad. Le hice una seña con el brazo para que se callase. Y que oyese a Temporina cantando. El extranjero se apocó, ovillándose, medio dormido.

Hasta que se extinguió la voz de la moza anciana. En medio de la oscuridad pensé: hay animales que viven en la cueva y sólo salen de la tierra para morir. Yo quería ser uno de ellos. Sin luz, sin calendario solar. Todo el tiempo a la sombra, boca y ojos cerrados a polvos. Cuando transitase hacia más allá de la vida ya sabría yo vivir de ese otro lado.

Mi padre mientras sueña al río quieto

¿Quieres saber dónde está el gato?
Pues búscalo en el sitio más caliente.

REFRÁN

Si quieres ver de noche
ponte en los ojos el agua
con la que el gato se lavó los ojos.

DICHO DE TIZANGARA

—Me voy fuera a colgar mis huesos.

Mi padre siempre anunciaba su decisión, justo en el momento de cerrar la puerta. Hablaba como si estuviese solo. Era así desde hacía muchos años. Como le dolían los huesos y sufría grandes cansancios, él, antes de acostarse, se liberaba de su esqueleto para dormir mejor.

Así había sido, desde hacía casi una vida. En las pocas noches que habíamos compartido, todo se repetía: cenábamos en silencio, siguiendo su mandato. Traía mala suerte que alguien hablase durante la comida. Se oían solamente los dedos que ablandaban la *ufa*, la harina de maíz, mojándola y remojándola en la salsa de azafrán con pescado seco. Y se oía masticar, en el acto de moverse las mandíbulas. Después de la cena, se levantaba y proclamaba su intención de deshuesarse. Entraba en la oscuridad y sólo regresaba por la mañana, recompuesto como rocío en hoja de la madrugada. Nunca fui testigo, por miedo a que notase mis desconfianzas. Así, daba por seguro que era una más de sus muchas mentiras. Ya nos había llenado antes de asombro con sus delirios. Vivía a costa de juramentos.

Él no se amilanaba cuando le pedíamos cuentas. Respondía devolviendo la pregunta:

—¿De qué está hecho nuestro cuerpo? ¿De carne, sangre, aguas contenidas?

No, según él, el cuerpo estaba hecho de tiempo. Acabado el tiempo que nos corresponde, termina también el cuerpo. Después de todo, ¿qué es lo que queda? Los huesos. El no tiempo, nuestra mineral esencia. Si hay algo que tenemos que tratar bien es el esqueleto, nuestra tímida, oculta eternidad.

Todo esto recordaba mientras caminábamos hacia mi vieja casa. Iba a visitar a mi viejo, que acababa de tomar posesión de su antiguo lugar. Massimo hizo ademán de acompañarme. Yo prefería que me dejase solo, yo y mis íntimos motivos. El hombre, sin embargo, confesó que temía quedarse solo en la pensión.

Cuando llegamos, no encontramos enseguida al viejo Sulpicio. Llamé, no hubo respuesta. Estaba a punto de regresar cuando decidí mirar en el patio de la parte trasera. En las casas africanas todo ocurre en ese terreno. Y así fue. Allí estaba, rey reclinado en el viejo sillón. Nos anunciamos. Se mantuvo callado, impávido, contemplando el río. Su voz, prolongada, me hizo estremecer:

—¿Estáis oyendo a los pájaros?

No había pájaros de ninguna especie. Todo en liso silencio. Pero mi padre, sólo él, oía el ronco graznar de los flamencos. Deuda que él tenía con las aves zancudas. Los pescadores los llaman salvavidas. En medio de la noche, en plena tempestad, cuando se pierde noción de la tierra, la presencia y la voz de los flamencos orientan a los pescadores perdidos.

También mi viejo fue salvado por las grandes aves. Náufrago después de una salida de pesca, él estaba ya bebiendo el océano, tragado por las olas y vomitado por

la noche, cuando avistó fantasmas que pastaban en el suelo de la oscuridad. Eran huidizos bultos blancos, sobre el rozar de la rompiente. Primero, tuvo un palpito:

—¡Dios me ha mandado ángeles!

Angeles no eran. Sí eran los simples y rosáceos flamencos que picoteaban las alfombras marinas. Se confirmaba, en el transcurso del caso, la vocación salvadora de los pájaros. Desde entonces, mi viejo había fijado el canto de los animales y regresaba a esa memoria siempre que se sentía perdido. Ahora, por ejemplo, allí en el patio de nuestra vivienda, los flamencos eran poco probables. Sin embargo, él los contemplaba, volando en dirección a nuestra casa. Ésa era la dirección de los buenos presagios.

Nuestra llegada sólo estorbaba sus visiones. Disgustado, mi viejo rezongó apenas nos vio asomar:

—Idos de aquí.

—Denos la bienvenida, padre.

Con las manos haciendo palanca sobre las rodillas, el viejo se levantó del asiento. Enfadado, me enfrentó:

—¿Dónde estás durmiendo?

No dejó que respondiese. Las preguntas caían en cascada: ¿por qué había abandonado nuestra casa, por qué había aceptado servir a ese canalla de Esteban, por qué metía la nariz en asuntos que a nadie importaban?

—Padre, cálmese. Ahora es tiempo de paz.

—El hombre se ahoga en las aguas mansas.

Se pasó la mano por la cabeza, alisándose el pelo de atrás hacia delante. Se contenía para no gritar:

—Y ahora para colmo me traes a ese blanco.

Decía conocer los modales de ellos, de los blancos. Llegaban con palabras dulces. Con él, sin embargo, no servía de nada. Se quedaría callado, aquel europeo no entraría en su alma mediante las palabras que pronunciase. Massimo Risi, todo seda y maneras, se dirigió a él implorante:

—Pero señor Sulpicio...

—¡No diga mi nombre! ¡Nunca más!

Conocía yo su principio: el nombre de la persona es íntimo, como si fuese un ser dentro del ser. Hacía falta una autorización para que alguien pudiese pronunciar el nombre de otro. Lo que el italiano hacía, a su ver y entender, era ya una invasión. El viejo Sulpicio me usó para darle el recado al europeo:

—Dile que no lo admito.

Massimo se quedó quieto, frenado por la impotencia. Se quedó allí, sin ida ni vuelta. Mientras tanto, comenzó a lloviznar. Mi padre, como siempre, no se protegía de la lluvia. Las gotas se encauzaron por los surcos de su rostro. Sorbió unas cuantas

gotas, tomándoles el gusto. Y concluyó:

—Esta lluvia ya es antigua.

Está siempre lloviendo la misma lluvia, solía decir. Sólo que a intervalos. Sin embargo, es siempre la misma. Versiones del viejo Sulpicio. Esperaba una lluvia nueva, reciente, acabada de estrenar. Entonces ese mundo iba a hacer cabriolas, con mejores nacimientos.

Miró a los cielos, desdeñoso. Con la misma superioridad nos miró de soslayo. Después, volvió a sentarse y regresó a su indiferencia. Quieto, bajo la lluvia. Nos quedamos allí, callados, aguardando un cambio en su disponibilidad. Yo observaba la obstinación de mi padre y me parecía ver en él una raza entera sentando su tiempo contra el tiempo de los otros. Por primera vez me sentí orgulloso de él. Deseé incluso que no hablase. Él estaba allí frente al río, en una silla tan antigua como el suelo. Casi no se movía, con los ojos con la misma ausencia que los del cocodrilo. El río era la única confirmación, para él, de estar vivo. Después de un tiempo, cuando ya parecía dormido, preguntó:

—¿El río se ha quedado quieto?

El italiano me miró, fulgurante. Yo sabía que no había que responder. Él, al fin y al cabo, no decía lo que decía. Se refería a otro tema. Cada cosa tiene derecho a ser una palabra. Cada palabra tiene el deber de no ser ninguna cosa. Su tema era el tiempo. Como el río: inmóvil es como el tiempo crece.

—¿El río se ha quedado quieto? ¿Eh?

—No, padre.

—¿Todavía no? Pues cuando se quede quieto, hablaré con ese extranjero.

Desistimos. Fuimos hacia el interior de la residencia. Mi padre se unió a nosotros y se dirigió a un rincón, con la estera sobre unos cartones. Se desperezó doliente. Aquella noche no colgaría sus huesos fuera. No confiaba en la oscuridad de aquellos parajes. Dormimos en la sala. Nos despertamos sobresaltados. Mi padre nos gritaba a los oídos. Me insultaba a mí por servir a los mismos que lo habían arruinado. Al italiano por entrometerse en el alma ajena.

—¿De quién es ese blanco?

¿De quién? Le expliqué quién era Massimo, seguro de que no escuchaba casi nada. Insistí para que se quedase tranquilo. Sin embargo, no paraba de gritar.

Hablaba conmigo como si el italiano no estuviese allí. Pero era a Massimo Risi a quien se dirigía. Habló atropelladamente, de un tirón: durante siglos quisieron que fuésemos europeos, que aceptásemos su modo de vida. Hubo algunos que incluso imitaron a los blancos, negros descoloridos. Pero él, si tuviese que ser uno de ellos lo sería, completo, de los pies a los pelos. Se iría a Europa, pediría un lugar en el Portugal Central. ¿No lo dejarían? ¿Cómo es eso? ¿Se es portugués o no se es? ¿Así que se invita a alguien a entrar en casa y se destina al menda a la trasera, lugar de los

animales domésticos? La misma familia, la misma casa. ¿Sí o no?

—¿O acaso este blanco no está durmiendo en el mejor colchón de la casa?

—Padre: no se enfade, por favor. Este hombre no tiene nada que ver con eso.

—Tu problema es que lo que sabes tiene poca edad.

—Yo sé lo que pasó en los tiempos antiguos. Me acuerdo de cosas...

—Tú te acuerdas, pero no sabes nada.

¿Sabía yo, por ejemplo, cómo él se había deslomado trabajando? ¿Sabía de su ocupación, antes incluso de que yo naciera? Pues durante años él se había desempeñado como inspector de caza. Era el tiempo colonial, no era broma. Él era casi el único negro que ocupaba un puesto semejante. No había sido fácil.

—He padecido el racismo, he tragado saliva de sapo.

Había aprendido en el ejército que sólo se dispara al enemigo cuando está cerca. En su caso, sin embargo, estaba tan cerca que corría el riesgo de dispararse a sí mismo. Que es como decir: al enemigo lo tenía dentro. Lo que atacaba no era un país foráneo, sino una provincia de sí mismo. La bandera portuguesa no era suya. Eso lo tenía claro.

—Pero fíjate bien: ¿qué otra bandera tenía?

Y si la hubiese, si tuviese otra bandera, no habría otro mástil que aquel en el que se izaba la bandera portuguesa. ¿Estaba claro? Es que mi madre nunca habría aceptado que disparase del lado de los colonialistas. En contrapartida, ella ensalzaba a los que hacían la guerrilla en favor de la independencia. Como si de ese lado todos fuesen puros.

Pero no habló, el resto lo adiviné. Porque decía las cosas en cruz, encarándome a mí para dirigirse al otro. Sólo entonces se volvió hacia Massimo y le habló directamente:

—Una sola cosa le voy a decir.

Se detuvo como si lo hubiese invadido de repente un olvido. Después recobró la iniciativa y ordenó:

—Venid conmigo.

Nos levantamos y lo seguimos, en silencio. Mi viejo caminaba al frente, decidido, entre niebla y entreluces. Así, a paso firme, parecía un militar. Ni menor ni menos. Fue a la sombra del tamarindo y mostró algo entre las manos.

—¡Mirad!

Observamos, en vano. Las manos estaban vacías. Pero él, con frío gesto, se arremangó y dejó visibles dos cicatrices que surcaban paralelas cada una de las muñecas. Sus dedos lo habían pagado caro: durante años se movieron lentos, en arco de tortuga.

—Me amarraron a ese árbol. Me sujetaron con cuerdas, echaron sal en las heridas.

—¿Quiénes?

—Esos a quienes queréis ayudar ahora.

Yo conocía los argumentos de Sulpicio. Cuando llegaron los de la Revolución dijeron que íbamos a convertirnos en dueños y señores. Todos se pusieron contentos. Mi madre se puso muy contenta. Sulpicio, sin embargo, fue presa del miedo. ¿Matar al patrón? Más difícil es matar al esclavo que vive dentro de nosotros. Ahora, ni patrón ni esclavo.

—Sólo cambiamos de patrón.

—Pero ¿qué ocurrió?

¿Qué ocurrió? Él era un inspector ya en el tiempo colonial. ¿Podíamos entenderlo? ¿Un negro, como él, sirviendo a las fuerzas de los blancos? ¿Sabíamos lo que había tenido que pasar? Y, no obstante, no tenía quejas. Ya había sufrido, había vuelto a sufrir. Pero una persona no es como el maíz, que muere y se mantiene en pie. Al menos, que le quedara esa posibilidad de negarse: no hablar cuando los demás se lo pedían. El italiano insistió:

—¿Qué sucedió finalmente? Con sus manos...

Yo conocía el episodio, preferí abreviar el relato. Así que yo mismo recordé lo sucedido. Ocurrió después de que el administrador Jonás asumiese el cargo. Cierta vez, mi viejo sorprendió al hijo de Jonás cazando elefantes. Fuera de época y sin licencia. Lo detuvo. Fue su error. Doña Ermelinda, la esposa del jefe, apareció en la prisión vociferando que aquello era persecución política.

—Suelte a mi hijo —ordenó la Primera Dama.

Sulpicio no acató la orden. Ermelinda, obstinada:

—¡Usted persigue a nuestra familia!

No tardó mucho en llegar el administrador. Se volvió el hechizo en contra del hechicero. En un segundo, el mozo estaba libre y él, el inspector-policía, estaba preso y con las manos atadas. Los otros colegas lo amarraron, prontamente obedientes. Era un nudo demasiado convicto. Sulpicio les advirtió que el lazo le quitaba sangre a las manos. En balde. Ninguno de sus colegas se movió para defenderlo. Fue doña Ermelinda quien añadió maldad a la maldad: esparció sal en las cuerdas. Y mandó que hasta el día siguiente no le aflojasen las ataduras.

—¿Y tú, hijo mío, aún te juntas con esa gente?

Sulpicio volvió al balcón que daba al río. Ahora no deseaba la visita de ninguna persona. Salvo, cuando mucho, los ángeles voladores que cruzan los ponientes. Por lo demás, que no lo molestasen. Se apoyó en un tronco y me dijo:

—Me las arreglo solo, pequeño. ¡Me las arreglo!

—Tranquilo, padre. Ahora mismo lo dejamos en paz.

—Eso, vete y llévate a ese extraño. Antes de irte, te digo algo más: está muy bien.

—¿Está muy bien qué, padre?

—Que seas traductor.

Y dijo lo que jamás había oído. Yo era un hijo especial: desde muy pronto mi padre se había dado cuenta de que los dioses hablaban por mi boca. Es que yo, cuando era niño, había padecido enfermedades muy graves. La muerte había ocupado, esas veces, mi cuerpo, pero nunca había logrado llevarme. Según los saberes locales, aquella resistencia era una señal: yo traducía palabras de los difuntos. Ésa era la traducción que yo venía haciendo desde que naciera. Ser traductor era, así, mi tarea congénita.

—Por eso cuídese, señor Massimo —dijo el viejo—. ¿Me escucha?

—Dígame, señor Sulpicio.

—Cuidado: sus palabras pueden quemar la boca de mi hijo. ¿Me entiende?

—Sí que lo entiendo.

—Ahora, vayase, ya he gastado mucho tiempo con usted.

Hizo una seña para que nos alejásemos. Quería volver a estar solo. Ya nos retirábamos cuando oímos, a lo lejos, un nuevo estallido. Regresamos corriendo junto al viejo Sulpicio. Impasible, él seguía sumiendo su atención en la eternidad del río.

—¿No ha oído, padre?

Con un gesto me indicó que me acercase. Con otro ordenó al italiano que se alejase. Aproximé el oído a su rostro. Entonces dijo:

—Éste es un estallido de los otros.

—¿De los otros? ¿Qué otros?

Y me reveló, lacónico: era mentira que sólo estallasen soldados extranjeros. Había, según él, otros estallidos que mataban a nuestra gente. Estallidos verdaderos, con prueba de sangre y de lágrimas. Como este que acababa de producirse.

—Padre, dígame lo que sabe...

Con un gesto agitó negativamente el brazo: nada, ya había hablado de más.

—¿Sabes, hijo? La boca nunca habla sola. Tal vez sí en la tierra de ese blanco. Pero aquí no.

—Le pido que me lo diga a mí. Sólo a mí.

—Aprende una cosa, hijo. En nuestra tierra, un hombre es todos los otros hombres.

No hablaría, lo pude comprobar. Para colmo estando yo en compañía de quien estaba. No es que no le gustase aquel visitante. Sin embargo, lo mejor era quedar divididos por un desacuerdo común. Su juramento primero era no decir nunca todo. Pero no sería siempre así. Yo lo conocía. Su corazón tenía manos débiles: todo lo que amaba acababa resbalando en la nada. Ahora, peor, por culpa de sus muñecas heridas. Había perdido fuerza, había perdido creencia. Mi padre hablaría, sí. Por la voz de otros.

El último telele del mozo lelo

La vida es un beso dulce en boca amarga.

DECLARACIÓN DEL HECHICERO

Esa mañana, al llegar a la pensión, nos sorprendió un llanto. Provenía de la habitación de Temporina. La encontramos inclinada sobre el lavabo. Parecía haber vomitado. Pero no: simplemente cuidaba de que ninguna lágrima cayese al suelo. Se dice que las lágrimas de una hechizada hacen nacer en la tierra las cosas más extrañas. Nos mantuvimos respetuosos, esperando que las lágrimas escurriesen del rostro a la loza blanca. Después, pasó las manos por su rostro y habló:

—Han matado a mi hermano.

Su único hermano, el mozo lelo que heredara los bienes de Hortensia. La noticia era triste y añadía un nuevo elemento a toda aquella historia. El mozo había estallado. Esta vez, sin embargo, era un estallido real, de esos a los que ya antes la guerra nos había habituado. Tan simple como cruel: el mozo había pisado una mina y sus piernas se separaron del cuerpo como un desharrapado muñeco de trapo. Antes de que llegase auxilio, se había ido en sangre. El italiano, nervioso, me sacudió:

—Ese fue el estallido que oímos ayer en casa de su padre.

Con súbita resolución, Temporina se envolvió con un pareo sobre la falda y proclamó:

—¡Voy a salir!

—No puedes, Temporina.

Y la tomé del brazo. Pero no fui capaz de retenerla. Desapareció en el corredor. Intenté seguir en pos de ella. En vano: ya se había disipado entre las calles. Volví a la habitación de Massimo Risi y, de nuevo, sentí el mismo presagio que me había asaltado con ocasión del primer estallido. En la cama del italiano, se acumulaban papeles revueltos. Massimo, con desesperación, los registraba.

—¡Mire!

Señalaba las fotos y los papeles desparramados. Mire, mire, repetía. Agarré unas hojas al azar. Eran papeles en blanco.

—Aquí no hay nada escrito.

—Exactamente. ¡Y mire las fotos!

Eran papeles de fotografía, pero en blanco. Era ése el misterio: aquellos papeles y aquellas imágenes no eran vírgenes. Incluso allí estaban manchados por letras, por imágenes grabadas. Aquéllas eran las pruebas, los materiales que el italiano acumulaba para mostrar a sus jefes.

—¡¿Todo esto se ha borrado?!

—¿Está seguro de que no son otras hojas?

Massimo se agarró la cabeza:

—Me estoy volviendo loco, no aguanto más.

Se quejó de un violento dolor de cabeza. Le sugerí que saliésemos a tomar el aire. Pero el italiano no tenía tiempo para ocios. Saldríamos, sí, rumbo a la administración para enterarnos de las novedades.

En el camino tuvimos el extraordinario encuentro: el padre Muhando, liberado, vagando por las calles a gritos. Intentamos hacerle preguntas, pero nos sacudió. Vociferaba como un poseso contra Dios. Que Él se hubiese llevado al mozo lelo, innominado, era imperdonable. Que tendría que pagarlo, y aquí en la tierra, pues en el cielo es demasiado tarde. El italiano se admiró: ¿finalmente el cura había desistido de estar preso, se había despedido del sueño de salir?

—Aquí no hay verdadera prisión —le expliqué al italiano.

A la entrada del edificio nos cruzamos con Zeca Andoriño, el hechicero más poderoso de la región. El hombre salía furtivamente del despacho del administrador, según las órdenes que le habían dado. Cada vez que el mundo se estremeciese, él debería pasar por la casa de los jefes para hacer una limpieza del lugar y ahuyentar males de ojo.

Zeca Andoriño nos hizo una seña para que lo siguiésemos y fue andando, con el rostro escondido. Caminábamos tras él hasta que se detuvo al abrigo de una sombra. Encarándonos, se fijó en el extranjero como si lo reconociese. Primero, Andoriño habló en su lengua. Lo hacía aposta, pues sabía hablar portugués. Sólo después de unas cuantas frases se dirigió en portugués al italiano.

—Lo he visto antes.

—Debe de haber sido por ahí —respondió Massimo Risi.

—No, lo he visto en mi casa.

—Imposible, nunca he ido —y pidiéndome confirmación—: ¿Hemos ido allí alguna vez?

—Entre, que esa luz le hace doler aún más la cabeza.

Massimo se quedó perplejo. ¿Cómo sabía él lo de su jaqueca?

—Entre, aquí en la oscuridad se sentirá mejor.

Estábamos en la entrada de una de las dos casas de Andoriño. Massimo entró y se quedó a la espera de que el otro dijese lo que había que hacer. El hechicero ordenó que extendiese las piernas y se descalzase. Esta vez, tuve incluso que traducir. El hechicero había dejado de hablar portugués. Volvió a usar la lengua local, expresándose con los ojos cerrados:

—Hay una mujer que ha venido a hablar conmigo.

—¿Qué mujer?

—Me pidió que le hiciese un trabajo.

Le hice una seña al italiano para que no hablase. El hechicero ya no le prestaría oídos. El viejo, siempre con los párpados bajos, parecía variar sobre un tema no tocado. Dijo que había hechizos llamados *likaho*. Una multitud de esos hechizos, cada cual a partir de un animal diferente. Estaba el *likaho* de lagarto: a los hombres se les hinchaba el vientre. Sucedió lo mismo con los ambiciosos: los individuos eran comidos por la barriga. Estaba el *likaho* de hormiga y los hechizados adelgazaban

hasta quedar del tamaño de este insecto. El italiano me miró de soslayo y adiviné su temor. ¿Sería ése el hechizo que lo había visitado en su pesadilla? Zeca Andoriño ensayó una pausa, como si ponderase la confesión. Después dijo:

—El *likaho* de los soldados es de sapo.

—¿De sapo?

—Los tipos engordan hasta quedar como el baobab. Y después ya no caben en su tamaño y revientan.

Preparaba ese hechizo por encargo de los hombres de Tizangara. Celos de los nativos contra los visitantes. Envidia de sus riquezas, ostentadas sólo para hacer que sus esposas se mareasen. Se hacía necesario un castigo contra los machos extranjeros a los que se les iban los ojos. Sobre todo si llevaban el uniforme de los soldados de las Naciones Unidas.

—Ése fue el hechizo que usé contra tales saltamontes.

Massimo ya lo sabía: los saltamontes eran los cascos azules. Finalmente, aquel hechizo comenzaba donde todo el hombre comienza: en el enamoramiento. A medida que avanzaba se iba poniendo caliente y su cuerpo se desarreglaba. El hechizado se iba hinchando sin darse cuenta. Crecía como el sapo frente a su propio miedo. Hasta que, en el preciso momento del orgasmo, estallaba.

El hechicero, por fin, abrió los ojos y recorrió la sala como si acabase de entrar. Miró al extranjero y le sonrió:

—Ahora déjeme que le haga una pregunta indiscreta.

—Adelante.

—Usted se lió con aquella moza anciana del hotel...

—No. Sólo fue un sueño..

—Dígame, de hombre a hombre: ¿sólo un sueño? ¿En su ropa no ocurrió nada?

El italiano se quedó callado. En su rostro se leía la pregunta: ¿entonces por qué no había estallado? Pero estaba tan cohibido que no articuló palabra. El hechicero respondió a la pregunta que él no le había hecho.

—Usted ha recibido un tratamiento.

—¿Tratamiento?

—Usted está inmunizado. Yo mismo le hice el *likaho* de la tortuga. Para protegerlo.

—¿Usted me hechizó? ¿Y por qué razón lo hizo?

—Fue una mujer quien me encargó la tarea de vacunarlo.

Massimo mezclaba miedos con recelos, pavores con temores. Miedo a lo desconocido, recelo a creer, pavor por las enfermedades, temor a los hechizos. Sólo conseguía repetir:

—¿Una mujer?

—Olvídelo, hermano.

—Pero ¿qué mujer?

—Perdone: nunca lo sabrá.

—Pregunto una vez más: ¿qué mujer?

—¿No quería usted saber cosas sobre esos muchachos, los estallados? Entonces conecte el aparato, que voy a hablar sobre el caso del zambiano. Y de los otros también. Pero, a propósito, ¿no ha traído una botellita para soltar la lengua?

Palabras del hechicero Andoriño

Es el perro vagabundo
el que encuentra el viejo hueso.

REFRÁN

¿Qué sé yo del zambiano emasculado? ¿Y del paquistaní? ¿Y de tantos otros que estallaron? ¿Quiere saber cómo acabaron capados? Ahora oiga, Excelentísimo: cada uno deja caer lo que no puede sujetar. Yo, Zeca Andoriño, sujeto bien mis dependencias. No ando por ahí metiendo el pistón en el trombón. Usted lo sabe: todo cae, hasta las nubes del cielo. ¿Quién sufre las culpas de eso? Nadie. Estoy hablando en serio, señor. No sé lo que ocurrió, con todo el respeto de la ignorancia. Cuando nacemos lo sabemos todo, pero no recordamos nada. Después crecemos, vamos ganando recuerdos y reduciendo la sabiduría. Pero yo, aun siendo hechicero, en lo que respecta a este caso, no recuerdo ni sé. Testigos miloculares son los ángeles. Lo mejor es entrevistarlos a ellos. Entreviste a los ángeles, querido señor. Siendo usted no podrán negarse.

Incluso le confieso una cosa, que Dios me perdone: a mí no me gustan los modos de los extranjeros actuales. Cuando éramos antiguos pasaban por aquí los lejanos y despatarraban a nuestras chicas. Pero no se las llevaban de cualquier manera. Nosotros elegíamos, juntos, las muchachas exportables. Ahora no. El desconocido, en un santiamén, ya se convierte en marido sin suegro ni cuñado, ilegal en el respeto de antaño. Yo lo veo a usted, no piense que no lo veo. Sus ojos son pescadores de bellezas. Su red ya se ha fijado en la roca profunda. Esa Temporina ha usado al pez para pillar el cebo, se lo digo yo, hermano.

Un secreto: con Temporina todo era mentira. Ella no era virgen. Sólo supe después que se habían liado ella y el cura. Sí, todo había pasado en la oscuridad, detrás de la cortina. La iglesia, para Muhandó, siempre servía para algo. Esconder sus amores de las miradas envidiosas de los sin amores. Así que quédese tranquilo, estimado Massimo. Aquella piel escamosa no va a durar siempre. Ese es sol de corta duración. Un día, sin que nadie lo intuya, ocurrirá como con las serpientes: ella cambiará la piel, preparada para cualquier verano.

Escúcheme, señor: estoy viviendo sólo en borrador, arrimando unas pizcas de futuro. Es que aquí, en la aldea, nadie nos lo asegura. Ni a la tierra, que es propiedad exclusiva de los dioses, ni a la tierra la eximen de las ganancias. Nada es nuestro en los días de ahora. Llega uno de esos extranjeros, nacional o de fuera, y nos arranca todo de una vez. Lo digo por experiencia propia: no confío en nadie, nos están empujando hacia donde no hay lugar ni fecha cierta.

Por ejemplo: hace días el administrador Jonas me ordenó que evitase las voladuras. Me negué. De buenas maneras, pero me negué. ¿Ahora recibiendo órdenes de un tal Jonás? ¿Aquí, en Tizangara? Él es extranjero, tal como usted. Mis obediencias son a otros poderes. Como usted, que no responde a nosotros. Sus jefes están fuera, ¿no? Pues los míos están aún más fuera. ¿Me comprende?

Vivir es fácil: hasta los muertos lo consiguen. Pero la vida es un peso que deben cargar todos los vivientes. La vida, estimado señor, la vida es un beso dulce en boca

amarga. Cuídese de ellos, amigo. Unos no viven porque temen morir; yo no muero porque temo vivir. ¿Entiende? Aquí el tiempo es de supervivencias. No es como en su tierra. Aquí sólo llega al futuro quien vive despacio. Nos cansamos sólo de ahuyentar a los malos espíritus. No estoy haciéndome el listo. Espere, ya me explico.

Hablo así de nuestros actuales jefes. No debería hablar, para colmo con usted, un extranjero de fuera. Aun así, hablo. Porque esos jefes deberían ser grandes como árbol que da sombra. Pero tienen más raíz que hojas. Toman mucho y dan poco. Fíjese en el malhadado hijo del administrador. Le he encargado un mal destino: el muchacho morirá de tanta riqueza acelerada.

Hay quienes dudan de mis poderes sobre el régimen de esas vivencias. Y preguntan: ¿acaso la hiena se convierte en cabrito? Pero yo puedo preguntar también: ¿es el cuello el que sostiene a la cabeza o viceversa? Pues ese muchacho tendrá que aprender: el hueco ahogará a la hormiga. Se lo digo y usted podrá confirmarlo: el hijo del jefe tendrá que recoger leña si quiere calentar la olla. Pero ése es asunto nuestro, dejémoslo.

Ahora usted me pregunta por esos soldados que desaparecieron. Me pregunta si el soldado zambiano murió. ¿Murió? Bien, murió relativamente. ¿Cómo? ¿Usted me pregunta cómo se muere relativamente? No lo sé, no lo puedo explicar. Tendría que hablar en mi lengua. Y es algo que ni este muchacho puede traducir. Para lo que habría que hablar no hay palabras en ninguna lengua. Sólo tengo habla para lo que invento. Que yo, señor, me parezco al yacaré: soy feo y grandote, pero pongo huevos como si fuese un pájaro. Sin embargo, tengo diferencia con esos bichos. Mis dientes no sirven para asustar. Al contrario: mis dientes son para que los otros me muerdan. Les doy ventajas a mis enemigos. ¿Se da cuenta de qué educación tengo? Hablan mucho de colonialismo. Pero dudo mucho de que eso haya existido. Lo que hicieron esos blancos fue ocuparnos. No fue sólo la tierra: nos ocuparon a nosotros, acamparon en medio de nuestras cabezas. Somos madera que quedó bajo la lluvia. Ahora no encendemos ni damos sombra. Tenemos que secarnos a la luz de un sol que aún no hay. Ese sol puede nacer dentro de nosotros. ¿Me sigue en todo lo que le digo?

Vamos por partes. ¿De quién desconfía usted? ¿De mí? ¿Desconfía de la prostituta? Cómo se nota que usted nunca ha sido puta. Sin ofender. Es que esa historia de los estallidos atenta contra sus ventajas. Es un mal negocio para ella.

Analice bien: ¿qué queda de los estallados? ¿Una pierna? ¿Un ojo? ¿Una oreja? Sólo restan los carajos de los chavales. Sí, el resto se evapora. Me ha tocado ver hombre sin pija. Pero ahora, pija sin hombre, discúlpeme. Usted me mira, de renojo. Y yo le hago otra pregunta: ¿alguien puede sacar toda el agua del mar? Es lo mismo, lo mismísimo. No se saca toda la sangre de un cuerpo. Y más preguntas: ¿por dónde se ha ido la sangre de los que volaron? ¿Por dónde, que no ha quedado ni gota? Usted que es blanqueado, usted no conoce las respuestas.

Y le digo más. La tal Ana Diosquiera es la que implementa los funerales de las pijas. Sí, ella las recoge y les hace un digno entierro. La mujer, pobre, está de los nervios. Cada pija de menos es un luto más para ella, se queda viuda en cada estallido. La chica ya ha sembrado un cementerio completo. Las tumbas varían de tamaño, sólo ella sabe dónde está cada una. Hablo por experiencia cierta, con esos ojos que han de comer la tierra. Las pijas han sido enterradas como fija la ley de aquí: vueltas hacia el poniente, echadas de lado. Los huevos enteros, cada uno al lado del otro, su hermano gemelo.

Estoy casi terminando. Sólo le hago una advertencia: cuando camine mire bien dónde pisa. Le he hecho el likaho de tortuga para protegerlo. Pero usted nunca, nunca, se descuide al pisar. La tierra tiene sus caminos secretos. ¿Me ha entendido? Usted lee el libro, yo leo el suelo.

Y, por fin, sólo un consejo. Es que hay preguntas que no pueden dirigirse a las personas, sino a la vida. Pregúntele a la vida, señor. Pero no a este lado de la vida. Porque la vida no acaba del lado de los vivos. Va más allá, hacia el lado de los difuntos. Busque ese otro lado de la vida, señor.

He dicho. Sólo falta cerrar lo que he dicho. Ya que nadie me desea felicidad yo mismo me la deseo: que yo viva más que el pangolín que cae del cielo siempre que llueve.

El árbol del tamarindo

¿Quién vuela después de la muerte?

DICHO DE TIZANGARA

No resistí. Regresé a mi vieja casa, y allí, bajo la sombra del tamarindo, me dejé arrastrar por los recuerdos. Miré la inmensa copa y pensé: nunca hemos sido dueños del tamarindo. Era a la inversa, en el árbol estaba la casa. Se extendía, soberano, por el patio, levantando el suelo de cemento. Miraba yo ese pavimento, así arrugado por las raíces, alzándose en placas, y me parecía un reptil cambiando de piel.

El tamarindo más su sombra: estaba hecho para albergar añoranzas. Mi infancia hacía nido en ese árbol. En mis tardes de niño, yo subía a la última rama como al hombro de un gigante y me volvía ciego a los asuntos terrenales. Contemplaba lo que en el cielo se cultiva: plantación de nubes, garabatos de pájaro. Y veía a los flamencos, flechas que disparan furtivas por los cielos. Mi padre se sentaba abajo, en la curva de las raíces, y señalaba a los pájaros:

—¡Mira, allí va otro más!

El flamenco parecía retardar su paso. Después, mi madre nos llamaba: a mí abajo y a mi padre adentro.

—Ese hombre, ese hombre —se lamentaba.

—Déjelo tranquilo, madre.

—¡Es que cargo tan sola con nuestras vidas!

No siempre mi viejo se había desocupado de tal modo en vastas perezas. Hubo un tiempo en el que se deslomaba, trabajaba con animales allí en los montes lejanos. Sin embargo, el trabajo no le había sido leal. Antes y después de la Independencia había tenido vastas amarguras. Después, se había acomodado en aquel sopor, detenido en la curva del río. Para tristeza de mi madre, que suspiraba:

—Su padre no se comporta...

El viejo Sulpicio le restaba importancia: tu madre es como el grillo, tiene alergia a los silencios. Y se equivocaba al pensar que él no hacía nada. Porque él, según anunciaba, andaba muy atareado:

—Estoy aprendiendo la lengua de los pájaros.

Lo que a él le gustaba era ver maduro el mango verde. El Sol, decía, madura de noche. ¿Qué hacer? Hay cosas que hacen al hombre, otras hacen a lo humano. Y suspiraba: el tiempo es el eterno constructor de otras. Y el tiempo es el eterno constructor de otras. Por ejemplo, él. De su nombre Sulpicio. Yerro de su destino: había sido policía en tiempos coloniales. Cuando llegó la Independencia lo ficharon, por entender que era uno que había traicionado a los suyos de su raza.

Fue cuando llegó a Tizangara el tal Esteban Jonás. Llevaba puesto un uniforme de la guerrilla y las personas lo miraban como a un pequeño dios. Había salido de su tierra para tomar las armas y combatir a los colonizadores. Mi madre simpatizó mucho con él. En ese momento, dicen, él no era como hoy. Era un hombre que se entregaba a los otros, capaz de otroísmos. Se había marchado más allá de la frontera sabiendo que nunca más podría volver. Había llevado un pesar, había traído un sueño.

Y era un sueño de embellecer futuros, ninguna pobreza tendría ya estera.

—Este país va a ser grande.

Mi madre se acordaba de él proclamando esa esperanza. Cuando nací, mi padre ya había dejado la policía de caza. Y ya Esteban Jonás había dejado de soñar con grandes futuros. ¿Qué había muerto dentro de él? Con Esteban ocurrió lo siguiente: su vida se olvidó de su palabra. El hoy se comió al ayer. Con mi padre ocurrió lo contrario: él quería vivir en ningún tiempo. El resto yo no lo podía entender. Mi padre se fue de casa cuando aún yo era menos que un niño. Pero no se marchó de la aldea. Se quedó al margen, junto a la curva del río. En el mismo cañaveral donde el padre Muhando había descubierto su lugar sagrado. Siempre que lo encontraba, mi viejo parecía distante. Él no se reconocía. No soportaba que le preguntasen sobre su disposición. Y luego, amargo, culpando al mundo:

—¿Y la tierra, nuestra tierra, alguien se ha preguntado si ella se está sintiendo bien?

Sulpicio amaba a Tizangara con dedicación de hijo. Con la extensión de la guerra muchos huyeron a la capital. Incluso las autoridades escaparon hacia un lugar seguro. Esteban Jonás, por ejemplo, se había dado prisa en refugiarse en la gran ciudad. Al contrario, mi padre siempre anunció: sólo saldría de su refugio una vez que los murciélagos abandonasen el tejado. Se había pegado a las paredes como el musgo.

Ahora, bajo la gran sombra del tamarindo, yo cerré los ojos e invoqué añoranzas. ¿Qué se me apareció? Un patio, pero que no era aquél. Porque en ese terreno había un chico. En las manos de ese niño mi recuerdo tocaba unas tristezas, cositas tiradas a la basura. Artes de la niñez era hacer de esas cosas un juguete. Pertrechos de mago, convertía el cosmos en un juego desarmable. ¿Y cuál era ese juguete? Yo no lograba distinguir eso en mi sueño. Sólo se me presentaba la neblinosa memoria del niño escondiendo el juguete entre las raíces del tamarindo.

Abrí los ojos, en el sobresalto de un ruido. Era mi padre que se acercaba.

—¿Qué estás buscando?

—Nada.

Me hizo un gesto para que esperase. Se agachó entre las ramas y recogió algo.

—¿No será esto lo que buscas?

Sí, era mi viejo juguete. Me acerqué despacio, para observar el objeto. Y, finalmente, ya en mis manos, adiviné su formato: era un flamenco. Entre alambres y lienzo yo había construido el animal volador que mi madre había armado en la fantasía de su historia. El juguete parecía ahora sobrar en mis manos. Lancé el muñeco al aire, las plumas blancas y rosas se desparramaron y demoraron una eternidad en caer. Mi viejo recogió una de esas plumas y la acarició entre sus dedos.

Aquel reencuentro con mi infancia me insufló un valor inesperado y me salió la pregunta, sin preparación:

—¿Yo soy realmente su hijo? —¿De quién si no?

—No lo sé, madre...

—Las madres, las madres. ¿Qué fue lo que ella te dijo?

—Nada, padre. Ella nunca me contó nada.

—Pues te voy a decir una cosa...

Y se calló. Su voz se estranguló, parecía haber desistido en medio de la garganta. Intentó comenzar de nuevo, pero volvió a desistir. Se pasó la mano por el cuello como si se limpiase la voz por el lado de fuera. Al cabo de un rato infinito, volvió a hablar:

—Tú eres mi hijo. Y nunca más vuelvas a dudar de ello.

Sus dedos tamborileaban sobre los labios, lacrando lo dicho. Hasta podía contarme cómo había sido concebido. No me habían generado enseguida, al principio del matrimonio. Ni de una sola vez. Cuando él y mi madre se arrastraban el ala, siempre que lo hacían, el cielo se precipitaba en lluvia. Debajo del diluvio, la pareja se había seguido amando. Haz cuenta de que no había mundo ni lluvia. Tenían sus razones: pues hacía años sin cesar que venían fabricando a su único primer hijo. Se amaban sin paraje. Cada vez que sus cuerpos se cruzaban, decían, estaban fabricando una porción más del cuerpo del venidero.

—Esta noche vamos a hacerle los ojos.

Como ése era el producto de esa noche, eligieron hacer el amor bajo todo el claro de luna. Eligieron un descampado justo debajo de la luna. Y así lo hicieron, iluminados, dando seguimiento a la confección del niño. ¿Cuánto tiempo anduvieron en eso? Se encogían de hombros: un niño completo puede tardar más que la vida.

—¿Me entiendes, hijo? Fuiste concebido durante toda mi vida.

La sospecha me asaltaba: Sulpicio imaginaba aquella historia, en aquel preciso momento. Me fabricaba descendiente. Se eternizaba, como una ilusión. Sin embargo, yo lo admitía. Al fin y al cabo, todo es creencia. De repente, cambió de tema, a ciento ochenta grados.

—¿Y el extranjero?

—¿Massimo? Se quedó en la pensión.

—No dejes nunca que él te mande.

Que anduviese con él, porque andar con un blanco podía añadirme respetos. Pero ser mandado, nunca. Incluso los blancos del pasado nunca gobernaron. Sólo les dimos, con nuestra debilidad, la ilusión de que nos gobernaban.

—Ni siquiera estos de ahora, estos hermanos nuestros, colonizadores de dentro, mandan como piensan.

De repente, se cansó de hablar e hizo ademán de retirarse. Antes me comunicó:

—Alguien ha dejado allí, encima de la mesa, unos papeles para ti.

—¿Quién?

—Ese bellaco de Chupanga. Ha dicho que no quería dejarlos en la pensión por causa del italiano.

Abrí el sobre. Por primera vez, sentí que me invadía el miedo al leer el escrito del administrador. Como si sus palabras me espiasen a mí.

El regreso de los héroes nacionales

La orina de un hombre
cae siempre cerca de él.

REFRÁN

Camarada Excelencia

El motivo de este informe es la urgencia de la situación en esta localidad, en el ámbito de los explosivos acontecimientos y de los acontecimientos explosivos. La situación en sí es muy pero que muy grave, fuera del control de las estructuras político-administrativas. Sospechamos sabotaje del enemigo, en gran medida para desacreditarnos frente a la comunidad mundial. Incluso he desconfiado del padre Muhando. Llegó a estar, bajo mi mando, aprisionado. Pero él no es capaz de nada. Sospecho, sí, de Ana Diosquiera, cuya existencia ha hecho muchos gastos en el corazón de las masas populares. Esa mujer, dicho sea de paso, merece un párrafo aparte.

Ella es una mujer de mala vida, de pago rápido, cuyo cuerpo ya ha sido patrocinado por el público masculino en general. Hasta con respecto a mi vida la tal Ana ha sembrado la confusión, creando tristes díceres sobre mi digna conducta. Esos rumores han recorrido la aldea y los barrios de chabolas. Es verdad, hasta los chabolistas solían hacerme comentarios. Como muy bien dice el Camarada Su Excelencia: el vulgo lleva heridas en la espalda, los jefes las llevan en la frente. ¿Cuál es el avieso objetivo de Ana? Para mí es venganza. No olvidemos que la detuvieron y trasladaron a un campo para ser reeducada, cuando se llevó a cabo el Operativo Producción. O puede ser un problema conmigo, un rollo mal resuelto. De éstos: amor con amor se apaga.

Mi parienta Ermelinda no para de insistir en que detenga a Ana Diosquiera. Mi esposa siente muchísimo odio por la tal mujer. Para ella todo está claro: la prostituta es la que hace accionar las voladuras. Que yo lo sé y que hago cuenta de que no hay pruebas. Sin embargo, me pregunto: ¿voy y la meto en el calabozo así como así, como si nuestro país fuese tierra de derechos inhumanos? ¿Para colmo teniendo cerca el hocico de ese grupo extranjero que anda por ahí husmeándonos?

Estoy muy preocupado, a punto de morir de pánico. Ese italiano, ese cura, el hechicero, junto con todos esos grupos. ¿Qué quieren? ¿Adonde van a ir a parar? El otro día incluso tuve un sueño. Hacíamos las ceremonias para convocar a nuestros héroes del pasado. Llegaron Tzunguine, Madiduane y los demás que combatieron a los colonialistas. Nos sentamos con ellos y les pedimos que pusiesen orden en nuestro mundo de hoy. Que expulsasen a los nuevos colonialistas que tanto sufrimiento han provocado en nuestra gente. Esa misma noche desperté con Tzunguine y Madiduane sacudiéndome y ordenándome que me levantara.

—¿Qué estáis haciendo, héroes míos?

—¿No has pedido que expulsemos a los opresores?

—Sí, así es.

—Pues entonces te estamos expulsando a ti.

—¿A mí?

—A ti y a los otros que abusan del Poder.

¿Ha visto? Ese fue el sueño, una vergüenza. Pues también el Camarada Excelencia entraba en él. Recibiendo puntapiés, como yo. ¿Los combatientes de nuestra gloriosa Historia echándonos a patadas fuera de la Historia? Pero lo más grave, en esa pesadilla, fue lo siguiente: los héroes amenazaron a mi hijo Jonassane diciéndole que, si no devolvía las tierras que ocupaba, lo harían desaparecer de inmediato de allí. ¿Y qué me dice si le digo que, al día siguiente, ya fuera del sueño, en plena vida real, mi hijo no daba señales de aparecer? Parece, al fin, que el muchacho huyó al país vecino. Y peor: llevándose parte de mis ahorros. ¿Es esto obra de fuerzas explicables?

Y ahora, Excelencia, le pido mil disculpas, pero voy a hacer una autocrítica. Porque, al fin y al cabo, nosotros andamos gritando blasfemias contra los antepasados. Quiero decir que, de otra manera, no se entiende cómo comenzaron a ocurrir cosas que nadie puede creer. Por ejemplo, la semana pasada un burro parió un niño. Nació una persona con piel y pelo, como Su Excelencia y yo. Pero permítame, no vale la pena mezclar su honroso nombre con un asunto de burros y no burros. Sin embargo, ocurrió, fue así, un bebé nacido de un animal macho. Y aún más extraño: el niño venía calzado con botas militares. Fue un choque muy pero que muy enorme. El periodista local de la radio, el radiofónico incluso quería dar la noticia, pero yo no lo autoricé. Son cosas que dan vergüenza en términos de civilización y democracia. Para no hablar del prestigio de las gloriosas fuerzas armadas, allí representadas por botas y cordones. Ya es bastante con el tole tole que nos cae por esa inmundicia de los estallidos.

Me llamaron para comprobar la verdad del acontecimiento del burro. Pero me negué. Confieso, Excelencia, que sentía recelo. No miedo, recelo. ¿Y si todo fuese realmente la pura verdad? ¿Cómo se puede combinar la explicación de la cosa, conforme la actual vigencia de ideas? ¿O incluso según la antigua coyuntura marxista-leninista? ¿Sabe lo que le digo? El cielo está en obras, sólo ha caído óxido de las nubes. Dios lo perdone, Excelentísimo. Pregunto una cosa, Excelencia: ¿usted está soñando normalmente? Sí, ¿los sueños se conciertan en su cabeza? Es que en mí no. Despierto lleno de tics y aspavientos. Le digo, por descargo de inconsciencia: me he convertido en un aspaventero, parezco uno de esos *xidakwas*, esos curdas sin destino.

He analizado su última carta y coincidido bastante con su esclarecida opinión: es un problema que yo sea del sur, que no hable la lengua de aquí. Pero el hecho de que mi mujer sea una legítima nativa me puede ayudar. Debido a lo prolongado de las líneas no me extiendo más, saludando su firme liderazgo en los asuntos del Estado y las transformaciones capitalistas en marcha en favor de las masas populares.

P. D. Como anexo, le confieso: mi mujer, incluso ella, ya presenta un comportamiento un poco así. Pues una tarde de éstas asistió a una de las ceremonias que se celebran entre las poblaciones. Fue allí. Palabra de su honor, Excelencia. Haber ido ya es grave. Pero no se limitó a asistir. Danzó, cantó, rezó. Es verdad, Excelencia, no fue ella quien me lo dijo, fue un informe de los del servicio de seguridad. Cuando llegó a casa ya era muy avanzada la noche, mostrando un cansancio lamentable. No dijo nada, no comió, no nada. De repente, soltó un suspiro y con una voz que nunca le había oído dijo:

—¡Marido, esta noche va a estallar un soldado más!

¿Y quiere saber lo peor? Fue mi sentencia, mi derrota. Pues esa misma noche se consagró un accidente más con uno de esos nacionunidenses. El tipo se desintegró todito, no quedó ni polvo de él, lavado sea Dios. ¿Cómo interpreto yo esas actitudes? Ya se me había ocurrido que Ermelinda podía estar metida en el asunto. Pero esa sospecha vino y se fue. No puedo imaginarme metiendo en prisión a la madre del hijo de su anterior marido.

¿Qué puedo hacer? ¿Trasladar a mi propia esposa a la capital? ¿Declararle una enfermedad, ingresarla en el puesto sanitario, con cincuenta? Estoy escribiendo torcido por renglones rectos, discúlpeme los atrevimientos. Junto con el portador de esta carta van los cabritos que me pidió y algunas damajuanas de aguardiente de palma. Son siete animales y veinticinco unidades de bebidas. Compruébelo, por favor, para evitar la tentación de desvíos por parte de los cuadros medios.

El pajarillo en la boca del cocodrilo

No me basta con tener un sueño.
Yo quiero ser un sueño.

PALABRAS DE ANA DIOSQUIERA

Entré en la habitación de Massimo y en multitud los papeles se desparramaban por todos los muebles.

—¡No me diga que se han borrado las letras otra vez!

—No.

Tuve entonces un acceso de frío. El italiano empaquetaba sus cosas. Se marchaba. Me ensombreció una inesperada tristeza. ¿Le había tomado afecto ya al extranjero?

—¿Se va?

El hombre asintió, sólo con un gesto de la cabeza. Yo intenté darle ánimo: ¿iba a desistir, echarse atrás? ¿Abandonaba su afán de promoción así, a mitad de camino?

—¿Qué camino?

Yo no sabía responder. Tenía razón. Había, cuando mucho, un laberinto. Cuanto más tiempo allí, más perdido él acabaría. Así, acomodando sus ropas en la maleta, parecía plegar su propia alma. En cierto momento se detuvo, con una sonrisa extraña. ¿Por qué se reía?

—¿No me dijo que yo debería contar historias? Pues me acuerdo ahora de una.

—¡Finalmente una historia! Cuéntela, Massimo.

—No es una historia, es un recuerdo. Me acordé de lo que le hacían a mi abuelo, cuando envejeció allá, en Italia.

—¿Qué le hacían?

Por la noche llevaban al viejo a la prostituta. Llamaban a la meretriz aparte y le pedían que le diese ternura. Simple cariño sin anexos ni sexo. Al final, el plazo del viejo ya había pasado. La meretriz, que simplemente cantase para hacerlo dormir. Así acordaban con ella, sin que el viejo se diese cuenta. Y le pagaban incluso más para que, al día siguiente, confirmase la mentira del éxito de él. ¡Tanto vigor ni los más jóvenes! Familiares y prostituta alardeaban de la frescura del viejo, participando en la farsa. Lo que ocurrió, con los años, es que la muchacha se convirtió y se dedicó en exclusiva al anciano abuelo. Nunca más volvió a conocer a otro hombre. Hasta que un día, la prostituta apareció embarazada. A nadie le quedaban dudas: el niño debía de ser del abuelo.

—¿Y por qué, Massimo, se acuerda de eso?

—Ese niño soy yo.

Preferí no decir nada. No me parecía verdad esa confesión suya. ¿Por qué me entregaba a mí ese secreto? Pero el italiano proseguía: que había un destino, sí. Ese destino lo había guiado hasta allí, lo había atraído hasta esos confines y le había entregado, incluso, una prostituta que guardaba secretos.

—La mano de un buen santo me ha protegido.

Sólo ahora valoraba esa protección. Durante varias noches seguidas, no había dormido por miedo a explotar como los otros. ¿No sabía yo por qué él se había librado? Si se había mantenido no explosivo era porque había recibido el beneficio de

una bondadosa protección. Había sobrevivido gracias a un amor.

—¿Y cree en eso, Massimo? ¿Cree en esas cosas nuestras?

Lo importante no era la verdad del asunto. Lo que contaba era que alguien había intercedido por él. Esa era la única verdad que le interesaba.

—¿Y quién cree que ha sido?

Creía que había sido Temporina. Su corazón se lo decía. Yo sabía que la anciana moza no podía encargarse de un hechizo. Ninguna mujer puede solicitar el servicio de un curandero sin llegar a ser madre.

—No ha sido Temporina. Ha sido otra.

El sonrió, seguro de que había sido Temporina. Siguió liando sus petates. En ese momento, parecía quedarle una casete. Recordó: era una declaración de Ana. Tenía allí una grabación que él solo había registrado. Una tarde en que yo había ido a la administración, el italiano había visitado a la prostituta.

—¿Así que usted anda por ahí sin mí? ¿Sin su traductor oficial?

El europeo se avergonzó. Comenzó a justificarse, pero yo lo eximí de culpas. Massimo todavía vaciló. Sin embargo, acabó conectando la grabadora y los dos nos callamos para escuchar la voz de Ana Diosquiera:

Cuídese, Massimo Risi: la boca es grande y los ojos son pequeños. O como se dice aquí: el burro come espinas con su lengua suave. Este lugar es más peligroso de lo que usted piensa. ¿Peligroso por qué? Lo descubrirá como lo haría el pato. Sí, como el pato que descubre la dureza de las cosas sólo después de romperse el pico.

Es que en medio de todo hay sangre, muertos a los que no les han cubierto el rostro. Esos muertos han dormido al sereno, han impurificado la noche. Para usted, seguramente, eso no es grave. Aquí no es la muerte, sino los muertos los que importan. ¿Entiende? Aún morirá más gente, se lo aseguro. No ponga esa cara. Yo espero que la desgracia ocurra a sus espaldas, ya que usted me parece un hombre bueno.

Fui enviada aquí por el Operativo Producción. ¿Quién se acuerda de eso? Abarrotaron camiones con putas, ladrones, todos mezclados con gente honesta y los mandaron lo más lejos posible. Todo de un día para el otro, sin aviso, sin despedida. Cuando se quiere limpiar una nación, sólo se producen suciedades.

En Tizangara incluso me recibieron bien. Esta gente se apartaba, como no queriendo contaminarse. Al principio yo me sentía como en una prisión, sin rejas, pero rodeada por todos lados. Estaba como el prisionero que encuentra en el carcelero el único ser con quien hacer intercambio de humanidades. Y me pregunto: ¿por qué nos enseñaron esa mierda de ser seres humanos? Sería mejor ser animales, puro instinto. Poder violar, morder, matar. Sin culpa, sin juicio, sin perdón. La desgracia es ésta: sólo unos pocos han aprendido la lección de la humanidad.

En cierta ocasión, huí. Me metí por los matorrales hasta donde el bosque se despeina incluso sin viento alguno. Me quedé tumbada como muerta, junto a un puente en el lecho seco del río. Sentí que llegaba alguien, me alzaba en sus brazos. Yo estaba leve como entraña de murciélago. Me llevaron a una casa bonita, ni siquiera les habían enseñado a mis ojos a contemplar tales bellezas. Nunca identifiqué a quien me trataba: yo estaba exhausta, todo me llegaba entre nieblas y mareos. Después me dejaron en la iglesia cuando ya había vuelto en mí. Hoy creo que todo fue un sueño. Esa casa nunca existió. Y, si existió una casa semejante, se ha derrumbado, convertida en polvo sin recuerdo. Es que todas las mujeres del mundo duermen al sereno. Como si todas fuesen viudas y se sometiesen a los rituales de la purificación. Como si todas las casas hubiesen enfermado. Y el luto se extendiese por todo el mundo. A veces, en breves momentos de alegría, hacemos cuenta de que reposamos sobre ese techo perdido. A veces me parece reencontrar esa voz que me salvó, esa casa que me dio abrigo.

Estos poderosos de Tizangara tienen miedo de sus propias mezquindades. Están rodeados, en su deseo de ser ricos. Porque el pueblo no les perdona el hecho de que no repartan riquezas. La moral aquí es así: enriquecete, sí, pero nunca solo. Los pobres de dentro los persiguen, no los respetan los ricos de fuera. Me dan pena, mucha pena, siempre tan serviles.

Así aprendí mis sabidurías: paso como penumbra en el poniente. Soy una persona muy compatible. Como esos pajarillos que comen en la boca del cocodrilo. Le quito restos de los dientes y él me acepta. Me protejo encontrando cobijo en el centro del peligro. Mi vida es un ajuste de cuentas, un negocio entre dientes y mandíbulas de los matadores.

Aprenda esto, amigo. ¿Sabe por qué me gustó? Fue cuando lo vi cruzar la carretera, el modo como andaba. Un hombre puede medirse por su manera de andar. Caminaba, timinado, como un niño que siempre está yendo a clase. Fue eso lo que aprecié. Usted es un hombre bueno, lo vi desde la primera vez que lo vi. ¿Recuerda que hablé con usted el día de su llegada? Allí, en el lugar de donde usted viene, también hay gente buena. Y eso me basta para tener esperanza. Aunque sea sólo uno. Uno aunque más no sea, me basta.

Al verlo, desde el primer día, me dije: éste se va a salvar. Porque aquí hace falta callar la sabiduría para sobrevivir. ¿Conoce la diferencia entre el sabio blanco y el sabio negro? La sabiduría del blanco se mide por la prisa con la que responde. Entre nosotros, el más sabio es aquel que más tarda en responder. Algunos son tan sabios que nunca responden.

Actúe así, Massimo: no aspire a ser el centro de nada. La importancia aquí es muy mortal. Fíjese, por ejemplo, en esas avicillas que se posan en el lomo de los hipopótamos. Su grandeza es su tamaño mínimo. Ese es nuestro arte, nuestra manera

de hacernos mayores: aguardando en las espaldas de los poderosos.

Disculpe, tengo que interrumpir esta declaración, pero usted me está confundiendo. ¿Por qué me está mirando así? Me desea, ¿no es así, Massimo? Pero no puede ser. Con usted no puede ser. Si usted me toca, morirá.

—Sé protegerme, he traído preservativos.

—No es eso. Esta es otra enfermedad.

—Entonces, ¿cómo es que moriré?

—Las mujeres aquí han sido tratadas...

—¿Tratadas cómo?

—Olvídelo, Massimo. Olvídelo, alguien le explicará todo más adelante.

Quién sabe si más tarde podremos encontrarnos, lejos de todo esto. Ahora, sólo voy a contarle cómo sucedió aquella noche lo del zambiano. Nunca se lo he contado a nadie, usted es el primero en saber lo que ocurrió. Pues ese soldado me visitó sin guardar las maneras. El hombre no perdió tiempo con besos. Usted sabe cómo es mi gente. Se me echó encima, sin preparación, más baboso que un perro. Y allí se sirvió, siempre encima de mí, completamente desnudo, excepto la gorra en la cabeza. Sudado, haciéndosele agua la piel, gemía entre jadeos. Los suspiros y los gemidos iban creciendo, cada vez más frecuentes, y yo que me sentía aliviada al ver que la cosa terminaba. Fue en ese instante cuando, en vez de correrse, el tipo reventó, con estruendo. Me llevé un susto casi de muerte. Cerré los ojos. Ya había oído hablar de eso, de los extranjeros que estallan cuando montan a las chicas. Sin embargo, a mí nunca me había ocurrido, nunca. Yo no quería siquiera abrir los ojos, ver la sangre toda salpicada, con las tripas colgando de las lámparas. Pero finalmente no tuve que limpiar nada. El hombre había estallado como un globo. Aquel viviente se había hecho trizas sin dejar rastro.

Y ahora vayase. Dé media vuelta y no vuelva hacia atrás. No intente mirarme. Pues me vería echándole un ojo deseoso. Vaya, que otro tiempo habrá de visitarnos.

La voz manuscrita de Sulpicio

Yo querría morir siendo víctima
de la mejor fórmula de vida:
bebida fiel y mujeres confusas.

DECLARACIÓN DE SULPLICIO

Esa mañana mi padre llegó cuando Massimo aún dormía. El viejo irrumpió en mi habitación y observó todo como un perro husmeando desconfianzas. Se detuvo junto a la mesa donde el italiano había dejado la grabadora.

—¿Esta máquina es la que fotografía las voces?

—Sí.

—Qué vergüenza, hijo mío. Qué vergüenza.

—¿Qué vergüenza qué? —pregunté.

Para él estaba claro: ¿cómo podía yo estar capturando las palabras de mis compatriotas en una caja como ésa? ¿Qué destino tendrían dentro de aquella caja nuestras voces? ¿Quién podía asegurar que no sería para hacer hechizos allá en Europa? Hechizos contra nuestra pobre tierra, ya tan martirizada.

Me decidí a conceder alguna explicación. Mi viejo estaba fuera de moderneces. Tizangara estaba muy lejos, él era muy remoto. Pero, para mi sorpresa, antes de que yo comenzase con mi explicación, mi padre me pidió que conectase la grabadora.

—Conecta esa máquina de porquería.

—¿Para qué, padre?

—Quiero ver mi voz escrita ahí.

Y Sulpicio habló. Le pedí que se acercase al micrófono. Dijo que no le daría semejante confianza a la máquina. Que su voz era fuerte. Y me dijo a mí sus inolvidables palabras. Lo que dijo quedó registrado. Superando la sospecha de malignos aprovechamientos. He aquí sus palabras:

Para ti, hijo mío, para ti que has ido al colegio, el suelo es un papel donde todo se escribe. Para nosotros la tierra es una boca, el alma de una caracola. El tiempo es el caracol que enrolla esa concha. Acercamos el oído a esa caracola y oímos el principio, cuando todo era antaño.

Mi primer recuerdo son los hombres a la caza del flamenco. Vivíamos en la margen de esas lagunas, allí donde pastan las grandes aves. Tu abuelo nos llevaba a mí y a tu tío a cazar. Nos enseñaba a ser hombres, con su carga de crueldad. Mi tío se quedaba escondido detrás de un árbol de mango. Empuñaba revelando su vigor un palo largo. Mi padre se alejaba, disminuido en la lejanía, más allá de las salinas. Yo lo veía nublarse más allá de esa mancha rosácea, cuando los vapores del mediodía hacen de todo un espejismo.

De repente, tu abuelo batía palmas y corría, a gritos para ahuyentar a los animales. ¿Llegó el flamenco después del avión? Pues él no se yergue en el aire, en inmediata ascensión, como los demás pájaros. Ellos se impulsan a sí mismos para volverse aéreos. También aquellos flamencos enarbolaban sus cuellos, desarraigaban sus pies, atizaban sus largas patas por el pantano. El suelo reblandecido parecía rechazar las velocidades, amortiguando la llegada de la muerte.

Y allí llegaba la junta de zancudas, descomidiéndose en la fuga. Y mi tío se preparaba, en el escondrijo del tronco. De repente, el palo cortaba el aire, traaaas, y era palo contra palo, se oía la embestida, las patas del ave descubrían súbitas nuevas rodillas y se abatían como el fino arbusto ante el relámpago.

Ya derribado, el pájaro semejaba una larga cinta rosa que se retorciera en una sábana de ceniza. En la agonía, las plumas blancas se iban agrisando, el cuello convertido en serpiente ciega.

Mi tío salía a gritos del árbol. Yo me quedaba plantado observando esa tristeza. Mi padre acudía y ordenaba:

—*Kufa mbalame!*⁴

Era la orden de matar al pájaro. En las manos de mi hermano, el palo cumplía el mandato, el animal sucumbía. Aquel golpe se acurrucaba en mi alma. El pájaro moría en mí. Lo peor, sin embargo, aún no había llegado. Por la noche, yo estaba obligado a comer aquella carne. Mi padre creía que me faltaba dureza, prontitud en matar. Debía entonces comer aquel destrozo. Para ser hombre. Me negaba.

—Come, chaval, haz cuenta de que es pescado.

Y me pegaba. Hasta que yo fingía que, en la oscuridad, masticaba aquella carne. Una de esas noches maldije a mi viejo. ¿Y sabes qué? El falleció esa noche. Incluso oí sus gritos, todo él temblaba, le salía una espuma verde por la boca. Mi tío me culpó, proyectó en mí toda su rabia. Desde entonces me perseguía, menoscabando mi estima:

—Se está volviendo un poco afeminado.

Yo me sentía frágil, perseguido por esa vergüenza. Matar a los flamencos era una prueba de virilidad en la que me habían suspendido. Y me quedé amilanado, inferior, cabizbajino. Hasta que conocí a tu madre y ella me salvó de ese fondo sin fondo. Los hombres son así, simuladores de fuerza porque tienen miedo. Ella me tocó, leve, y dijo:

—Tú eres fuerte, no hace falta que le demuestres nada a nadie.

Entonces inventó la historia del flamenco. Dijo que era una leyenda en sus orígenes. Pero que era mentira. Ella misma la había inventado, sólo para apaciguar a mis fantasmas.

Mi padre se calló. Estaba emocionado, una añoranza le atravesaba la garganta. Salió y se quedó en el balcón mirando la noche. Desde donde estaba, me dijo:

—Ahora vuelve atrás y haz que eso suene. Quiero escucharme.

Dejé que la grabadora reprodujese sus palabras, tan recientes que parecían eco. Él se oyó, maravillado, moviendo la cabeza en constante asentimiento. Por fin, añadió una orden a otra orden:

—Y no quiero que ese italiano escuche mis palabras. ¿Has oído? Aún no confío al cien por cien en ese hijo de su madre.

—Pero, padre, ese italiano nos está ayudando.

—¿Ayudando?

—Él y los otros. Nos ayudan a construir la paz.

—En eso te equivocas. No es la paz lo que les interesa. Por lo que se preocupan es por el orden, el régimen de este mundo.

—Pero, padre...

—Su problema es mantener el orden que les hace ser patrones. Ese orden es una enfermedad en nuestra historia.

Por tal enfermedad, según él, se rehacía en nosotros esa división de existencias: unos criados de los patrones y otros criados de los criados. La apuesta de los poderosos —los de fuera y los de dentro— era una sola: probar que sólo se nos podía gobernar siendo colonizados.

—Tú dijiste, hace poco, que yo no era moderno.

—Fue sin ánimo de ofender, padre. Me refería a la grabadora...

—Antiguamente queríamos ser civilizados. Ahora queremos ser modernos.

Seguíamos, al fin y al cabo, prisioneros de la voluntad de no ser nosotros. El viejo Sulpicio, en ese momento, parecía demasiado palabrero. Tuvo miedo a estar malgastando pensamiento. Y, después de una pausa, añadió:

—Borra mi voz de ahí, no quiero que jueguen con ella.

Las revelaciones

Quien viste al hipopótamo es la oscuridad.

REFRÁN

Al día siguiente, muy temprano, el italiano salió con Temporina. Iba al río a despedirse del padre Muhando. Yo decidí ir a casa del administrador para informarle que el delegado de la ONU se disponía a marcharse. Sin embargo, justo a la entrada me sorprendió un enorme barullo. Había gritos, tumulto de gente peleando. La puerta estaba entreabierta, entré sin ningún permiso. En la sala estaban Esteban Jonás, Chupanga y Ana Diosquiera. Ninguno de ellos reparó en mi presencia.

Esteban Jonás sujetaba a Ana Diosquiera de un brazo. La atraía hacia sí y después la empujaba contra la pared. Y gritaba: ¡Putas, putas, putas! Que daba la orden de detenerla, acusada de ser la culpable de las muertes extranjeras. Chupanga pedía calma. Ya la prostituta en el suelo, el pie del administrador voló hacia ella. Ana Diosquiera, inclinada sobre un brazo, alzó el rostro y gritó:

—¡Eres una mierda! ¡Te voy a denunciar!

Otro puntapié. Ana sangraba y su rostro perdía contorno. Me hice visible, a ver si paraba la violencia. El administrador me miró sorprendido. Me iba a ordenar, sin duda, que saliese. Sin embargo, la voz de Ana Diosquiera se sobrepuso:

—Eres tú el que estás matando personas. ¡Eres tú, Esteban Jonás!

—¡Cállate!

—¡Tú eres el que manda colocar las minas! Tú el que matas a nuestros hermanos.

—No le haga caso, está loca —dijo él dirigiéndose a mí.

—Yo te he visto sembrando las minas, yo te he visto...

Esteban había llegado al límite y ordenó a Chupanga:

—¡Acabad con esa tipa!

—¡Tú, Jonás, no tocas a esa mujer!

La orden venía de la puerta. Todos nos volvimos y nos encontramos con Ermelinda, con las manos en las caderas. Esteban incluso se frotó los ojos ante la visión. La esposa, esta vez, se presentaba como una dama, la primerísima. Y la orden de ella volvió a imperar:

—¡No tocas a esa mujer!

—Tú, Ermelinda, no te metas en esto. Y tú, Chupanga, ¿no me has oído? Acaba con esa basura.

—No se mueva, Chupanga —fue la contraorden de Ermelinda.

Chupanga, extrañamente, se quedó quieto. ¿Por primera vez desobedecía a su jefe? Esteban observaba la escena, atónito. La Primera Dama cruzó la sala y se arrodilló junto a Ana Diosquiera. Le pasó la mano por la cabeza y dijo:

—¡Te pondrás buena, hermana mía!

Los ojos de Ana eran dos ventanas de asombro. Como si ella, por fin, recordase aquella voz que buscaba en el pasado, el neblinoso ser que ya le diera la bendición de revivir. Al final, había sido la propia Ermelinda quien la había recogido y le había dado el primer refugio en Tizangara.

La prostituta encogió el cuello para rendirse a la caricia de la otra y las dos lloraron. Los hombres, nosotros, escuchábamos en silencio. Ellas eran dueñas, exclusivas, de lo que allí ocurría. Ana se incorporó ayudada por Ermelinda, cuya voz se oyó mientras se internaban en la sala:

—Sal de esta casa, Esteban.

—¿Salir de mi casa? ¿Para ir adonde?

—Vete con Jonassane. No quiero volver a verte nunca más.

Y las dos mujeres salieron. Chupanga hizo un aparte con el administrador y se quedaron murmurando, durante largos minutos. Sin duda se interrogaban sobre el inesperado giro de Ermelinda. Yo adivinaba la explicación: la mujer seguía el consejo de Zeca Andoriño. Sí, porque, para ellos, ideas de mujer se explican en cabeza de otro hombre. De repente, el adjunto se levantó y se despidió. Se volvió hacia mí y me invitó a que saliéramos juntos.

Chupanga tenía prisa. Me ordenó que regresase a la pensión, junto al extranjero. Se metió en el coche y aceleró entre nubes de polvo. Yo seguí a pie, por atajos, hasta el río. Encontré a Massimo con el padre Muhando. Temporina estaba sentada, junto al tronco. Conté lo que había ocurrido. De inmediato, Temporina tomó la decisión: fue a la casa de la administración. Apoyaría a Ana Diosquiera, se uniría a las otras mujeres. Ellas, en sí, componían otra raza.

Nos quedamos callados, mientras el padre Muhando agitaba el brazo como si lanzase puñetazos al aire.

—¡Yo siempre he desconfiado de todo eso!

Él ya había descubierto la trapaza, pero los poderosos del lugar le prepararon la celada. El plan era sencillo y suficiente: unas cuantas bebidas. El religioso, pues, ya empinaba el codo por gusto y devoción. Aprovecharon y explotaron a fondo el vicio del cura. Hasta que el sacerdote acabó desacreditado.

—¿Ha entendido ahora, mi querido extranjero?

En las palabras del cura, las elucubraciones parecían tan claras como improbables. Ocurría, pues, lo siguiente: parte de las minas que se quitaban regresaba, después, al mismo suelo. En Tizangara todo se mezclaba: la guerra de los negocios y los negocios de la guerra. Al final de la guerra quedaban minas, sí. Unas cuantas. Sin embargo, no era algo que hiciese prolongar tanto los proyectos de desminado. El dinero desviado de esos proyectos era una fuente de ingresos que los señores locales no podían desperdiciar. Fue el hijo del administrador quien urdió la trama: ¿y si alterasen los números, inventasen constantes amenazas? Valía la pena. Se plantaban y desplantaban minas. Hasta cabían unas muertes de signo diverso, para dar más crédito al plan. Pero era gente anónima, en el interior de una nación africana que apenas sostiene su nombre en el mundo. ¿Quién se ocuparía de eso?

—¡Pero después vino ese escopetazo!

—¿Qué escopetazo, padre?

La muerte de los cascos azules. Que estallasen extranjeros fue lo que desmontó el esquema. El hechizo de los rimbombantes perjudicó la trapaza. Atrajo atenciones indebidas. La verdad de las minas pedía pruebas de sangre. Pero sangre nacional. Nada de hemorragias transfronterizas. Ante la difusión del escándalo, el administrador llamó al hechicero y dio orden de que aquello terminase, de inmediato. Ningún soldado más de la ONU podía desaparecer.

—¿Y Zeca Andoriño qué respondió?

Zeca mintió, dijo que aquello era un hechizo venido de fuera. Que eran fenómenos foráneos, dirigidos por fuerzas mayores. Y dijo que él estaba inerme frente a aquellos actos sobrenaturales.

—¿Y qué hacemos ahora, padre Muhando?

—¿Usted no es de las Naciones Unidas? Usted debería salvarnos, señor Massimo.

Massimo no respondió a la ironía. Todo se mezclaba en su cabeza: la decisión de retirarse, abandonar Tizangara, parecía estar en entredicho. Pero se sentía incapaz de pensar. Fue Muhando quien opinó:

—Sería bueno pillar a ese tunante del administrador. A él y a su siervo, Chupanga.

De repente apareció Temporina, corriendo. Llegaba alborotada, al borde de la locura. Tropezaba con las noticias que traía. Chupanga había vuelto a la administración a recoger a Esteban Jonas. En ese preciso instante, el administrador se iba en coche para reunirse con su hijo en el país vecino. Cuando regresase, Chupanga pasaría por la presa a cumplir la orden.

—¿Qué orden?

—Dieron orden de hacer explotar la presa.

—¿Explotar la presa? ¿Para qué?

—Para que todo quede inundado. Así se borran las marcas de sus crímenes, esa historia de las minas sembradas.

Nos miramos sorprendidos. Si la presa estallase, los campos serían devorados por el agua. La situación crecía a extremos de irrealidad. Para aumentar la confusión, mi padre apareció desde el lado del río. Venía con Zeca Andoriño y otros viejos. Lo puse al corriente y él, enseguida, dio instrucciones:

—Ve, hijo mío, date prisa para evitar esa tragedia. Ve hasta la presa, antes de que llegue ese canalla.

Nos dispusimos a irnos de inmediato. La frontera estaba justo allí, más allá del río. Chupanga no debería tardar. Unos cuantos viejos se unían a mí. Massimo Risi también preparaba sus cosas. Mi padre sentenció:

—Ve, hijo. Pero no lles a ese blanco.

—Yo quiero ir —dijo perentorio el italiano.

—Usted no va. Hijo: es una orden. ¡Ese blanco se queda!

—¿Por qué, padre?

—Porque éste es un asunto que debemos resolver nosotros. Nosotros solos sabemos y podemos ocuparnos de esto. ¿Entiendes?

El padre Muhando puso su brazo en el hombro del extranjero. ¿Lo consolaba de aquella exclusión? Zeca Andoriño sacudió la cabeza, como cerrando el asunto, y añadió:

—Basta de pedir a los otros que resuelvan nuestros problemas.

Me preparé para salir. El hechicero iría conmigo, además de los otros que se habían juntado. Nos organizamos en grupos. Unos irían por el río advirtiendo a las personas de las orillas que se marchasen. Otros irían por la carretera intentando ganar terreno a la orden e impedir la desgracia. Mi viejo me llamó y dijo:

—¡Lleva esta pistola y hazme el favor de matar a Chupanga!

Yo no tenía oídos para tales palabras. ¿Matar? Sí, matar a esa lombriz que no era gente. Me negué, sin sangre, sin voz.

—No tengas corazón, que ése no es un hombre. No es más que un animal.

—Pero ¿usted, padre, no recuerda? Usted no mató al flamenco cuando se lo ordenaron.

—Lo dicho: vuélale la tapa de los sesos a ese demonio. Hasta el padre Muhando te da la bendición. ¿No es así, padre?

Zeca Andoriño se hizo cargo: me quitó la pistola de la mano y la guardó en la cintura. Y dijo:

—Yo mismo haré justicia —y, señalando el revólver, añadió—: ¡Éste será mi mejor hechizo!

El primer grupo se alejó. Yo me quedé un rato más, atravesado por mil indecisiones. La vergüenza me abochornaba los pasos. La mano de mi viejo sobre mi hombro me despertó. Nunca olvidaré lo que me dijo.

—Menos mal que no aceptaste mi orden de matar. Me alegro.

—¿En serio?

—Ahora soy aún más tu padre.

No es que sea algo común en nuestras tierras. Pero abracé al viejo Sulpicio, demorándome en el apretón. Ni yo mismo sabía si era despedida o recibimiento. Con el brazo me apartó. No quería él mostrar esa debilidad ante los otros.

—Ahora recuerda mis palabras. No te olvides del sendero, ese que pasa junto al montículo de termes.

—El mundo no se va a acabar, padre.

—El mío ya ha acabado, hijo.

Massimo pidió que no nos fuésemos enseguida. Quería hablar con Zeca Andoriño. Rogó un instante, breve y leve. Habló, abierto y alto:

—¡Por favor, deshechice a Temporina!

Quería que Andoriño devolviese la edad a su amada. Todos nos llamamos. El extranjero no lo sabía, pero aquéllos no eran asuntos para ser tratados a la luz del día. E insistía, temiendo no ser entendido:

—Devuélvale la juventud.

Creíamos que el hechicero se indignaría, con malos modos. Pero Zeca Andoriño, sonriente, le respondió:

—Usted ya se la ha devuelto.

Y sugirió: que el extranjero se reuniese con ella y se despidiese. Que no pensase en llevar a Temporina de allí. La tierra guarda la raíz de la gente. Pero la mujer es la raíz de la tierra.

—¡Y mire, mire quién viene por allí!

Parecía una coincidencia: en la primera línea del horizonte se veía avanzar a Temporina, a paso feliz, casi como un espejismo. El italiano no perdió nada de tiempo. Enseguida se encaminó por un sendero, solitario, y corrió como un conejo. Hasta que, de golpe, resonó el grito:

—¡Pare, Massimo, ese camino está minado!

Massimo tardó en entender. Cuando se detuvo ya se había internado por el atajo peligroso. Hubo un silencio pétreo. Todo estancado. Nosotros de un lado. Temporina del otro. Allí, en lo invisible del suelo, yacía lo que lo haría yacer. El extranjero congelado en medio del paisaje, con las piernas temblorosas ante la fatalidad del suelo. Nadie sabía qué hacer. Ya se había metido muy adentro en el terreno. Hacia atrás sería tan peligroso como hacia delante. Y salvarlo, ¿cómo podría alguien salvarlo? De repente, Temporina lanzó una extraña orden:

—¡Venga, Massimo! ¡Venga a reunirse conmigo!

¿Locura del amor? ¿Cómo podía invitarlo a que arriesgase camino? El padre Muhando dio la contraorden:

—¡No se mueva!

De este lado, otras voces hicieron coro. Que el italiano se quedase quieto. Pero Temporina insistió, llamándolo con dulzura:

—¿No recuerda que le enseñé cómo pisar el suelo? Pues venga, camine como le he enseñado.

Massimo se demoró. Pero después —¿sería creencia?— comenzó a caminar. Despacio, todo el cuerpo era un talón, un pie y después el otro pie, paso sin huella. Y ante nuestro asombro, Massimo Risi pasó por el terreno minado como Jesús desplazándose sobre las aguas.

Los extraños hijos de los antepasados

La ceniza vuela,
pero quien tiene alas es el fuego.

DICHO DE TIZANGARA

Habíamos dejado la aldea aquella noche. Risi se quedó en los brazos de Temporina, en el cuarto de la pensión. Los hombres de la aldea se iban, a contracorriente del tiempo, río arriba. Se intentaba evitar la tragedia. Un grupo había partido en canoas. Yo iba a pie, entre mosquitos y la oscuridad. No fuimos lejos, finalmente. Porque los que iban por la carretera atraparón a Chupanga. Lo llevaron a Tizangara, ante la presencia de Zeca Andoriño y mi padre. Todos nos concentramos debajo de una gran higuera. Él, en definitiva, no había cumplido el plan. Su versión era sólo arrepentimiento: que se había echado atrás, dispuesto a denunciarlo todo. Que jamás obedecería las órdenes de Esteban. Que hace mucho quería apartarse del poder. Con la llegada del italiano, había creído que era el momento de hacer que todo se viniese abajo.

—¿Quise o no hablar con el italiano?

Pretendía que yo lo confirmase. Me contuve, callado. Me angustiaba aquel alarde de Chupanga.

—Si se negó a obedecer, ¿por qué razón iba camino de la presa?

Justamente para prevenir que nadie más llegase allí. Esa era la coartada. Mi padre se levantó y dijo en voz alta:

—Mate a ese tipo, Zeca.

—No. El italiano sabrá que me han matado.

—¿Y además?

—Además ustedes tienen que respetar los derechos humanos.

Risas alrededor. Chupanga comenzó a llorar. Pidió clemencia. Al fin y al cabo, él no había cumplido lo que Esteban le ordenó. Y hasta, de verdad, proyectaba crear una fuerza política de oposición. Sí, el país, el futuro, el mundo internacional: todo exigía mayores democracias. Y él había nacido para la política, era vocación de cuna. La nueva fuerza política ya estaba constituida. Volviéndose hacia mi viejo, Chupanga dijo:

—Incluso había pensado en ofrecerle la responsabilidad de la sección de Tizangara. Usted tiene ascendiente sobre las masas.

Por un momento, esperé oír el vozarrón de mi padre. Aquello superaba su capacidad de escuchar. Pero, para mi asombro, él respondió con tono manso:

—Usted no entiende, yo sólo aceptaría si llegase a dirigir en un nivel más alto.

—¿La provincia?

—Más alto.

—¿La nación?

—Más alto, mucho más alto.

Los demás creyeron que era manía de grandeza. Sin embargo mi padre, sólo yo lo sabía, se refería a otras dimensiones, a otra altura. Esa inalcanzable, donde no se distinguen ni los hombres ni sus infelicidades.

Zeca le hizo una seña a mi padre. Entendí: aquello era la impura maldad. Perdonaban la vida del miserable. Pero que él, al día siguiente, sacase de allí a la Primera Dama. Y la llevase junto a Esteban. Chupanga replicó que Esteban no quería recobrar a su esposa. Incluso porque tenía, del otro lado de la frontera, otra mujer a la que venía alimentando desde hacía mucho tiempo.

—Justamente por eso. Es el castigo que le imponemos.

Y todos se dispersaron. Yo me quedé solo con mi padre. Nos acomodamos en el balcón de nuestra vieja casa. Era de noche. Compartimos unos trozos de pan, bebimos un té.

—No le cuentes nada de esto al italiano.

Le pregunté si ahora veía con mejores ojos al extranjero. Sulpicio permaneció callado. Pateó uno de esos insectos que se dejan fascinar por las luces. El bicho se inmovilizó.

—¿Ha muerto?

—Sólo está fingiendo.

Y entonces él se comparó. Están los que se hacen los muertos en momentos difíciles. Él se hacía el vivo. Porque casi todo él había sido llevado por una muerte. Sólo quedaba una parte suya, de este otro lado. No era el extranjero quien le importaba. Éramos nosotros, la familia deshecha.

—Sabes, estos días contigo me han dado muchas ganas de revivir.

El hombre sin mujer, sin hijo, es como alguien que no tiene espejo. Se había quedado así desaliñado, sin afeitarse y maloliente porque estábamos lejos. No tenía a nadie que se ocupase de él. Ni de quien él se ocupase.

—Ahora te quiero cerca, hijo. ¿Te puedo querer así?

Un nudo no me dejó responder. Él entendió mi fragilidad y prosiguió, rápido para que no se notase mi conmoción. Al fin y al cabo, yo era un hombre.

—Es que yo, así dejado y desaliñado, me parezco a nuestra propia tierra.

Porque nuestra patria no veía en sí el aprecio de sus hijos. ¿Me había dado cuenta ya del destino de nuestra tierra? Hacía recordar a aquel hombre que, de tanto resucitar, se acabó muriendo. Que me fijase en cómo habían agujereado nuestro suelo. Unos sembraban minas en el país. Eran esos de fuera. Otros, de dentro, colocaban al país en una mina.

—¿Sabes, hijo, qué es lo peor?

—¿Qué, padre?

—Que nuestros antepasados nos miran ahora como hijos extraños.

Mi viejo lanzaba a mi pecho demasiados asuntos. No se daba cuenta de que, a veces, yo no atinaba con el sentido de sus palabras.

—¿Sabes lo que decía tu madre? Que el mejor lugar para llorar era el balcón.

Y tenía sentido: el balcón. Al frente estaba el mundo y sus infinitos; atrás estaba

la casa, el primer refugio. Con un gesto amplio, mi viejo anunciaba el final de aquella conversación. A la entrada de la puerta, anunció:

—Puedes decirle a ese amigo tuyo extranjero que mañana le mostraré lo que ocurrió con los soldados que estallaron.

—¿De verdad, padre?

Asintió y entró en su habitación. Me quedé satisfecho por Risi. Al final, lograría llevar a buen término su misión. Me dejé dormir y lo que soñé llegó a dolerme. Tanto que me desperté con un sofocón en el pecho. Pedazos del sueño se mezclaban con recuerdos. Todo en pedazos, mezclado. No había estallado yo, había reventado mi sueño. He aquí lo que había quedado, entre recuerdo y delirio, de esa noche: en ese sueño yo estaba sentado en el montículo de termes, el último lugar del mundo. A mi alrededor todo era agua, crecida de todos los ríos. El montículo era la única isla en todo el horizonte. Aquí y allá se clavaban copas de árboles. Sólo en esos pináculos las aves encontraban donde posarse.

Instalado así, a horcajadas en el monte hormiguero, recordaba mi vida privada. El final de mi vida era, al final, un regreso a mis orígenes. Porque, allí donde yo me terminaba, el último lugar del mundo, había sido el primer sitio de la vida. Yo estaba cerrando un ciclo. Había sido en un montículo como ese donde mi madre enterrara la placenta que, durante nueve meses, fuera mi envoltorio. Ésa mi primera manta fue sepultada en el lado poniente de un montículo así. Es una certeza en Tizangara: el termitero es el ombligo de la tierra. Y nosotros habíamos vivido siempre junto a un enorme montículo de termes. Allí, detrás del sendero que mi padre sugería para huir del fin del mundo, allí se alzaba él como un desafío a los tiempos. El montículo de termes había sido un centro de mi existencia. Había amenaza de tormenta y mi tío trajinaba recogiendo tierra del montículo.

—Allí en la iglesia, el padre distribuye agua bendita. Nosotros tenemos aquí tierra bendita. ¡Esta! —decía mientras dejaba que la arena se escurriese entre sus dedos.

Y desparramaba la arena sobre la casa. Yo le demandaba razones. Sin embargo, él evitaba explicar gran cosa. Yo era un niño, un ser a quien le está vedado el entendimiento de las cosas sagradas. Y aquella tierra era cuestión íntima. Fue mi madre quien me explicó:

—Esa tierra del montículo es para impedir que el viento se lleve nuestra casa.

La arena del montículo era un ancla de tierra clavada en nuestra tierra. Nuestra casa era un barco amarrado a nuestro destino. No habría río ni viento. Mi madre había cumplido el mandato de ser mujer. Yo no había cumplido el de ser hijo. De ahí su ceguera frente a mí. Si no fuese por la vida, seguro que yo sería más tangible.

Ahora, varios decenios después, me sentaba, solitario superviviente, en ese último resto de mundo. Pasaba por mí, con la fuerza de la corriente, cuerno de buey, tronco de *chanfuta*,⁴ techo de cabaña. Los restos de todo, como si la tierra entera hubiese

nafragado. Como si el río Madzimadzi fuese todo el mar que se desaguaba.

Fue entonces cuando vi llegar algo parecido a una jangada. Venía en la corriente del río, flotando. Era, pues, una isla sin raíz. Encima, haciendo señas con los brazos, vi luego al mozo lelo. Era él quien timoneaba la isla. Aquella especie de barcaza pasó frente al montículo de termes sin parar. Grité, parecía que me oían, pero no me veían. Y allí en la amurada de la isla se veía a mi madre y a tía Hortensia. Los demás difuntos avizoraban, como si buscasen algo en medio de la niebla. Me levanté gritando, desesperado. Pero no me veían. Las palabras de mi padre retornaron con su peso: nuestros antepasados nos miran como hijos extraños. Y cuando nos miran ya no nos reconocen.

Una tierra tragada por la tierra

De lo que me acuerdo no hablé jamás
Sólo echo en falta lo que nunca recuerdo.

¿De qué vale tener memoria
si lo que has vivido
es lo que nunca ha pasado?

PALABRAS DE SULPLICIO

Massimo Risi no regresó a casa hasta el día siguiente, cuando ya oscurecía. El tiempo que había pasado con Temporina le había encendido estrellas en los ojos. Eran estrellas, sí, pero en cielo de tristeza.

Esa noche, mi padre se adentró en la oscuridad después de la cena. Iba en dirección al río, entre las hierbas más altas. Por primera vez lo seguí para espiarlo, acechando la verdad de su fantasía de colgar el esqueleto. Fue entonces cuando, por detrás de los arbustos, me sorprendió una visión que estremecía el alma: mi padre se quitaba los huesos del cuerpo y los colgaba en las ramas de un árbol. Con esmero y método, suspendía los huesos, uno a uno, en aquel improvisado perchero.

Después, ya despojado de la interna moldura, se ablandó, volviéndose insustancial en medio del suelo. Se quedó allí desparramado, igual a una masa suspirosa, como una informe esponja. Sólo conservaba los huesos de las mandíbulas. Para hablar, según después explicó. En el caso de que hubiese que gritar, pedir ayuda urgente.

Mi padre advirtió mi presencia y me miró furioso. Después, señalando el esqueleto suspendido, urgió:

—No dejes que ese blanco venga aquí. No quiero que me vea así. Ve a ver por dónde anda ese tipo.

El extranjero dormía, cobijado en nuestra vieja casa. Suspiré, con el rostro alzado hacia la noche. ¿Qué hacíamos allí, en pleno monte, junto a la curva del río Madzima? Desde donde estábamos se veía el árbol del tamarindo, en el patio de nuestra casa, y me estremecí: desde lo alto de la rama más alta, una lechuza nos acechaba. Mejor dicho, ella fijaba los ojos en mi viejo.

Ahora, allí tumbado, casi sin peso, mi padre se me presentaba frágil como caracol sin corteza. Pareció adivinar mi pensamiento. Me pidió que lo empujase más cerca del árbol del *matumi*.⁴ Quería estar más cerca de la osambre suspendida. Precauciones provocadas por el susto de la noche anterior: a las tantas oyó ruidos. Se despertó sobresaltado. ¿Y si una hiena estuviese royendo los huesos? Le dolieron en el cuerpo las partes que le faltaban. Y era, sí. Otrosí, eran. No las hienas propiamente. Sino hienas inauténticas, cruces mulatos de bichos y gente. Y más aún: sus cabezas eran las de los jefes de la aldea. Los políticos dirigentes desfilaban allí en cuerpo de bestia. Cada uno traía en las fauces unas cuantas costillas, vértebras, mandíbulas. Mi padre intentó incorporarse, escapar lejos. Pero así, sin esqueleto ni moldura interior, sólo reptaba, con requiebros de invertebrado. Viendo a la gente grande hociquear entre los huesos, él llegó a preguntarse: ¿cómo han engordado tanto si ya no hay vivos para cazar, si ya sólo queda pobreza? Una de las hienas le respondió así:

—Es que nosotros robamos y volvemos a robar. Robamos al Estado, robamos al país hasta dejarlo en los huesos.

—Después de roerlo todo, vomitamos y volvemos a comer —dijo otra hiena.

Lo que harían conmigo sería vender mi carne a los leones venidos de fuera. Ellas, las hienas nacionales, se conformarían con el esqueleto. De repente, se desencadenó la tormenta y los monstruos desaparecieron. En el suelo, se desparramaron los múltiples huesos provenientes de muchos cuerpos dispares. Mi padre se arrastró, penoso, entre las calaveras. ¿Cómo distinguir sus huesos de los demás? Los huesos se parecen más que las piedras.

—Yo sabía que ellos querían llevarse nuestra alma. Pero los huesos... —Sulpicio detuvo el recuerdo del sueño y dijo, en otro tono—: Y ahora eres tú quien viene a descubrirme en este estado.

—Disculpe, padre. Nunca creí que usted hiciese esto. Siempre tuve mis dudas.

—He hecho muchas cosas que desconoces.

¡Cuánto mejor soñaba él sin el peso de la osamenta! El cuerpo deshuesado, decía, se asemejaba a una nube arrancada de raíz.

—Deberías hacer lo mismo, esto se aprende. La persona, así, llega incluso a soñarse.

—Pero, padre, ¿dejar nuestras intimidades encima de un árbol?!

—¿Hay acaso albergue más sagrado? Incluso te digo: ve eligiendo ya muy bien el árbol, tu compañero más inmortal.

Sonreí con él, con alguna tristeza de reajo: tan pocas han sido las veces que nos divertimos juntos mi viejo y yo. Fue cuando oí los pasos de Massimo Risi. El extranjero se había despertado y salía de casa en nuestra búsqueda. Mi padre se precipitó:

—¡Rápido, cúbreme con la manta!

Estiré la manta sobre él, escondiendo su cuerpo sin forma. El extranjero se sentó y se sacudió el uniforme. Hay motas que no se sueltan al sacudirlas con la mano. Al contrario, las suciedades se hacen más definitivas. Al italiano, así cubierto de motas de polvo, parecía que se lo estaba comiendo la tierra. El hombre miró la oscuridad, nunca la noche le había parecido tan inmensa. Después, preguntó:

—¿Y, señor Sulpicio? ¿Va a explicarme o no la razón de las desapariciones de mis hombres?

—No soy yo quien hablará. Hablará este lugar.

—¿El lugar?

—Sí, este mismo lugar. Por eso hemos venido aquí, si no ya habría hablado en la aldea.

Mi padre explicó: sólo podía hablar en el lugar para él sagrado, junto al río Madzima. Estábamos los tres en la orilla, mirando el lecho del río. Y el viejo Sulpicio se pronunciaba:

—Sigo al padre Muhando: en este lugar también yo converso con Dios.

El italiano escuchaba como si no entendiese nada. Sacudió la cabeza e hizo

ademán de retirarse. Por un momento, volvió a mirar a mi padre con extrañeza. La arruga en su mirada me hizo temer que sospechase de su condición invertebrada. Pero el extranjero regresó a la casa grande y, durante un tiempo, siguió brillando, a través de la cortina, la luz de su vela.

También nosotros, mi padre y yo, nos acostamos. Nos acurrucamos al sereno, envueltos en la noche. En un abrir y cerrar de ojos, se durmió. Oí que el italiano se acercaba otra vez. Dentro de casa el calor era insoportable, prefería aguantar a los mosquitos. Traía una bolsa y una manta. Extendió todo en el suelo. La bolsa con sus cosas sirvió de almohada. No tardó en dormirse. Después, yo también caí en el sueño.

Fue de súbito: desperté sobresaltado. Sentí en mi rostro el vaho caliente de los infiernos. Miré a un lado y estuve a punto de desfallecer: allí mismo, donde estaba la tierra, no había nada salvo un inmenso abismo. Ya no había paisaje, ni siquiera suelo. Estábamos en el borde de un hueco infinito. Le avisé a mi padre y preguntó enseguida, alborotado:

—¿Mis huesos?

Árbol: ni sobra ni sombra. Los huesos se habían ido al vacío. Como el paisaje en su conjunto, la casa, la aldea, la carretera, todo devorado por el vacío. ¿Qué había pasado? Un hombre hace un gran agujero, sí. Muchos hombres hacen un agujero muy enorme. Una cueva de aquella dimensión, empero, era obra de lo sobrenatural.

Llamamos al italiano, que no daba crédito: ¿el país entero había desaparecido? Sí, la nación había sido tragada totalmente por ese vacío. Frente al último arcén del mundo, ante la mayor hendidura que jamás viera, Massimo Risi estaba boquiabierto.

—¡¡Mis informes!! ¿Dónde están mis archivos?

No entendíamos sus grandes recelos. Pero él se explicó, al borde del llanto: la cartera con sus informes estaba en la aldea, en la sala de la administración. Había desaparecido, como todo lo demás, en la vorágine de la nada. ¿Cómo explicárselo a sus superiores? ¿Cómo informar de que un país entero había desaparecido? Sería degradado. Peor: internado por delirio peligroso.

El italiano se acercó al borde del precipicio. Tuvo un mareo, dio un paso atrás con las manos cruzadas en la nuca. Parecía que iba a desmayarse.

—Llévenme lejos de este arcén. Aquí no estamos seguros.

Massimo y yo nos ocupamos de su traslado. Mi padre pesaba menos que un saco vacío. Para colmo era totalmente deformable, tan gelatinoso que sus partes sin encaje escapaban entre nuestros brazos.

—Cuesta mucho llevarme, ¿no? Para que sepáis que los huesos, siendo un peso, nos hacen ligeros.

Nos alejamos del inmenso agujero. Nos sentamos a la sombra de un bosque. Mi padre entonces nos convocó. Su cara era seria, su voz solemne: él sabía por qué la nación había desaparecido en aquel infinito cráter.

—Esto es obra de los antepasados...

—No. ¿Otra vez los antepasados?

—Un respeto, señor Massimo. Este es asunto nuestro.

Mi padre prosiguió: que a él ya le habían llegado rumores. La gente recibe la opinión de los espíritus y hasta Zeca Andoriño ya le había dicho la mismísima cosa: los antepasados no estaban satisfechos con la marcha del país. Ese era el triste juicio de los muertos sobre el estado de los vivos.

Ya había ocurrido con otras tierras de África. Se había entregado el destino de esas naciones a ambiciosos que gobernaron como hienas, pensando sólo en engordar rápido. Contra el desgobierno de los gobernantes se había experimentado lo imponderable: huesillos mágicos, sangre de cabrito, humos auspiciosos. Se besaron las piedras, se rezó a los santos. Todo había sido en vano: no había mejora para esos países. Faltaba gente que amase la tierra. Faltaban hombres que inspirasen respeto a los otros hombres.

Viendo que solución no había, los dioses decidieron transportar esos países a esos cielos que quedan en el fondo de la tierra. Y los llevaron a un lugar de nieblas subterráneas, allí donde nacen las nubes. En ese lugar donde nunca nada hiciera sombra, cada país quedaría en suspenso, a la espera de un tiempo favorable para regresar a su propio suelo. Aquellos territorios podrían entonces ser naciones, donde se enarbola una soñada bandera. Hasta entonces era el vacío de la nada, un sollozo en el tiempo. Hasta entonces gente, animales, plantas, ríos y montañas permanecerían tragados por las honduras. No se convertirían en espíritus o fantasmas, pues éstas son criaturas que surgen después de la muerte. Y aquéllos no habían muerto. Se transmutaron en no seres, sombras a la espera de las personas respectivas.

—¿Entiende, señor Massimo?

—Más o menos...

—Pues usted me parece un poco lerdo.

El italiano no volvió a responder. Se levantó, derrotado. Estaba allí el final de su carrera, el desmoronar de su propia razón. No era aquél el momento para que mi padre le contase historias de deshechizar. Dijo para sus adentros:

—Esto me recuerda al diablo.

—Ha hablado de diablo. Y ha acertado. Pues le explico...

—Paso de más explicaciones.

El diablo explicaba, sí. Bien podía ser que los dioses hubiesen querido enterrar en aquel agujero a los demonios que engordaban en nuestra tierra. Pero eran tantos que tuvieron que cavar hondo, más hondo que el propio mundo.

El italiano ya no escuchaba. Se sentó, con la cabeza entre las rodillas. De vez en cuando, suplicaba en voz baja:

—Mi informe. ¿Qué voy a escribir, cómo voy a explicar?

—Olvídelo, amigo. Míreme a mí: con la falta que me hacen los huesos. Se han ido, nunca más podré ponerme derecho. Y, no obstante, no lloro.

Durante un tiempo, nos abandonamos a un desistimiento del alma, con los ojos volcados en aquel precipicio. Fue cuando, sobre el abismo, vimos llegar una canoa. Venía flotando sobre el silencio, suspendida en la neblina. Navegaba por los aires. Sulpicio preguntó con una voz casi inaudible, como si también se le hubiera invertido:

—¿Quién es?

No hubo respuesta. Nadie en la canoa. La pequeña embarcación afloró de la niebla y se arrimó al borde del despeñadero. Sólo yo me levanté observando el vientre del vehículo. Y allí estaba la inesperada prenda.

—¡Padre, aquí están sus huesos!

El, lleno de dudas, no volvió el rostro. Sin mirarme, pidió que le mostrase un hueso, cualquiera de ellos. Elegí el de mayor tamaño y se lo acerqué. Observó la pieza del esqueleto sin tocarla.

—Sí, son mis huesos.

Con nuestra ayuda, volvió a ponerse la osamenta. Experimentó unos cuantos movimientos, comprobó las juntas y cartílagos. Parecía joven, remozado. Y hasta bromeó:

—Así son estas cosas: vaca sin rabo no ahuyenta a las moscas.

¿A qué mandos obedecía mi padre, autómatas, cuando se introdujo en la embarcación? La canoa se balanceó como si estuviese en el agua. Sulpicio extendió los brazos al blanco y le dijo:

—¡Venga!

El blanco se negó, con los ojos desorbitados. Mi padre insistió: ¿no había venido él a saber la verdad de los acontecimientos?

—Venga, que voy a mostrarle dónde están esos soldados estallados.

El extranjero se negó y volvió a negarse a embarcar. Yo esperé, con el corazón en vilo, que mi viejo me invitase a entrar en la embarcación.

—Tú quédate, hijo mío.

—Pero, padre...

—Quédate, te he dicho. Para contarles a los demás lo que ha ocurrido con nuestro mundo. No quiero que sea ése, de fuera, quien hable de esta historia nuestra.

Y la canoa se fue alejando, cerniéndose sobre la nada. Ya en la lontananza, me pareció que no era un barco, sino un pájaro. Un flamenco que se alejaba, por mundos más allá. Hasta que todo era neblina, todo nublado.

Hubo un silencio. Después, el italiano fue a la bolsa que le había servido de almohada y de allí sacó papel y pluma y, ordenadamente, emborrionó unas frases bien

alineadas. Miré por encima de su hombro triste y leí lo que estaba escribiendo. Lo primero que se veía era el gordo título «Ultimo informe». Y además él apuntaba, en definitiva:

Su Excelencia

Secretario General de la Naciones Unidas

Me cabe el doloroso deber de informar sobre la desaparición total de un país en extrañas y poco explicables circunstancias. Tengo conciencia de que el presente informe me llevará a ser despedido de los cuadros de consultores de la ONU, pero no tengo más alternativa que relatar la realidad con la que me enfrento: que todo este inmenso país se ha eclipsado, como por arte de magia. No hay territorio ni gente, el propio suelo se ha disipado en un inmenso abismo. Escribo en el borde de ese mundo, junto al último superviviente de esa nación.

El italiano se detuvo, con la pluma trémula apuntando al precipicio que se abría a sus pies. Y me pidió:

—Mire allí otra vez.

—Ya he mirado mil veces.

—¿Y no ve nada?

—Nada.

—¿Se ha fijado bien allí al fondo?

—Es que no hay fondo. Lo mejor es que mire usted.

—No puedo. Sufro de vértigo.

El italiano acabó sentándose al borde del abismo. Cerca pasaban golondrinas, dejando garabatos en el cielo sin aventurarse en ese cielo subterráneo, más reciente que el propio día.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

—Vamos a esperar.

Su voz era sosegada, como si viniese de una antigua sabiduría.

—¿Esperar a quién?

—Esperar otro barco —y, después de una pausa, se corrigió—: Esperar otro vuelo del flamenco. Ha de venir otro.

Arrancó la hoja del informe que acababa de redactar para las Naciones Unidas. ¿Qué hacía? Plegaba y cruzaba los pliegues. Hacía un pájaro de papel. Se esmeró en el acabado, y después se levantó y lo lanzó al abismo. El papel remolineó en el aire y planeó, cerniéndose casi fluvialmente sobre la ausencia de suelo. Fue bajando lento, como si temiese el destino de las profundidades.

Massimo sonreía, en rito de infancia. Me senté a su lado. Por primera vez, sentí al italiano como un hermano nacido en la misma tierra. Él me miró, como si me leyese por dentro y adivinase mis recelos.

—Ha de venir otro —repitió.

Acepté su palabra como la de alguien mayor que yo. Frente a la neblina, en esa espera, me pregunté si el viaje en el que había embarcado mi padre no habría sido el último vuelo del flamenco. Aun así, me quedé quieto, sentado. A la espera de otro tiempo. Hasta que oí la canción de mi madre, esa que ella entonaba para que los flamencos empujasen el sol desde el otro lado del mundo.

Glosario

Canhoeiro: De la fruta de este árbol, llamada nka-nhu, se extrae una bebida de uso común en las ceremonias tradicionales del sur de Mozambique. Nombre científico: *Sclerocarya birrea*. ↵

Chanfuta: Árbol cuyo nombre científico es *Atzelia quanzensis*. ↵

Halakavuma: Pangolín, mamífero cubierto de escamas que se alimenta de hormigas. En muchas regiones de África se cree que el pangolín vive en el cielo y, cuando baja a la tierra, lo hace para transmitir a los jefes tradicionales las novedades sobre el futuro. ↵

Konones: Júcaros. Se trata del árbol cuyo nombre científico es *Terminalia sericea*. ↵

Kufa mbalame: Expresión de la lengua xi-sena que significa «Mata al pájaro». ↵

Machamba: Terreno agrícola. ↵

Masuíti: Alteración del inglés sweet, dulce. ↵

Matumi: Árbol del bosque ribereño cuyo nombre científico es *Preonatia sp.* ↵

Ngomas: Tambores, en varias lenguas de Mozambique. ↵

Zuezué: Palabra que significa mareo en algunas lenguas de Mozambique. ↵